

DIOS TE SALVE, REINA Y MADRE

La Madre de Dios en la Palabra de Dios

Scott Hanh

ÍNDICE

PRÓLOGO por el P. Kilian Healy, O. Carm.

INTRODUCCIÓN. TODO HIJO DE MADRE. CONFESIONES DE UN HIJO PRÓDIGO DE MARÍA

ADOLESCENTES ESPIRITUALES

«MARY, MARY, QUITE CONTRARY»

DE AQUÍ A LA MATERNIDAD

EN MARCHA

CAPÍTULO I. MI TIPO DE MADRE. La lógica de amor de la maternidad de María

SEAMOS METAFÍSICOS

CUÁL-ES-SU-NOMBRE

LA DIVINIDAD ES, COMO LA DIVINIDAD OBRA

HUELLAS DE AMOR

APRENDIENDO TIPOLOGÍA

COSAS DE FAMILIA

LA FAMILIA MÁS FUNCIONAL

CAPÍTULO II. VÍSPERAS DE NAVIDAD. La maternidad de María es un regreso al paraíso

CORTAR EL CORDÓN «UMBILICAL»

CONTAR LOS DÍAS

SE RUEGA RESPETO

HIJA-MADRE-ESPOSA: MUJER

MATERNIDAD ATACADA

LOS TIEMPOS DE JUSTINO

LA GUARIDA DEL LYON

MEMORIAS DE ÁFRICA

CAPÍTULO III. VENERADORES DEL ARCA PERDIDA. Israel y el portador de la nueva alianza

«ARK THE HERALD ANGELS SING»

MARÍA TUVO UN HOMBRECILLO

FRENTES DE BATALLA

MÁS QUE UNA MUJER

MARÍA... ¿UN RELICARIO?

OBJECIONES DESESTIMADAS

RUMBO A LAS MONTAÑAS

MADRE MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

CAPÍTULO IV. EL PODER TRAS EL TRONO. La reina madre y el rey de la dinastía de David

SOBRE GENEALOGÍAS

MIRANDO ESTRELLAS

LA REINA MADRE

LA LLAVE DE DAVID

CAPÍTULO V. DEL TIPO A LA ENSEÑANZA. La madre es el mensaje

GUARDAR LA FE

EL PLAN DIVINO DE SALVACIÓN: CONCEBIDA INMACULADA

ATRACCIÓN FETAL

VIRGEN UNA VEZ, VIRGEN PARA SIEMPRE

UNA ASUNCIÓN GRATUITA

DIOSAS Y MITOS

CAPÍTULO VI. ¿QUÉ PASA CON LOS HIJOS? La Reina Madre y la familia real

CARNE REAL

A LA MEDIDA DE UN REY

TRABAJAR SIN CESAR

LA MEDIADORA ES EL MENSAJE

ABBÁ, NO ALÁ

RESCINDIR UN CONTRATO

UNIDOS PARA LA GLORIA

EL MÉRITO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

ESTO ES UN TEST

CAPÍTULO VII. LA IGLESIA FINAL. ¿Quién hace de la Iglesia una madre?

NUESTRA SEÑORA DEL BUEN CONCILIO

MIEMBRO Y MADRE

UN DESTELLO DE GLORIA

¿MALO PARA EL ECUMENISMO?

Y POR ÚLTIMO...

CAPÍTULO VIII. PARA CONCLUIR, UN EPÍLOGO NO APOLOGÉTICO. Defender sin ofender

APÉNDICE. LAS CUENTAS VENERABLES

DÉJAME CONTAR LOS CAMINOS

CORAZONES, MANOS Y VOCES

ORIGEN DEL ROSARIO

MEDITAR LOS MISTERIOS

¿PERMANECERÁ EL CÍRCULO SIN ROMPERSE?

Anexo:

Rosarium Virginis Mariae

CARTA APOSTÓLICA Rosarium Virginis Mariae del Sumo Pontífice Juan Pablo II, sobre el Santo Rosario.

PRÓLOGO

Unos meses antes de morir, Santa Teresa de Lisieux realizó su sueño de expresar en forma de canción todo lo que pensaba sobre la Virgen María. Tituló aquel largo poema de veinticinco estrofas: Por qué te amo, María. Deseaba contar la verdad acerca de la Virgen, y todo su conocimiento de María, hechos y acontecimientos, lo extrae de los Evangelios. Para Santa Teresa, María, Madre de Dios, es su madre espiritual y reina celestial, pero más madre que reina. De entre sus más de 50 poemas, este canto de amor resulta ser el favorito de los lectores y discípulos de Teresa.

Scott Hahn, en Dios te salve, Reina y Madre, nos cuenta, no en poesía sino en prosa, por qué ama y honra a la Virgen María y por qué nosotros deberíamos amarla y honrarla también. Aunque (como Teresa de Lisieux) el papel de María lo encuentra revelado en los Evangelios, la investigación que realiza va más allá de ellos. Es un firme partidario del principio de San Agustín de que el Nuevo Testamento está escondido en el Antiguo, y el Antiguo revelado en el Nuevo. Por eso, no es de extrañar que halle a María prefigurada en el Antiguo Testamento, especialmente en Eva, la madre de todos los vivientes, en el arca de la alianza, y en la reina madre de la dinastía de David.

Más aún, es la reina del cielo, vestida de sol, del libro del Apocalipsis. La encuentra también en la Tradición eclesial, de manera particular en los Padres y dogmas de la Iglesia (que son intérpretes de la Escritura).

Scott Hahn conduce su relato de forma personal y humilde, siempre consciente de las falsas interpretaciones de la doctrina y devoción marianas que abrazó en su día, durante su juvenil etapa anticatólica. Al escribir este libro, ha tenido la oportunidad de corregirlas. Sin embargo, su principal motivo ha sido escribir para todos los cristianos que quieran escuchar, sobre todo para los católicos, pues desea que valoren el lugar que ocupa María en sus vidas.

Esto nos lleva a preguntarnos: ¿querrán escucharle cristianos de diferentes denominaciones? Soy optimista. En el pasado, María ha sido para muchos un obstáculo para la unidad, pero en los últimos treinta años, desde el Concilio Vaticano II, se han dado grandes pasos hacia la unidad. Expertos bíblicos, tanto católicos como protestantes, se han reunido para estudiar juntos la Sagrada Escritura. En 1967 comenzó en Inglaterra la Sociedad Ecuménica de Santa María Virgen, que incluía líderes de las iglesias anglicana, católica, metodista y ortodoxa. En 1976 la sociedad quedó también establecida en Washington D.C. Miembros de ambas sociedades se reúnen regularmente y publican sus descubrimientos. Aunque aún quedan vastos problemas por resolver, se han hecho ya algunos progresos y las sociedades siguen adelante con esperanza e ilusión. Que María, madre de todos los cristianos y madre de la unidad, acoja de corazón sus esfuerzos, interceda ante el Espíritu Santo y ayude a conseguir la reunión de todos los cristianos.

Una última cuestión: ¿cómo deberíamos acercarnos a este libro? Mi propio juicio me dice que sería un error considerarlo un manual de cabecera. Hay que ponderar y digerir su rico contenido. Podría servir como libro de texto para una clase de estudios marianos. Sería ideal para un grupo mariano de estudios. Con la Biblia en una mano y este libro en la otra, los lectores ganarían interés y entusiasmo en los debates acerca de los tipos de María en la Escritura y los dogmas de la Iglesia. Únicamente mediante el estudio, la reflexión y la oración podrán llevarnos estas verdades reveladas a apreciar y amar a María, reina y madre, y, consecuentemente, a amar al Dios de misericordia que nos la ha dado.

Cuando Santa Teresa de Lisieux escribió su canto de alabanza, se justificó de esta manera: «en ti ha hecho cosas grandes el Todopoderoso. Quiero ponderarlas y bendecirle por ellas».

Scott Hahn ha ponderado las maravillas que Dios ha obrado en María y quiere compartirlas con nosotros. Nos invita a fijar la vista amorosamente en nuestra madre y reina, modelo y ejemplo para todos sus hijos. Un día nos tomará de la mano y nos conducirá suavemente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Que este libro, fruto del amor, consiga la respuesta que se merece.

Fiesta de Santa María Reina, 22 de agosto.

P. KILIAN HEALY, O. Carm.

DIOS TE SALVE, REINA Y MADRE

INTRODUCCIÓN. TODO HIJO DE MADRE. CONFESIONES DE UN HIJO PRÓDIGO DE MARÍA

A pesar de mi piedad recién encontrada, sólo tenía quince años y estaba demasiado pendiente de quedar «guay».

Apenas unos meses antes, había dejado atrás varios años de delincuencia juvenil y había aceptado a Jesús como mi Señor y Salvador. Mis padres, que no eran unos presbiterianos particularmente devotos, se dieron cuenta del cambio que había dado y lo aprobaban de corazón. Si le había tocado a la religión mantenerme alejado de un arresto juvenil, bienvenida fuera.

El celo por mi nueva fe me consumía la mayor parte del tiempo. Un día de primavera, me di cuenta de que algo más me estaba consumiendo. Tenía una infección de estómago, con todos sus desagradables síntomas. Expliqué mi situación al profesor encargado de curso y me envió a la enfermería del colegio. Tras tomarme la temperatura, la enfermera me dijo que me echara mientras telefoneaba a mi madre.

Por lo que pude oír de la conversación, deduje que me iría a casa. Sentí un alivio inmediato y me quedé dormido.

Me desperté con un sonido cortante como una cuchilla. Era la voz de mi madre que rezumaba materna compasión.

«¡Ah!», dijo cuando me vio tumbado allí. De repente, caí en la cuenta. Mi madre me va a llevar a casa. ¿Qué pasará si mis amigos la ven sacándome de la escuela?, ¿y si intenta echarme el brazo por encima? Seré el hazmerreír...

La humillación estaba a las puertas. Ya podía oír a los compañeros que se burlaban de mí. ¿Viste a su madre secándole la frente?

Si hubiese sido católico, habría descrito los siguientes quince minutos como un purgatorio. Para mi imaginación evangélica, se trataba del mismísimo infierno. Aunque miraba fijamente al techo que tenía sobre la camilla de la enfermería, todo lo que podía ver era un largo e insostenible futuro como «el niño de mamá».

Me senté para estar cara a cara ante una mujer que se me acercaba con una pena mayúscula. En realidad era su pena lo que me resultaba más repugnante. En toda compasión materna está implícito lo que necesita su «pequeño» chico; y tal pequeñez y necesidad no quedan nada «guay».

«Mamá, musité antes de que ella pudiera pronunciar palabra. ¿Qué te parece si sales por delante de mí? No quiero que mis amigos te vean llevándome a casa».

Mi madre no dijo palabra. Se dio la vuelta, dejó atrás la enfermería, salió del colegio y se fue directamente al coche. Desde ese lugar, me fue mimando hasta casa, preguntándome cómo me sentía y asegurándose de que me iría a la cama con los remedios habituales.

¡Por los pelos...!, pero estaba totalmente seguro de que había escapado con mi imagen de «tío guay» intacta. Me quedé dormido con una paz casi perfecta.

No fue hasta esa noche cuando volví a pensar en mí quedar «guay». Vino mi padre al cuarto, para ver cómo me sentía. Bien, le dije. Entonces me miró con seriedad.

«Scottie, dijo, tu religión no vale mucho si se queda en meras palabras. Tienes que pensar en cómo tratas a los demás». A continuación vino el golpe de gracia: «nunca más te avergüences de que te vean con tu madre».

No necesitaba más explicaciones. Me di cuenta de que papá tenía razón y me llené de vergüenza por haberme avergonzado de mi madre.

ADOLESCENTES ESPIRITUALES

Pero, ¿no es eso lo que pasa con muchos cristianos? Cuando Jesús estaba a punto de morir en la cruz, en su última voluntad y testamento, nos dejó una madre. «Cuando Jesús vio a su madre y al discípulo a quien amaba junto a Ella, dijo a su madre: "Mujer, ¡ahí tienes a tu hijo!" Entonces dijo al discípulo: "¡Ahí tienes a tu madre!" Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa» (Jn 19, 26-27).

Nosotros somos sus discípulos amados, sus hermanos pequeños (cf. Hb 2, 12). Su casa del cielo es nuestra, su Padre es nuestro, y su madre es nuestra. Pero ¿cuántos cristianos la reciben en su casa? Más aún, ¿cuántas iglesias cristianas están cumpliendo la profecía del Nuevo Testamento de que «todas las generaciones» llamarían «bienaventurada» a María (Lc 1, 48)? La mayoría de los ministros protestantes —y en esto hablo por propia experiencia— evitan hasta mencionar a la madre de Jesús, por miedo a ser acusados de criptocatolicismo. A veces los miembros más celosos de sus congregaciones han sido influenciados por exaltadas polémicas anticatólicas. Para ellos, la devoción mañana es una idolatría que coloca a la Virgen

entre Dios y el hombre y enaltece a María a expensas de Jesús. Podrás encontrar iglesias protestantes dedicadas a San Pablo, San Pedro, Santiago o San Juan... pero difícilmente una dedicada a Santa María. Encontrarás con frecuencia pastores que predicán sobre Abrahán o David, antepasados lejanos de Jesús, pero casi nunca escucharás un sermón sobre María, su madre. Lejos de llamarla bienaventurada, la mayoría de las generaciones protestantes se pasan la vida sin llamarla de ninguna manera.

No se trata sólo de un problema protestante. Demasiados cristianos católicos y ortodoxos han abandonado la rica herencia de devociones marianas que poseen. Están acobardados ante las polémicas de los fundamentalistas, avergonzados por las sonrisitas de teólogos del disenso, o achantados por sensibilidades ecuménicas bienintencionadas pero descaminadas. Se alegran de tener una madre que reza por ellos, les prepara la comida y cuida la casa; sólo que les gustaría que estuviera fuera de la vista cuando haya cerca otros que no van a comprender.

«MARY, MARY, QUITE CONTRARY» 1

Yo también he sido culpable de esta negligencia filial... no sólo con mi madre de la tierra, sino también con mi madre en Jesucristo, la Bienaventurada Virgen María. La senda de mi conversión me llevó de la delincuencia juvenil a ser ministro presbiteriano. A lo largo del camino, tuve mis momentos antimarianos.

Mi primer encuentro con la devoción mariana tuvo lugar cuando murió mi abuela Hahn. Había sido la única católica por ambas partes de mi familia: un alma tranquila, humilde y santa. Como yo era el único miembro religioso de la familia, al morir ella, mi padre me dio sus objetos religiosos. Los miré con horror. Agarré su rosario y lo destrocé totalmente, diciendo: «Dios, líbrala de las cadenas del catolicismo que la han tenido atada». Lo decía tan en serio como actuaba. Veía al Rosario y a la Virgen María como obstáculos que se interponían entre la abuela y Jesucristo.

Incluso a medida que me acercaba lentamente a la fe católica —movido inexorablemente por la verdad de una doctrina tras otra— no lograba aceptar la enseñanza mariana de la Iglesia.

La prueba de su maternidad habría de llegar, para mí, únicamente cuando tomé la decisión de empezar a ser hijo suyo. A pesar de los poderosos escrúpulos de mi formación protestante —recuerda que unos años antes había roto el rosario de mi abuela—, un día tomé un rosario y empecé a rezarlo. Rezaba por una intención muy personal y aparentemente imposible. Al día siguiente, volví a cogerlo, y al día siguiente y al siguiente. Pasaron meses antes de que me diera cuenta de que aquella intención mía, aquella situación en apariencia imposible, se había resuelto desde el día en que recé el Rosario por primera vez. Mi petición había sido concedida.

DE AQUÍ A LA MATERNIDAD

Desde ese momento, conocí a mi madre; conocí verdaderamente cuál era mi hogar en la familia de la alianza de Dios: sí, Cristo era mi hermano. Sí, me había enseñado a rezar «Padre nuestro». Ahora, en mi corazón, aceptaba su mandato de mirar a mi madre.

Con este libro me gustaría compartir esa mirada —y sus inquebrantables fundamentos escriturísticos— con cuantos cristianos quieran escucharme, piadosamente, con mente abierta. Me gustaría dirigirme de modo particular a mis compañeros católicos, porque muchos de nosotros necesitamos volver a descubrir a nuestra madre, descubrirla por vez primera, o

quizá verla con nuevos ojos. Hasta los que se mantienen fieles a la Madre de Dios pueden hacerlo, a veces, de forma innecesariamente defensiva: apoyan a su madre de manera desafiante, aunque apenas puedan dar un mínimo sentido bíblico a sus devociones. Se aferran a unos cuantos pasajes del Nuevo Testamento como a una especie de último recurso mariano. Estos buenos católicos —aunque ciertamente reverencian a su madre— no comprenden plenamente su significado dentro del plan divino.

María llena las páginas de la Sagrada Escritura desde el principio del primer libro hasta el final del último. En el plan de Dios, estaba presente desde el comienzo de los tiempos, al igual que los apóstoles, la Iglesia y el Salvador; y lo estará también en el momento en que se cumplan todas las cosas. Mientras tanto, su maternidad es un descubrimiento que está a la espera de que se haga. Cuando aún era protestante, y aspirante a profesor de Sagrada Escritura, me propuse en cierta ocasión investigar la maternidad y la paternidad en la Biblia. Encontré cientos de páginas de estudios excelentes sobre paternidad, patriarcado, etcétera... pero tan sólo unos pocos párrafos acerca de la maternidad, matriarcado o condición de las madres.

¿Qué es lo que pasa? Quizá la maternidad nos resulte tan poco conocida y apreciada, porque nuestras madres están demasiado unidas a nosotros. Los niños, por ejemplo, no pueden comprender que «madre» es una entidad separada, hasta que tienen varios meses de edad. Algunos investigadores dicen que no llegan a darse cuenta del todo hasta que son destetados. No estoy seguro de que podamos nunca distanciarnos psíquicamente de nuestras madres... aunque de quinceañeros las hagamos caminar unos pasos por delante de nosotros.

EN MARCHA

Hagamos, pues, este descubrimiento juntos. Caminemos con el Pueblo de Dios a través de los momentos de la creación y de la caída..., y de la promesa de la redención, desde la entrega de la Ley hasta el establecimiento de un reino. A cada paso encontraremos la promesa de una patria, que incluye una deslumbrante reina que es también una madre para su pueblo. A cada paso encontraremos la promesa de un hogar, con una madre que es también poderosa intercesora para sus hijos. En la etapa más importante, encontraremos una reina madre, que llena por sí sola el reino de Cristo y su casa.

Aunque pienses que debes emprender este viaje unos cuantos pasos por detrás —a cierta distancia de la madre más bendita de la historia—, te ruego que sigas caminando conmigo, y con María, hacia nuestro común destino, nuestra casa común de la Jerusalén celestial.

CAPÍTULO I. MI TIPO DE MADRE. LA LÓGICA DE AMOR DE LA MATERNIDAD DE MARÍA

Las madres son las personas más difíciles de estudiar. Se escapan a nuestro examen. Por naturaleza y por definición, son relacionales. Se las puede considerar como madres únicamente con relación a sus hijos. Es ahí adonde dirigen su atención, y ahí es donde querrían concentrar la nuestra.

La naturaleza mantiene tan unidos a la madre y al hijo que, en los nueve primeros meses de vida, casi no se distinguen como individuos. Sus cuerpos están hechos el uno para el otro. Durante el embarazo, comparten la misma comida, sangre y oxígeno. Después del parto, la naturaleza sitúa al hijo ante el pecho de la madre para alimentarse. Los ojos del neonato apenas pueden ver más allá que para mantener contacto visual con mamá². Los oídos del recién nacido pueden percibir claramente los latidos del corazón de su madre y los tonos

agudos de la voz femenina. La naturaleza ha hecho que incluso la piel de la mujer sea más suave que la del marido, más adecuada para acunar la sensible piel de un bebé. La madre, en cuerpo y alma, apunta más allá de sí misma, hacia su hijo.

Pero por más unidos que nos mantenga la naturaleza a nuestras madres, siguen siendo misteriosas para sus hijos. Continúan siendo un misterio. En palabras del padre Brown de G. K. Chesterton: «a veces algo puede estar demasiado cerca para verlo».

Como Madre de Dios, María es la madre por excelencia. Por eso, si todas las madres se nos escapan, Ella más aún. Si todas las madres se dan a sí mismas, Ella todavía más. Si todas las madres apuntan más allá de sí mismas, María en mucho mayor grado.

En tanto que verdadera madre, María considera que ninguna de las glorias que posee le pertenece. A fin de cuentas, Ella señala hacia fuera de sí, tan sólo está cumpliendo órdenes de Dios: «he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). Incluso cuando reconoce sus excelsos dones, reconoce que son dones: «todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (Lc 1, 48). Por su parte, el alma de María no se «magnifica» a sí misma, sino «al Señor» (Lc 1, 46).

¿Cómo, pues, podremos acercarnos a este escurridizo tema, si Ella ha de ser siempre relacional?, ¿cómo podemos empezar a estudiar a esta mujer que siempre desvía la atención de sí misma hacia su Hijo?

SEAMOS METAFÍSICOS

Para entender a la Madre de Dios, debemos empezar por Dios. Toda mariología, toda devoción mariana, tiene que comenzar por una sólida teología y una fe firme en el Credo. Todo lo que hace María, y todo lo que es, deriva de su relación con Dios y de su correspondencia al plan divino. Ella es su madre, su esposa, su hija, su sierva. No podemos empezar a conocerla si, primeramente, no tenemos nociones claras sobre Él: sobre Dios, su providencia y la relación con su Pueblo.

Y eso no es tan sencillo como alguna gente querría hacernos creer. A fin de cuentas, dependemos del lenguaje que engarza con nuestra imaginación y hace comprensibles cosas invisibles, bien por comparación con las cosas que vemos: Dios es ilimitado, como el cielo; ilumina, como el fuego; está en todas partes, como el viento. O bien oponiendo cualidades de Dios con nuestras propias cualidades: somos finitos, pero Él es infinito; nuestro poder es limitado, pero Él es omnipotente.

A conocerle por analogía y por oposición es a todo lo más que alcanza la mayoría de la gente en su consideración de Dios... y hasta donde llegan, expresan cualidades verdaderas. Pero no van muy allá. Dios es espíritu puro, y todas nuestras analogías terrenas se quedarán cortas al pretender describirle como realmente es.

La teología es el modo por el que nos acercamos a Dios en sus propios términos, más que en los nuestros. Por tanto, aunque no es un camino fácil de recorrer, no podemos profundizar en nuestra fe, si no estamos dispuestos a asumir en cierto grado la tarea teológica.

La verdad última acerca de Dios no puede depender de nada más que de Dios. No podemos definirle en términos de algo contingente, como sucede en las analogías con la creación. Dios no depende de la creación para su identidad. Incluso su título de creador es algo relativo y no absoluto. Aunque es eterno y es creador, no es el eterno creador. La creación es algo que tiene lugar en el tiempo y Dios trasciende el tiempo. Por tanto, aunque la creación es algo que Dios hace, no define quién es. Lo mismo sucede con la redención y la santificación. Aunque Dios es

redentor y santificador, estos títulos no definen su identidad eterna, sino más bien alguna de sus obras. Los términos «creador», «redentor», «legislador» y «santificador» dependen del mundo... de algo que necesita ser creado, redimido, gobernado y santificado.

CUÁL-ES-SU-NOMBRE

Entonces, ¿cómo podemos conocer a Dios tal como es? Primeramente, porque se nos ha revelado. Nos ha dicho su identidad eterna: su nombre. Al final del Evangelio de San Mateo (28, 19), Jesús manda a sus discípulos bautizar «en el nombre» de la Santísima Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Date cuenta de que no habla de éstos como si fueran tres títulos, sino como de un nombre en singular. En la cultura del antiguo Israel, el nombre de uno equivalía a su identidad. Este nombre singular, por tanto, revela quién es Dios desde toda la eternidad: es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Al llegar aquí podrías objetar razonablemente que se trata de títulos que dependen de la creación. ¿Acaso «Padre» e «Hijo» no son meras analogías con las funciones familiares que encontramos en la tierra?

No. En realidad, es precisamente al revés. Más bien esas funciones terrenas de padre e hijo son metáforas vivas de algo divino y eterno. Dios mismo es, de alguna manera, una familia eterna y perfecta. Juan Pablo II lo expresó adecuadamente: «Dios en su misterio más íntimo no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia, que es el amor»³.

¿Lo has captado? Dios no es como una familia: es una familia. Desde la eternidad, sólo Dios posee los atributos esenciales de una familia, y sólo la Trinidad los posee en su perfección. Los hogares de la tierra tienen estos atributos, pero imperfectamente.

LA DIVINIDAD ES, COMO LA DIVINIDAD OBRA

Pero la trascendencia de Dios no deja a la creación sin ninguna pista de Él. La creación nos dice algo acerca de su creador. Una obra de arte siempre revela un rastro del carácter del artista. Por eso, podemos aprender más acerca de quién es Dios, observando lo que hace.

El proceso funciona también a la inversa. Podemos " aprender más acerca de la creación, la redención y las obras de Dios, estudiándolas a la luz de la auto-revelación divina. Puesto que la Trinidad revela la dimensión más profunda de quién es Dios, revela también el sentido más profundo de lo que hace Dios. El misterio de la Santísima Trinidad es «el misterio central de la fe y de la vida cristiana», dice el Catecismo de la Iglesia Católica (n. 234). «Es el misterio de Dios en sí mismo. Es, pues, la fuente de todos los otros misterios de la fe; es la luz que los ilumina». Por tanto, nuestra comprensión de Dios como familia, afectará también profundamente a nuestra comprensión de todas sus obras. En todo lo que existe, podemos discernir —con los ojos de la fe— una intención familiar, que la tradición teológica llama «huellas de la Trinidad».

La reflexión sobre el misterio de Dios y sobre los misterios de la creación resulta, entonces, mutuamente enriquecedora. Dice el Catecismo: «las obras de Dios revelan quién es en sí mismo; e inversamente, el misterio de su Ser íntimo ilumina la inteligencia de todas sus obras. Así sucede, analógicamente, entre las personas humanas. La persona se muestra en su obrar y a medida que conocemos mejor a una persona, mejor comprendemos su obrar» (n. 236).

HUELLAS DE AMOR

Vislumbramos a Dios no sólo en el mundo, sino también —y especialmente— en las Sagradas Escrituras, que son las únicas inspiradas por Dios para expresar su verdad. El Catecismo prosigue explicando que Dios ha revelado «su ser trinitario» explícitamente en el Nuevo Testamento, pero que también ha dejado «huellas [...] en su Revelación a lo largo del Antiguo Testamento» (n. 237).

Así pues, el conjunto de las Escrituras puede verse como la historia de la preparación, y de la realización por parte de Dios, de su obra más grande: su definitiva auto-revelación en Jesucristo. San Agustín decía que el Nuevo Testamento está oculto en el Antiguo, y que el Antiguo está revelado en el Nuevo. Toda la historia ha consistido en preparar al mundo para el momento en que la Palabra se hizo carne, en que Dios se hizo una criatura humana en el seno de una joven virgen de Nazaret.

Como Jesucristo, la Biblia es única. No hay otro libro que pueda reivindicar de verdad que tiene autores humanos y un autor divino, el Espíritu Santo. Jesucristo es la Palabra de Dios encarnada, plenamente divino y plenamente humano... como todos nosotros, excepto en que no tiene pecado. La Biblia es la Palabra de Dios inspirada, plenamente divina y plenamente humana... como cualquier otro libro, excepto en que no tiene error. Tanto Cristo como la Sagrada Escritura son dados, dijo el Concilio Vaticano II, «para nuestra salvación» (Dei Verbum, n. 1).

Por eso, cuando leemos la Biblia, tenemos que leerla en dos niveles simultáneos. Leemos la Biblia en sentido literal como leemos cualquier otra literatura humana. Pero la leemos también en un sentido espiritual, descubriendo lo que el Espíritu Santo intenta decirnos a través de las palabras (cf. Catecismo, nn. 115-119).

Lo hacemos así a imitación de Jesús, porque ésta es la manera en que leía las Escrituras. Se refirió a Jonás (Mt 12, 39), Salomón (Mt 12, 42), el templo (Jn 2, 19), y la serpiente de bronce (Jn 3, 14) como «signos» que le prefiguraban. En el Evangelio de San Lucas, cuando nuestro Señor confortaba a los discípulos camino de Emaús, vemos que, «comenzando por Moisés y todos los profetas, les interpretó lo referente a El en todas las Escrituras» (Lc 24, 27). Tras esta lectura espiritual del Antiguo Testamento, los corazones de los discípulos ardían en su interior.

¿Qué encendió este fuego en sus corazones? A través de las Escrituras, Jesús había iniciado a sus discípulos en un mundo que iba más allá de sus sentidos. Como buen maestro, Dios presentó lo que no era familiar en términos que resultaban familiares. Más aún, había creado lo relativo a la familia con este fin en la mente: moldear las personas e instituciones que pudieran prepararnos mejor para la venida de Cristo y las glorias de su reino.

APRENDIENDO TIPOLOGÍA

Los primeros cristianos siguieron a su Maestro, leyendo la Biblia de esa manera. En la Carta a los Hebreos, se describe el tabernáculo del Antiguo Testamento y sus rituales como «tipos y sombras de las realidades del cielo» (8, 5), y la Ley como una «sombra de los bienes que han de venir» (10, 1). San Pedro, por su parte, hacía notar que Noé y su familia «fueron salvados a través del agua» y que «esto prefiguraba el Bautismo, que os salva ahora» (1 Pe 3, 20-21). La palabra de Pedro que hemos traducido por «prefiguraba» es exactamente la palabra griega que significa «tipificar» o «hacer un tipo». El apóstol San Pablo, por su parte, describía a Adán como «tipo» de Jesucristo (Rm 5, 14).

Entonces, ¿qué es un tipo? Tipo es una persona, lugar, cosa o acontecimiento real del Antiguo Testamento que prefigura algo más grande del Nuevo Testamento. De «tipo» proviene la palabra «tipología», el estudio de las prefiguraciones de Cristo en el Antiguo Testamento (cf. Catecismo, nn. 128-130)⁴.

Debemos subrayar que los tipos no son símbolos de ficción. Son literalmente detalles históricos verdaderos. Cuando, por ejemplo, San Pablo interpretaba el relato del hijo de Abrahán como «una alegoría» (Gal 4, 24), no pretendía decir que nunca hubiera ocurrido en realidad; estaba afirmándolo como algo histórico, pero como una historia que ocupa un lugar en el plan de Dios, una historia cuyo significado quedó claro sólo después de su cumplimiento final.

La tipología nos desvela muchas más cosas aparte de la persona de Cristo; nos habla también del cielo, la Iglesia, los apóstoles, la Eucaristía, los lugares del nacimiento y muerte de Jesús, y la persona de la madre de Jesús. De los primeros cristianos aprendemos que el templo de Jerusalén prefiguraba la morada celestial de los santos en la gloria (2 Cor 5, 1-2; Ap 21, 9-22); que Israel prefiguraba la Iglesia (Gal 6, 16); que los doce patriarcas del Antiguo Testamento prefiguraban los doce apóstoles del Nuevo Testamento (Lc 22, 30); y que el arca de la alianza era tipo de la Virgen María (Ap 11, 19; 12, 1-6.13-17).

Además de los tipos del Antiguo Testamento tratados explícitamente en el Nuevo Testamento, hay muchos otros implícitos, pero obvios. Por ejemplo, el papel de San José en la infancia de Jesús tiene claramente como telón de fondo el papel del patriarca José en la temprana vida de Israel. Los dos llevan el mismo nombre; ambos son descritos como «recto», o «justo»; reciben revelaciones en sueños; ambos se ven desterrados a Egipto; y los dos entran en escena a fin de preparar el camino de un acontecimiento mayor: en el caso del patriarca José, el éxodo guiado por Moisés, el Libertador; en el caso de San José, la redención efectuada por Jesús, el Redentor⁵.

Los tipos marianos abundan en el Antiguo Testamento. Encontramos a María prefigurada en Eva, la madre de todos los vivientes; en Sara, esposa de Abrahán, que concibió milagrosamente a su hijo; en la reina madre de la monarquía de Israel, que intercedía ante el rey en favor del pueblo de la tierra; y en otros muchos lugares, de otras muchas maneras (por ejemplo, Ana y Ester). El tipo más explícitamente mencionado en el Nuevo Testamento, el arca de la alianza, lo trataré con mayor detalle en un capítulo propio. En este momento quiero señalar simplemente que, al igual que el arca primitiva fue hecha para portar la antigua alianza, la Virgen María fue creada para llevar la nueva alianza.

COSAS DE FAMILIA

Esa nueva alianza, traída al mundo por la Santísima Virgen María, es la que lo cambia todo en nuestras vidas — en la mía y en la tuya — y en la historia humana. En efecto, todos los encuentros decisivos entre Dios y el hombre están marcados por alianzas. La relación de Dios con Israel quedó definida por una alianza, como lo fueron sus relaciones con Adán, Noé, Abrahán, Moisés y David. Jesús mismo habló de su sacrificio redentor como la nueva alianza en su Sangre (Lc 22, 20).

Oímos esas palabras en la Plegaria eucarística de la Misa, pero ¿nos paramos alguna vez a preguntarnos: qué es una alianza? Se trata de una pregunta absolutamente crucial, que nos lleva al corazón de la fe y de la vida cristiana. De hecho, nos lleva al corazón mismo de Dios.

¿Qué es una alianza?6. La cuestión nos devuelve a la realidad primordial que tratábamos al comienzo de este capítulo: la familia. En el antiguo Oriente medio, una alianza era un vínculo sagrado de parentesco, basado en un solemne juramento que introducía a alguien en una relación de familia con otra persona o tribu. Cuando Dios hizo su alianza con Adán, Noé, Abrahán, Moisés y David, fue invitando a entrar en su familia a un círculo cada vez más amplio de personas: primero una pareja, después una familia, después una nación y finalmente el mundo entero.

Sin embargo, todas aquellas alianzas se rompieron a causa de la infidelidad y del pecado del hombre. Dios permaneció constantemente fiel; no así Adán, ni Moisés, ni David. De hecho, la historia sagrada nos lleva a concluir que sólo Dios guarda las promesas de la alianza. Entonces, ¿cómo podrá la humanidad cumplir la parte que le corresponde de una alianza, de forma que dure por siempre? Sería preciso un hombre sin pecado y tan fiel como Dios. Por eso, para la nueva y eterna alianza, Dios se hizo hombre en Jesucristo y Él estableció la alianza por la cual entramos a formar parte de su familia: la familia de Dios.

Esto entraña más que un mero compañerismo con Dios. Pues «Dios en su misterio más íntimo es [...] una familia». Dios mismo es Padre, Hijo y el Espíritu de Amor... y los cristianos son elevados a la vida de esa familia. En el bautismo somos identificados con Cristo, bautizados en el nombre trinitario de Dios; asumimos su nombre de familia y así llegamos a ser hijos en el Hijo. Somos introducidos en la vida misma de la Trinidad, donde podemos vivir enamorados para siempre. Si Dios es familia, el cielo es hogar7; y con Jesús, el cielo ha venido a la tierra.

LA FAMILIA MÁS FUNCIONAL

La familia de la alianza divina es perfecta, no le falta nada. La Iglesia mira a Dios como Padre, a Jesús como hermano, y al cielo como su casa. ¿Qué falta entonces?

En verdad, nada. Toda familia necesita una madre; sólo Cristo podía escoger a la que sería suya, y la escogió providencialmente para toda su familia de la alianza. Ahora, todo lo que tiene lo comparte con nosotros. Su vida divina es nuestra; su casa es nuestra casa; su Padre es nuestro Padre; sus hermanos son nuestros hermanos; y, también, su madre es nuestra madre.

Una familia resulta incompleta sin una madre amorosa. Las iglesias cristianas separadas que disminuyen el papel de María inevitablemente terminan por dar la sensación de un pisito de soltero: masculino a más no poder; ordenado, pero no hogareño; funcional y productivo... pero con poco sentido de la belleza y la poesía.

Todas las Escrituras, todos los tipos, la creación entera y nuestras necesidades humanas más profundas nos dicen que ninguna familia debería ser de esa manera... y ciertamente no la familia de Dios establecida por la alianza. Los apóstoles lo sabían y esa fue la razón por la que estuvieron juntos con María en Jerusalén el día de Pentecostés. Las primeras generaciones cristianas lo sabían y por eso pintaron su imagen en las catacumbas y le dedicaron iglesias.

En los iconos más antiguos de María, casi siempre se la retrata sosteniendo a su hijo pequeño: dándole siempre al mundo, como en el capítulo 12 del Apocalipsis. Como verdadera madre, habitualmente se la retrata señalando a su hijo, pero dirigiendo la mirada hacia los espectadores, sus otros hijos. Cuida maternalmente de su hijo —puesto que un niño pequeño no puede mantenerse en pie por sí mismo—, al tiempo que cuida como madre a sus hijos que están en el mundo y nos atrae junto a Él.

CAPÍTULO II. VÍSPERAS DE NAVIDAD. LA MATERNIDAD DE MARÍA ES UN REGRESO AL PARAÍSO

Los primeros cristianos tenían una devoción viva a la Virgen María. Encontramos pruebas de esta devoción en la literatura y en las obras de arte que nos han llegado y, por supuesto, en el Nuevo Testamento, que era su documento fundamental. Aunque la mariología de los tres primeros siglos se encontraba en un estadio primitivo de desarrollo (en comparación con el de tiempos posteriores, y con el nuestro), quizá era más explícitamente escriturística que muchas expresiones posteriores y estaba más sólidamente presentada en el contexto teológico de la creación, caída, encarnación y redención. Por eso, a veces puede hablarnos con mayor claridad, inmediatez y fuerza. Ciertamente el papel de María no tiene sentido fuera de su contexto en la historia de la salvación; pero tampoco es incidental en el plan de Dios. Dios quiso que su acto redentor fuese inconcebible sin Ella.

María estuvo en el plan divino desde el comienzo mismo, elegida y anunciada desde el momento en que Dios creó al hombre y a la mujer. De hecho, los primeros cristianos entendían que María y Jesús eran como una repetición de la primera creación de Dios. San Pablo hablaba de Adán como tipo de Jesús (Rm 5, 14) y de Jesús como el nuevo Adán, o el «último Adán» (1 Cor 15, 21-22. 45-49).

Los primeros cristianos consideraron que el comienzo del Génesis —con su relato de la creación y la caída, y con su promesa de redención— tenía unas implicaciones tan cristológicas que lo llamaron Protoevangelium, o Primer Evangelio. Mientras que este tema es explícito en San Pablo y en los Padres de la Iglesia, está implícito a lo largo del Nuevo Testamento. Por ejemplo, como Adán, Jesús fue probado en un jardín... el de Getsemaní (Mt 26, 36-46; Jn

18. 1). Como Adán, Jesús fue llevado a un «árbol» donde fue desnudado completamente (Mt 27, 31). Como Adán, cayó en el profundo sueño de la muerte, para que del costado surgiera la nueva Eva (Jn 19. 26-35; 1 Jn 5, 6-8), su esposa, la Iglesia.

CORTAR EL CORDÓN «UMBIBLICAL»

En ningún otro lugar está desarrollado el motivo del nuevo Adán con tanto arte como en el Evangelio según San Juan⁸. Juan no elabora las ideas como lo haría un comentarista. En vez de eso, cuenta la historia de Jesucristo. Pero comienza la historia haciéndose eco de la historia más primigenia de todas: el relato de la creación del Génesis.

El eco más obvio lo tenemos «en el principio». Ambos libros, Génesis y Evangelio de San Juan, comienzan con esas palabras. El libro del Génesis arranca con las palabras «en el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gn 1,1). Juan lo sigue de cerca, diciéndonos: «en el principio era la Palabra, y la Palabra estaba con Dios» (Jn 1, 1). En ambos casos, estamos hablando de un comienzo absoluto, una nueva creación.

La siguiente resonancia viene en seguida. En Génesis 1,3-5, vemos que Dios creó la luz para que brillara en la oscuridad. En Juan 1, 4-5, vemos que la vida de la Palabra «era la luz de los hombres» que «brilla en las tinieblas».

El Génesis nos muestra, en el principio, «al Espíritu de Dios [...] que se movía sobre la faz de las aguas» (Gn 1, 2). A su vez, Juan nos muestra al Espíritu suspendido sobre las aguas del bautismo (Jn 1, 32-33). Al llegar a este punto, empezamos a ver cuál es la fuente en la que se inspira San Juan para volver a contar la nueva creación. La creación material ocurrió cuando Dios exhaló su Espíritu sobre las aguas. La renovación de la creación vendría con la vida divina dada en las aguas del bautismo.

CONTAR LOS DÍAS

A lo largo de su narración inicial, el evangelista Juan sigue dejando alusiones indirectas al Génesis. Tras la primera escena, el relato de San Juan continúa «al día siguiente» (1, 29), con el encuentro de Jesús y Juan Bautista. «Al día siguiente» (1, 35), otra vez, viene el relato de la vocación de los primeros discípulos. Y una vez más «al día siguiente» (1, 43), encontramos la llamada de Jesús a otros dos discípulos. Por lo tanto, si tomamos como primer día el primer testimonio de Juan Bautista acerca del Mesías, nos encontramos ahora en el cuarto día.

Entonces Juan hace algo extraordinario. Introduce el siguiente episodio, el relato del banquete de bodas en Cana, con las palabras «al tercer día». Ahora bien, no puede referirse al tercer día desde el comienzo, pues ya ha dejado atrás ese punto en su narración. Tiene que referirse al tercer día desde el cuarto día, lo que nos sitúa en el séptimo día... y a partir de ahí San Juan deja de contar los días.

¿Hay algo que te resulte familiar? El relato joánico de la nueva creación tiene lugar en siete días, precisamente igual que el relato de la creación en el Génesis se completa al sexto día y es santificado —perfeccionado— el séptimo, en que Dios descansó de su trabajo. El séptimo día de la semana de la creación, como el de todas las semanas desde entonces, sería conocido como el Sabbath, sábado, el día de descanso, signo de la alianza (cf. Ex 31, 16-17). Así que podemos estar seguros de que lo que suceda en el séptimo día de la narración de San Juan será significativo.

SE RUEGA RESPETO

Jesús llega al banquete nupcial con su madre y sus discípulos. En la cultura judía de entonces, la celebración de una boda duraba normalmente una semana. Pero sucede que, en esta boda, el vino se agotó muy pronto. En ese momento, la madre de Jesús señaló algo que era una obviedad: «no tienen vino» (Jn 2, 3). Es una simple constatación de hecho. Pero parece que Jesús responde de una forma que no guarda proporción con la simple observación de su madre. «Mujer», dice, « ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora».

Para que podamos entender la reacción de Jesús, aparentemente desmesurada, tenemos que comprender la frase « ¿qué nos va a ti y a mí?»⁹. Algunos comentaristas sostienen que expresa un brusco reproche de Jesús a su madre. Sin embargo, esa interpretación no resiste un atento estudio.

En primer lugar, deberíamos fijarnos en que al final Jesús cumple la petición que infiere de la observación de María. Si lo que pretendía era reprenderla, seguramente no habría accedido a su ruego después de haberle dirigido el reproche.

Con todo, la prueba decisiva contra la lectura que lo interpreta como una reprensión, viene del mismo presunto reproche. En tiempos de Jesús, « ¿Qué nos va a ti y a mí?» era un modismo común, una expresión corriente, en hebreo y griego. Se encuentra en otros lugares del Antiguo y del Nuevo Testamento, así como en fuentes extrabíblicas. En todos los demás lugares en que aparece, no indica, de ninguna manera, reproche o falta de respeto. Todo lo contrario: expresa respeto e incluso deferencia. Fíjate en Lucas 8, 28, en que la frase es usada al pie de la letra por un hombre poseído por un demonio. Es el demonio quien pone esas palabras en boca del poseso, y su intención es reconocer la autoridad de Jesús sobre el hombre y sobre el demonio.

«Te lo suplico, no me atormentes», continúa, afirmando así que debe cumplir lo que Jesús le mande.

En Cana, Jesús se somete respetuoso a su Madre, aunque Ella nunca le manda nada. Tan sólo les dice a los criados: «haced lo que Él os diga» (Jn 2, 5).

HIJA-MADRE-ESPOSA: MUJER

Pero volvamos por un momento a la respuesta inicial. ¿Te has dado cuenta de cómo se ha dirigido a Ella? No la ha llamado «madre», ni siquiera «María», sino «mujer». De nuevo, los comentaristas no católicos sostendrán de vez en cuando que Jesús empleó el epíteto «mujer» para expresar falta de respeto o recriminación. A fin de cuentas, ¿no debería dirigirse a Ella como «madre»?

En primer lugar, hemos de señalar que Jesús fue obediente a la Ley toda su vida, por lo que no es probable que mostrase alguna vez desdoro hacia su madre, violando así el cuarto mandamiento.

Segundo, Jesús volverá a dirigirse a María como «mujer», pero en circunstancias muy diferentes. A punto de morir en la cruz, la llamará «mujer», cuando se la dé como madre al discípulo amado, Juan (Jn 19, 26). Seguramente en esa ocasión no pretendía manifestar reproche o deshonor.

Pero si reducimos la palabra «mujer» a un insulto, se nos escapa algo más que el hecho de que Jesús no tenga pecado. Pues el uso que hace de esa palabra, conlleva otra resonancia del Génesis. «Mujer» es el nombre que Adán da a Eva (Gn 2, 23). Jesús, pues, se está dirigiendo a María como la Eva del nuevo Adán... lo que hace que el banquete de bodas al que asisten tenga una significación más elevada.

De todos modos, podemos anticipar alguna indignada objeción: ¿cómo puede María ser su esposa, si es su madre? Para responder a eso, tenemos que tener en cuenta la profecía de Isaías acerca de la futura salvación de Israel: «Ya no serás llamada más "abandonada" [...] sino que serás llamada "mi complacencia", y tu tierra "desposada". Pues como un joven se casa con una virgen, se casarán contigo tus hijos, y como el esposo se alegra por su novia, así tu Dios se regocijará por ti» (Is 62, 4-5; la cursiva es añadida). Muchas cosas se encuentran sugeridas en esos dos densos versículos: la maternidad virginal de María, su concepción milagrosa y su matrimonio místico con Dios, que es a la vez Padre, Esposo e Hijo. El misterio de la maternidad divina está presente, porque el misterio de la Trinidad está aún más presente.

MATERNIDAD ATACADA

«Mujer» redefine la relación de María no sólo con Jesús, sino también con todos los creyentes. Cuando Jesús se la entregó al discípulo amado, se la dio en efecto a sus discípulos amados de todos los tiempos. Como Eva, a quien Génesis 3, 20 llama «madre de todos los vivientes», María es madre de todos los que tienen nueva vida por el bautismo.

En Cana, pues, la nueva Eva cambia radicalmente la fatal decisión de la primera Eva. Mujer fue quien condujo al viejo Adán a su primer acto malo en el jardín. Mujer fue quien condujo al nuevo Adán a la primera obra en que manifestó su gloria.

La figura de Eva vuelve a aparecer más adelante en el Nuevo Testamento, en el libro del Apocalipsis, atribuido también al evangelista Juan. En el capítulo 12, encontramos a «una mujer vestida de sol» (v. 1), que se enfrenta a «la antigua serpiente, que es llamada diablo» (v.

9). Estas imágenes remiten al Génesis, donde Eva se encuentra cara a cara con la serpiente diabólica en el jardín del Edén y Dios maldice a la serpiente, prometiendo «poner enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la suya» (Gn 3, 15). Pero las imágenes del Apocalipsis apuntan también hacia una nueva Eva, una que dio a luz a un «niño varón», que «gobernará todas las naciones» (12, 5). Ese niño sólo podía ser Jesús; y por tanto la mujer no podía ser otra que su madre, María. En el Apocalipsis, la antigua serpiente ataca a la nueva Eva porque la profecía de Génesis 3, 15 está fresca en su memoria. Sin embargo, la nueva Eva aparece prevaleciendo sobre el mal, a diferencia de su antiguo tipo del jardín del Edén.

LOS TIEMPOS DE JUSTINO

Los paralelismos entre el Evangelio de San Juan y el Génesis son sorprendentes. Aun así, sé que algunos escépticos los despreciarán como producto de una imaginación desbordada. ¿No habremos leído demasiado los católicos en el texto de Juan? ¿No estaremos imponiendo a un autor doctrinas medievales o modernas que ni siquiera se le habrían pasado por la imaginación?

Se trata de preguntas razonables. Comenzamos por investigar los testimonios desde los primeros cristianos, empezando por los círculos más cercanos al apóstol Juan. A medida que vamos estudiando estos padres más antiguos de la Iglesia, nos encontramos con que sí que hablaron de una nueva Eva. ¿Quién dijeron que era? Abrumadoramente, la identificaron con María.

El testimonio más antiguo que nos ha llegado se encuentra en el Diálogo con Trifón del mártir San Justino. Escrito hacia el año 160, el Diálogo describe las conversaciones que Justino había tenido con un rabino en torno al año 135 en Éfeso, ciudad en la que Justino había sido instruido en la fe cristiana. Según la tradición, Éfeso era también la ciudad en la que vivió el apóstol San Juan con la Virgen María.

La doctrina de San Justino acerca de la nueva Eva está en consonancia con la del mismo Juan, y puede ser la prueba de una mariología desarrollada por San Juan como obispo de Éfeso y continuada por sus discípulos en tiempos de Justino... que vivió poco más de una generación después de la muerte del apóstol.

El texto de San Justino es denso, pero rico:

«Cristo [...] nació de la Virgen como hombre, a fin de que por el mismo camino que tuvo principio la desobediencia de la serpiente, por ése también fuera destruida. Porque Eva, cuando aún era virgen e incorrupta, habiendo concebido la palabra que le dijo la serpiente, dio a luz la desobediencia y la muerte; pero María, la virgen, concibió fe y gozo cuando el ángel Gabriel le dio la buena noticia de que el Espíritu del Señor vendría sobre Ella y que la virtud del Altísimo la cobijaría con su sombra, por lo cual lo nacido de Ella, santo, sería Hijo de Dios; a lo que respondió Ella: "Hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Y de la virgen nació Jesús, al que hemos demostrado que se refieren tantas Escrituras, por quien Dios destruye a la serpiente y a los ángeles y hombres que a ella se asemejan»¹⁰.

Al comparar y contrastar a Eva con María, Justino sigue las reflexiones de Pablo acerca de Cristo y Adán. San Pablo señala que «en Adán todos mueren», mientras que «en Cristo serán todos vivificados» (1 Cor 15, 22). «Adán fue hecho un ser viviente», mientras que «el último Adán fue hecho espíritu que da vida» (1 Cor 15, 45). Adán nos traspasó el parecido de familia mortal y terrena; Cristo nos hizo parte de una familia inmortal y celestial (1 Cor 15, 49).

San Justino, por su lado, hace notar que Eva y María eran vírgenes; Eva concibió la «palabra de la serpiente», en tanto que María concibió la Palabra de Dios. Por providencia divina, concluye San Justino, la obediencia de María se convirtió en medio de deshacer la desobediencia de Eva y sus devastadores efectos.

LA GUARIDA DEL LYON

El rastro documental de María pasa de Justino a San Ireneo de Lyon, que afinó más la comprensión de María como nueva Eva. Ireneo podía hacer remontar también su «pedigrí» de discípulo hasta el apóstol San Juan: aprendió la fe de San Policarpo de Esmirna, quien a su vez fue instruido por San Juan. Una vez más, quizá, fue la influencia de Juan la que llevó a San Ireneo a hablar de Cristo como el nuevo Adán y de María como la nueva Eva, como hizo en varios lugares¹¹.

Esa doctrina, de hecho, era esencial para una de las ideas centrales de Ireneo: lo que llamaba recapitulación de la creación en Cristo. Apoyándose en San Pablo, escribió que cuando Cristo «se encarnó y se hizo hombre, recapituló en sí mismo la larga historia del hombre, resumiendo y dándonos la salvación de forma que pudiéramos recibir de nuevo en Cristo lo que habíamos perdido en Adán... esto es, la imagen y semejanza de Dios»¹².

Como San Juan, Ireneo vio el importante lugar que ocupa la nueva Eva en esta recapitulación. «El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María. Porque lo que la virgen Eva había fuertemente ligado con su incredulidad, la Virgen María lo desligó con su fe»¹³. Seguidamente, San Ireneo contrapone la obediencia de María con la desobediencia de Eva, analizando los textos de la Sagrada Escritura.

En un libro posterior, desarrolló aún más esa idea: «si aquella [Eva] había desobedecido a Dios, ésta [María] se inclinó a obedecerle, y así la Virgen María vino a ser la abogada de la virgen Eva. Y tal como el género humano fue llevado a la muerte por una virgen, así fue desligado por una virgen»¹⁴. En este punto, la reflexión de Ireneo acerca de María como abogada (que vuelve a tomar en su Demostración de la enseñanza apostólica) sugiere, al menos, a este lector, su poder intercesor en Cana¹⁵.

Finalmente, San Ireneo extiende la maternidad de María desde Cristo a todos los cristianos, cuando habla de Ella como tipo de la Iglesia. Describe el nacimiento de Jesús como «el ser puro que abriría con toda pureza el puro seno que regenera a los hombres en Dios»¹⁶.

MEMORIAS DE ÁFRICA

San Justino en Éfeso y San Ireneo en Francia podrían reivindicar que eran descendientes espirituales del apóstol San Juan. Por su parte, San Juan enseñaba desde una experiencia privilegiada, pues había vivido tres años junto a Jesús, y después, en los años siguientes, en la misma casa que la Virgen María. El cardenal John Henry Newman reflexionaba:

«Si hay un apóstol en quien deberíamos tener fijos los ojos a la hora de que nos instruya sobre la Santísima Virgen, ése es San Juan, a quien la confió nuestro Señor en la cruz... con quien, como dice la tradición, vivió en Éfeso hasta que murió. Este presentimiento tiene su confirmación; pues, como he dicho antes, uno de nuestros informadores más antiguos y completos en lo relativo a su dignidad, como segunda Eva, es Ireneo, que vino a Lyon desde Asia menor y había sido formado por los discípulos inmediatos de San Juan»¹⁷.

Pero hubo otros, posiblemente al margen del ámbito de influencia directa de San Juan, que también vieron a María como la nueva Eva. Tertuliano —en el norte de África a principios del siglo III— habló de esta realidad con precisión:

«En efecto, así como la palabra [del demonio] productora de muerte había entrado en Eva, que aún era virgen; de un modo semejante el Verbo de Dios, autor de la vida, debía entrar en la Virgen, a fin de que lo que había perecido fuese reconducido a la salvación a través de idéntico sexo. Eva había dado fe a la serpiente, María dio fe a Gabriel: el pecado que cometió Eva prestando ese asentimiento, fue eliminado por María, prestando también Ella su asentimiento»¹⁸.

Esta precisión es aún más notable si tenemos en cuenta que su mariología, en otras áreas, es bastante confusa, errónea, y discrepa de las demás fuentes.

La nueva Eva, por tanto, no es precisamente una lectura del Evangelio con innovaciones medievales o modernas. Más bien es una antigua y venerable tradición, transmitida —probablemente desde el mismo apóstol Juan— a través de los tiempos, que sería enseñada por San Justino, San Ireneo, Tertuliano, San Agustín, San Juan Damasceno, Santo Tomás de Aquino y muchos otros miles.

Todos esos maestros percibieron claramente el mensaje de la nueva Eva. Es éste: obedeced a Dios, que es su Hijo, su Esposo, su Padre. «Haced lo que El os diga». Los poetas medievales lo resumieron netamente señalando que el Ave del ángel Gabriel (el saludo latino) era el nombre de Eva al revés. Así también, se dio la vuelta a la inclinación a la rebeldía que Eva nos legó a sus hijos —a ti y a mí— y fue reemplazada con la disposición a la obediencia, que María quiere enseñarnos.

CAPITULO III. VENERADORES DEL ARCA PERDIDA. ISRAEL Y EL PORTADOR DE LA NUEVA ALIANZA

Lo que atisbamos entre sombras en el Evangelio de San Juan, lo encontramos «vestido de sol» en el libro de la revelación de Juan, en su Apocalipsis. El título mismo del último libro de la Biblia nos hace remontarnos al Evangelio de Juan. «Revelación» es la traducción inglesa habitual del griego apokalypsis; pero la palabra griega es más rica. Su traducción más ajustada es «desvelar», y la usaban los judíos de habla griega para describir el momento en que se levantaba el velo de la novia ante el marido, momentos antes de que la pareja consumase el matrimonio.

Así pues, como en Cana, volvemos a encontrarnos con San Juan en un banquete nupcial. Escribe Juan en el Apocalipsis: «Dichosos los invitados a la cena de las bodas del Cordero» (Ap 19, 9). A lo largo del Apocalipsis, Juan usa «el Cordero» para indicar a Jesús. Pero, ¿quién es la novia de esta boda? Hacia el final del libro, un ángel toma a San Juan y le dice: «ven, te voy a mostrar a la novia, la esposa del Cordero». Entonces, juntos, contemplan «la ciudad santa, Jerusalén, que baja de los cielos, desde Dios» (Ap 21, 9-10). Parece, pues, que la novia de Cristo es Jerusalén. Pero la Jerusalén que describe Juan no se parece en nada a la Jerusalén terrena. Por el contrario, brilla con un «resplandor como el de una piedra muy preciosa [...]». Los cimientos de la muralla de la ciudad están adornados con toda clase de piedras preciosas [...]. Las doce puertas son doce perlas, cada una de las puertas hecha de una sola perla, y la calle de la ciudad es de oro puro, transparente como el cristal» (Ap 21, 11.19.21).

Se trata de imágenes preciosas, pero que difícilmente describen una ciudad real: y menos aún, una novia. ¿Qué, o quién, es esta ciudad santa que es también una novia? La mayoría de los

intérpretes, antiguos y modernos, piensan que la ciudad santa es la Iglesia, presentada por Juan como la nueva Jerusalén; también San Pablo habla de la Iglesia en términos de una relación nupcial con Cristo (Ef 5, 31-32).

Pero si eso fuera todo lo que tenía que revelarnos San Juan, su Apocalipsis habría sido un libro mucho más corto. Sin embargo, consta de veintidós capítulos y está repleto de imágenes, unas veces deslumbrantes, otras terribles, y casi siempre desconcertantes. No tenemos aquí espacio para un estudio exhaustivo del Apocalipsis; pero me gustaría centrarme en una de sus escenas cumbres, que tiene lugar a la mitad del libro: la primera vez que se «levanta el velo».

«ARK THE HERALD ANGELS SING»

Para los judíos del siglo I, lo más impactante del Apocalipsis era sin duda la revelación que hace Juan al final del capítulo 11. Es entonces cuando, tras oír siete toques de trompeta, Juan ve abierto el templo del cielo (Ap 11, 19) y dentro de él —¡milagro! — el arca de la alianza.

Habría sido la noticia del milenio. El arca de la alianza — el objeto más sagrado del antiguo Israel — llevaba perdida seis siglos. Hacia el 587 antes de Cristo, el profeta Jeremías escondió el arca para evitar que la profanaran, cuando los invasores babilonios estaban a punto de destruir el templo. Podemos leer la historia en el segundo libro de los Macabeos:

«Llegó Jeremías y encontró una cueva y llevó allí la tienda y el arca y el altar del incienso y selló la entrada. Algunos de los que le siguieron, volvieron para marcar el camino, pero no pudieron encontrarlo. Cuando se enteró Jeremías, les reprendió diciendo: "el lugar quedará desconocido hasta que Dios vuelva a reunir a su Pueblo y muestre su misericordia. Entonces el Señor mostrará todo esto y aparecerá la gloria del Señor y la nube"» (2 Mac 2, 5-8).

Cuando Jeremías habla de «la nube», se refiere a la shekinah, o nube de gloria, que cubría el arca de la alianza y significaba la presencia de Dios. En el templo de Salomón, el arca estaba en el Santo de los santos. De hecho, era el arca lo que hacía que el interior del Santo fuese santo. En efecto, el arca contenía las tablas de piedra en las que el dedo de Dios había grabado los diez mandamientos. El arca guardaba un resto del maná, la comida que dio Dios como sustento del Pueblo durante la estancia en el desierto. El arca conservaba también la vara de Aarón, símbolo de su oficio sacerdotal.

Hecha de madera de acacia, el arca tenía forma de caja recubierta de adornos de oro y a la sombra de unos querubines esculpidos. En lo alto del arca estaba el sitial propiciatorio, siempre desocupado. Delante del arca, dentro del Santo, se alzaba la menorah, o candelero de siete brazos.

Pero los primeros lectores judíos del Apocalipsis conocían estos detalles únicamente por la historia y por la tradición¹⁹. Puesto que nunca se había encontrado el escondrijo de Jeremías, en el templo reconstruido no había ningún arca en el Santo de los santos, ni shekinah, ni maná en el arca, ni querubines ni propiciatorio.

Y en esto viene Juan asegurando haber visto la shekinah (la «gloria de Dios», Ap 21, 10-11. 23)... y, lo más sorprendente de todo, el arca de la alianza.

MARÍA TUVO UN HOMBRECILLO

Juan prepara de muchas maneras al lector para la aparición del arca. Va a aparecer, por ejemplo, tras el clarín de la séptima trompeta del séptimo ángel vengador. Se trata de una clara alusión al Israel de la antigua alianza. En la primera y mayor batalla que luchó Israel al

entrar en la tierra prometida, Dios mandó que el pueblo elegido entrara en liza llevando el arca delante de ellos. Apocalipsis 11, 15 se hace eco, en concreto, de Josué 6, 13, que describe cómo, durante los seis días precedentes a la batalla de Jericó, siete sacerdotes guerreros israelíes daban una vuelta alrededor de la ciudad yendo delante del arca de la alianza; al séptimo día, tocaron las trompetas y las murallas de la ciudad se vinieron abajo. Para el antiguo Israel, el arca era, en cierto sentido, el arma más efectiva, pues representaba la protección y poder de Dios omnipotente. De la misma manera, el Apocalipsis nos muestra que el nuevo y celestial Israel lucha también con la asistencia del arca.

Como era de esperar, el arca va a aparecer con efectos especiales espectaculares: «entonces se abrió el templo de Dios en el cielo y apareció el arca de la alianza dentro del templo; y se produjeron relámpagos, y fragor, y truenos, y temblor de tierra y fuerte granizada» (Ap 11, 19).

Imagínate que eres un lector del siglo I... y judío. Nunca has visto el arca, pero toda tu formación religiosa y cultural te ha enseñado a ansiar su reposición en el templo. San Juan crea un clima de expectación, de tal manera que casi parece que está provocando a sus lectores cuando describe el sonido y violencia que acompañan al arca. La tensión dramática llega a ser casi insostenible. El lector quiere ver el arca, como la ve Juan.

Lo que sigue provoca irritación. En las biblias modernas, después de todos esos preparativos, de repente se interrumpe el pasaje estruendosamente porque se termina el capítulo 11. Juan nos promete el arca, pero justo entonces da la impresión de que lleva su escena a un abrupto final. Tenemos que recordar, sin embargo, que la división en capítulos del Apocalipsis —como la de todos los libros de la Biblia— es artificiosa, impuesta por los amanuenses en la Edad Media. En el Apocalipsis original de San Juan no había capítulos; era una narración continuada.

Por tanto, los efectos especiales del final del capítulo 11 servían de prelude inmediato para la imagen que aparece ahora al principio del capítulo 12. Podemos leer seguidas esas líneas, que describen un único acontecimiento: «entonces se abrió el templo de Dios en el cielo y apareció el arca de la alianza [...]. Una gran señal apareció en el cielo, una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; estaba encinta y gritaba con dolores de parto, en el trance de dar a luz» (Ap 11, 19. 12,2).

Juan nos ha mostrado el arca de la alianza... y resulta que es una mujer.

Ciertamente, el Apocalipsis puede parecer muy extraño. Antes hemos visto a una novia que se aparecía como una ciudad; y ahora vemos un arca que se nos presenta en forma de mujer.

FRENTES DE BATALLA

¿Quién es esta mujer, que también es un arca? La mayoría de los comentaristas están de acuerdo en que, al menos en cierto nivel, esta mujer —como la novia de Apocalipsis 19— representa a la Iglesia, que se esfuerza por dar a luz a los creyentes de cada época. Pero probablemente San Juan no pretendía que la mujer representase en exclusiva, ni tan siquiera primariamente, a la Iglesia. El cardenal Newman ofreció un buen argumento de por qué resulta insuficiente leer Apocalipsis 12 como una personificación o prosopopeya:

«La imagen de la mujer, de acuerdo con el uso general en la Escritura, es demasiado llamativa y prominente para que sea una mera personificación. La Sagrada Escritura no es dada a alegorías. Es cierto que tenemos en ella frecuentes figuras, como cuando los escritores sagrados hablan del brazo o de la espada del Señor. Asimismo, cuando hablan de Jerusalén o Samaria en femenino, o de la Iglesia como una novia o una parra. Pero no son muy dados a

revestir de atributos personales ideas abstractas o generalizaciones. Eso es más propio del estilo clásico que del de las Escrituras. Jenofonte sitúa a Hércules entre la Virtud y el Vicio, representadas como mujeres» 20

Además, una mera personificación no parece encajar con el método que sigue San Juan en el conjunto del episodio de la mujer. En efecto, introduce otros personajes fantásticos, que podrían personificar ciertas ideas, pero que no cabe duda de que son también personas reales. Por ejemplo, unos cuantos intérpretes se preguntan por la identidad del «niño» al que da a luz la mujer (Ap 12, 5). Dado el contexto del Apocalipsis, este niño sólo podía ser Jesucristo. Juan nos dice que el niño «está destinado a gobernar todas las naciones con vara de hierro», y se trata claramente de una referencia al Salmo 2, 9, que describe al rey mesías prometido por Dios. Juan añade también que este niño «fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono», lo cual sólo puede hacer referencia a Jesús, que ascendió a los cielos.

Lo que es verdad para el niño, lo es también para su enemigo, el dragón. Juan declara abiertamente que el dragón no es sólo una alegoría, sino una persona concreta: «aquella antigua serpiente, que se llama Diablo y Satanás, el que seduce a todo el mundo» (Ap 12, 9).

Del mismo modo, el aliado del dragón, la «bestia que sale del mar» (Ap 13, 1), corresponde también a un pueblo real. Miremos a esa espantosa bestia y retrocedamos en la historia, para ver lo que veía San Juan. La bestia tiene «diez cuernos y siete cabezas, con diez coronas sobre los cuernos y un nombre blasfemo en las cabezas». Por el capítulo 7 del libro de Daniel sabemos que, en una profecía, tales bestias suelen representar dinastías. Los cuernos, por ejemplo, eran un símbolo común del poder dinástico.

Con esto, podríamos preguntarnos: ¿qué dinastía del siglo I estaba más amenazada por el surgimiento del rey mesiánico de la línea de David? El Evangelio de San Mateo (capítulo 2) lo esclarece: la dinastía de Herodes, los herodianos. Al fin y al cabo, Herodes era un no judío nombrado por los romanos para gobernar Judea. Con el fin de apuntalar su ilegítimo reino, los romanos exterminaron a todos los herederos de la dinastía judía de los asmoneos. Pero Herodes pretendía ser rey en Jerusalén, y hasta llegó a reconstruir el templo a gran escala. Líder carismático, Herodes —aunque no era judío— se ganó sucesivamente el miedo, la gratitud e incluso la devoción de sus súbditos a lo largo de su sangriento reinado. El primero de los Herodes mató a su propia mujer, a tres de sus hijos, a su suegra, a un cuñado y a un tío, por no mencionar a los niños de Belén.

Más aún, Herodes había implicado en su gobierno a los sacerdotes del templo. ¿A quién consultó Herodes, a fin de cuentas, cuando buscaba al Mesías recién nacido? La dinastía herodiana fue una falsificación satánica de la Casa de David. Al igual que el verdadero heredero de David, Salomón, Herodes había construido el templo y mantenido múltiples esposas. Además, con ayuda de los romanos, había unificado la tierra de Israel como no lo había estado durante siglos.

Los Herodes harían de sí mismos el mayor obstáculo para la verdadera restauración del reino de David. Siete Herodes gobernaron en la línea del padre fundador, Antípatro, y hubo diez Césares en la línea imperial romana desde Julio hasta Vespasiano. La bestia de diez cuernos y siete cabezas se corresponde curiosamente con los siete Herodes coronados que recibieron su poder y gobierno de la dinastía de los diez Césares.

Pretender que Apocalipsis 12 es un ejercicio de personificación, sería una grosera simplificación. La visión de San Juan, aunque rica en simbolismo, describe también una historia y un pueblo reales, aunque desde una perspectiva celestial.

MÁS QUE UNA MUJER

San Juan describe las luchas que rodean el nacimiento y la misión del Mesías. Muestra, simbólicamente, los papeles que jugarían Satanás, los Césares, y los Herodes. Pero la pieza central de Apocalipsis 12, el elemento más destacado, es la mujer que es el arca de la alianza.

Si ella es algo más que una idea personificada, ¿de quién se trata?

La tradición nos dice que es la misma persona a quien Jesús llama «mujer» en el Evangelio de Juan, repetición de la persona a la que Adán llama «mujer» en el jardín del Edén. Como el comienzo del Evangelio de San Juan, este episodio del Apocalipsis evoca repetidamente el Protoevangelio del Génesis. El primer indicio es que San Juan — aquí, como en su Evangelio — nunca revela el nombre de esta persona; se refiere a ella únicamente por el nombre que Adán dio a Eva en el jardín: ella es «mujer». Más adelante en el mismo capítulo del Apocalipsis, nos enteramos también de que, como Eva — que era «madre de todos los vivientes» (Gn 3, 20) — la mujer de la visión de San Juan es madre no sólo del «niño», sino también del «resto de su descendencia», identificados más tarde con «aquellos que guardan los mandamientos de Dios y dan testimonio de Jesús» (Ap 12, 17). Su descendencia, pues, son aquellos que tienen nueva vida en Jesucristo. La nueva Eva, por tanto, cumple la promesa de la antigua de ser, más perfectamente, la madre de todos los vivientes.

Con todo, la referencia más explícita del Apocalipsis al Protoevangelio es la figura del dragón, a quien Juan identifica explícitamente con la «antigua serpiente» del Génesis, «el que seduce al mundo» (Ap 12, 9; cf. Gn 3, 13). El conflicto que sigue a continuación entre el dragón y el niño realiza a las claras la promesa de Génesis 3, 15, cuando Dios juró poner «enemistad» entre la serpiente «y la mujer; entre tu descendencia y la suya». Y la angustia del parto de la mujer parece también venir en cumplimiento de las palabras de Dios a Eva: «multiplicaré grandemente tus fatigas en la preñez; con dolor darás a luz a tus hijos» (Gn 3, 16)²¹.

Evidentemente San Juan pretende que la mujer del Apocalipsis evoque a Eva, la madre de todos los vivientes, y a la nueva Eva, la persona a la que identifica como «mujer» en el Evangelio.

MARÍA... ¿UN RELICARIO?

Nos hemos quedado con la duda, sin embargo, de cómo esta mujer puede ser también la tan venerada arca de la alianza.

Para comprenderlo, debemos considerar en primer lugar qué es lo que hacía tan santa el arca. No era la madera de acacia, ni los adornos de oro. Ni las figuras talladas de ángeles. Lo que la hacía santa era que contenía la alianza. Dentro de aquella caja de oro estaban los diez mandamientos, la Palabra de Dios inscrita por el dedo de Dios; el maná, el pan milagroso enviado por Dios para alimentar a su pueblo en el desierto; y la vara sacerdotal de Aarón.

Lo que hacía santa al arca, hacía aún más santa a María. Si la primera contenía la Palabra de Dios en piedra, el cuerpo de María contenía la Palabra de Dios encarnada. Si el arca conservaba milagroso pan del cielo, el cuerpo de María guardaba el mismo Pan de Vida que vence a la muerte para siempre. Si la primera arca custodiaba la vara del antiguo sacerdote de viejos tiempos, el cuerpo de María contenía la persona divina del sacerdote eterno, Jesucristo.

Lo que vio San Juan en el templo del cielo era mucho más grande que el arca de la antigua alianza... el arca que había irradiado la nube de gloria ante la menorah, en el corazón del

templo del antiguo Israel. Juan vio el arca de la nueva alianza, el vaso escogido para llevar al mundo la alianza de Dios de una vez y para siempre.

OBJECIONES DESESTIMADAS

Los Padres de la Iglesia primitiva dieron testimonio firme de esta identificación de María con el arca de la alianza. De todas maneras, hubo intérpretes que levantaron objeciones, a las que, a su vez, respondieron los Padres.

Algunos objetaron, por ejemplo, que los dolores de parto de la mujer parecían estar en contradicción con la tradición ampliamente establecida de que María no sufrió dolores de parto. Muchos cristianos creen que, puesto que María fue concebida sin pecado original, estuvo exenta de las maldiciones de Génesis 3, 16; por tanto, no habría sentido angustias al dar a luz.

Pero la angustia de la mujer no necesariamente se entiende como dolores de un parto físico. En otros lugares del Nuevo Testamento, San Pablo usa el dolor de parto como una metáfora del sufrimiento espiritual, del sufrimiento en general, o del ansia del mundo que espera el cumplimiento final (Gal 4, 19; Rm 8, 22). La angustia de la mujer del Apocalipsis podría representar el deseo de traer a Cristo al mundo; o podría representar los sufrimientos espirituales que fueron el precio de la maternidad de María.

Otros intérpretes se temían que la mención de la «otra descendencia» de la mujer pudiera contradecir el dogma de la virginidad perpetua de María. Después de todo, ¿cómo podría tener otros hijos si permaneció siempre virgen? (trataremos este asunto con más detalle en el capítulo 5). Pero una vez más, estos descendientes no tienen por qué ser hijos físicos. Los apóstoles hablan a menudo de sí mismos como «padres», cuando se dirigen a la primera generación cristiana (cf. 1 Cor 4, 15). La «otra descendencia» de Apocalipsis 12 son con toda seguridad aquellos «que guardan el testimonio de Jesús» y así se convierten en sus hermanos, y tienen en común a su Padre del cielo... y a su madre.

Otros intérpretes están sencillamente confundidos por los detalles del relato de San Juan: por ejemplo, cuando a la mujer se le «dieron las dos alas del gran águila para que pudiera huir de la serpiente al desierto» (Ap 12, 14). Tales pasajes están abiertos a una variedad de interpretaciones. Algunos comentaristas creen que describe la protección divina sobre María del pecado y del influjo diabólico. También hay quienes lo han visto como un relato estilizado de la huida a Egipto (Mt 2, 13-15), adonde fue conducida la Sagrada Familia por la bestia herodiana.

RUMBO A LAS MONTAÑAS

Con todo, la mayor dificultad que encuentran los intérpretes estriba en que el enfoque tipológico de San Juan en el Apocalipsis resulta aparentemente único de él. ¿En qué otro sitio, en efecto, se llama a María arca de la alianza? Pero un estudio más profundo del Nuevo Testamento nos muestra que el punto de vista de San Juan no era exclusivo... ciertamente, más explícito que otros, pero no único.

Junto con los libros de San Juan, los escritos de San Lucas son los otros grandes filones bíblicos de la doctrina mariana. Es Lucas quien cuenta el relato, de la anunciación del ángel a María, de la visita de María a Isabel, de las milagrosas circunstancias del nacimiento de Jesús, de la

purificación de la Virgen en el Templo, de la búsqueda de su hijo cuando tenía doce años, y de su presencia entre los apóstoles en el primer Pentecostés.

Lucas era un literato metódico que podía reivindicar la ventaja adicional de tener al Espíritu Santo como coautor. A lo largo de los siglos, los expertos se han maravillado de la forma en que el Evangelio de San Lucas establece sutiles paralelismos con textos clave del Antiguo Testamento. Uno de los primeros ejemplos en su narración, es el relato de la visitación de María a Isabel. El lenguaje de San Lucas parece hacerse eco del relato, en el segundo libro de Samuel, del viaje de David para llevar a Jerusalén el arca de la alianza. La historia comienza con que David «se levantó y fue» (2 Sam 6, 2). El relato de Lucas de la visitación, comienza con las mismas palabras: María «se levantó y fue» (1, 39). En sus respectivos viajes, María y David se dirigieron a la región montañosa de Judá. David reconoce su indignidad con las palabras «¿cómo puede el arca del Señor venir a mí?» (2 Sam 6, 9)... palabras que encontramos repetidas cuando María se acerca a su pariente Isabel: «¿de dónde a mí, que la madre de mi Señor venga a mí?» (Lc 1, 43). Date cuenta de que la frase es casi literal, excepto que «arca» es reemplazada por «madre». Más adelante leemos que David «bailó» de alegría en presencia del arca (2 Sam 6, 14.16), y encontramos que se usa una expresión similar para describir que el niño saltó en el seno de Isabel cuando se acercó María (Lc 1, 44). Finalmente, el arca permaneció en las montañas durante tres meses (2 Sam 6, 11), el mismo tiempo que pasó María con Isabel (Lc 1, 56).

¿Por qué, pues, habría de mostrarse Lucas tan poco explícito? ¿Por qué no se manifiesta abiertamente y declara que la Santísima Virgen es la realización cumplida del tipo del arca?

El cardenal Newman contestó a esta pregunta de una manera interesante: «A veces se pregunta, ¿por qué los escritores sagrados no mencionan la grandeza de nuestra Señora? Contesto que ella vivía o podía estar viva cuando escribieron los apóstoles y evangelistas; un libro de la Sagrada Escritura fue escrito con toda certeza después de su muerte y ese libro [el Apocalipsis], por así decirlo, la canoniza y la corona»²².

¿Estaba Lucas, a su modo tranquilo, mostrando que María era el arca de la nueva alianza? Las pruebas son demasiado fuertes para hacer creíble cualquier otra explicación.

MADRE MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

La mujer del Apocalipsis es el arca de la alianza en el templo del cielo; y esa mujer es la Virgen María. Esto, sin embargo, no excluye otras lecturas de Apocalipsis 12. La Sagrada Escritura, al fin y al cabo, no es un código que haya que descifrar, sino un misterio que nunca podremos agotar en toda una vida.

En el siglo IV, por ejemplo, San Ambrosio vio a la mujer claramente como la Virgen María, «porque es madre de la Iglesia, pues dio a luz al que es Cabeza de la Iglesia»²³; sin embargo, San Ambrosio vio también a la mujer del Apocalipsis como una alegoría de la Iglesia misma. San Efrén de Siria llegó a la misma conclusión, sin miedo a contradecirse: «la Virgen María es, de nuevo, figura de la Iglesia [...]. Llamemos a la Iglesia por el nombre de María; pues es digna del doble nombre»²⁴. También San Agustín sostuvo que la mujer del Apocalipsis «significa a María que, siendo sin mancha dio a luz a nuestra cabeza inmaculada. Ella misma mostraría también en sí misma una figura de la santa Iglesia, de forma que al igual que ella permaneció virgen al dar a luz a un Hijo, así también la Iglesia habría de estar dando a luz a los miembros de aquél durante todo el tiempo, sin perder su estado virginal»²⁵.

Como María dio a luz a Cristo al mundo, así la Iglesia da a luz creyentes, «otros Cristos», a cada generación. Como la Iglesia se convierte en madre de los creyentes en el bautismo, así María se convierte en madre de los creyentes en cuanto hermanos de Cristo. La Iglesia, en palabras de un profesor reciente, «reproduce el misterio de María»²⁶.

Podemos leer todas estas interpretaciones como una glosa a un impresionante pasaje de San Ireneo, que mencionamos en el capítulo anterior. El niño es, sin duda, «el ser puro que abriría con toda pureza el puro seno que regenera a los hombres en Dios». Y la «otra descendencia» que vemos en el Apocalipsis son, con igual seguridad, aquellos que son regenerados en Dios, los que han nacido del mismo seno que Jesucristo.

Leído a la luz de los Padres, Apocalipsis 12 puede iluminar nuestra lectura de los pasajes del Nuevo Testamento que describen a los cristianos como hermanos de Cristo. La palabra griega que designa «hermano», adelphos, significa literalmente «del mismo seno». Desde San Juan e Ireneo, pasando por San Efrén y Agustín, los primeros cristianos creyeron que se trataba del seno de María.

El pasaje resulta notablemente rico. Otros Padres vieron a la mujer del Apocalipsis como un símbolo de Israel, que dio a luz al Mesías; o como el Pueblo de Dios a través de los tiempos; o como el imperio davídico, como contrapuesto a los herodianos y los Césares.

Ella es todas estas cosas, como también es el arca de la alianza. Pero mientras todas estas interpretaciones son válidas de manera subsidiaria o secundaria, ninguna puede colmar el sentido primario del texto. Todas estas lecturas simbólicas apuntan más allá de sí mismas a un significado primario que es histórico-literal. O como expresó el cardenal Newman: «los santos apóstoles no habrían hablado de la Iglesia bajo esta imagen particular, de no haber existido una bienaventurada Virgen María exaltada a lo alto y objeto de veneración de todos los fieles»²⁷.

En palabras de otro experto, la mujer del Apocalipsis debe ser «una persona concreta que personifica a un colectivo»²⁸. El significado primario, más aún —tanto para la mujer como para su hijo—, debe pertenecer a la persona individual, histórica, la Virgen María, que, al mismo tiempo, fue madre de Cristo y de los miembros de su cuerpo, la Iglesia.

CAPÍTULO IV. EL PODER TRAS EL TRONO. LA REINA MADRE Y EL REY DE LA DINASTÍA DE DAVID

Hemos visto, en el Evangelio de San Juan y en el Apocalipsis, cómo la obra redentora de Jesús lleva a cumplimiento muchos tipos, o prefiguraciones, que se encuentran en el libro del Génesis. La creación primordial prefiguraba la renovación y redención de la creación llevada a cabo por Jesucristo (Ap 21, 5). El jardín del Edén era tipo del huerto de Getsemaní. El árbol del Edén prefiguraba el madero de la cruz. Adán era tipo de Jesucristo; Eva lo era de la Virgen María.

Al examinar Apocalipsis 12, sin embargo, hemos entrevisto también otros patrones de tipología. Uno —considerar a María como arca de la alianza— nos hace retroceder inexorablemente a Moisés, que permaneció con Israel en el desierto durante cuarenta años. Siguiendo a Moisés, Israel «venció [...] por la sangre del cordero» (Ap 12, 11), cuando rescataron a sus primogénitos en la primera Pascua. De la misma manera, el nuevo Israel «venció [...] por la sangre del Cordero», Jesucristo, nuevo Moisés y nuevo legislador. Continuando esta veta tipológica, podemos ver también que la hermana de Moisés, de nombre Miriam (María), fue, como Eva, una matriarca que no fue fiel, sino que cedió a la

idolatría y a la sublevación contra lo señalado por la autoridad de Dios. En la nueva alianza, sin embargo, una nueva Miriam habría de cumplir el tipo y modelo de perfecta obediencia.

De todos modos, quizá es en el reino de David donde se encuentra la fuente más sorprendente de tipología. El reino de David proporcionó al antiguo Israel la idea de lo que habría de ser el reino del Mesías. El segundo rey hebreo, David, unificó las doce tribus y estableció Jerusalén como capital y centro espiritual de la nación. El pueblo le veneraba por su rectitud, justicia y fidelidad al Señor; sin embargo, sus sucesores no estuvieron casi nunca a la altura de la virtud de su antepasado. Mientras que David unificó la nación, los reyes siguientes infiltraron resentimiento entre las tribus. El resentimiento condujo finalmente a la rebelión y a la disolución del reino unido de Israel. Debilitado Israel, fue más vulnerable a los enemigos de fuera. Con el tiempo, la tierra fue conquistada por los invasores babilonios, el pueblo llevado a la cautividad, y la descendencia de David completamente exterminada... o casi completamente. Sedecías, el último rey de la dinastía de David, fue obligado a presenciar cómo sus enemigos, los caldeos, ejecutaban a todos sus hijos; a continuación le sacaron los ojos, de manera que la última imagen " grabada en la memoria de Sedecías fueran los cadáveres de sus hijos... y el aparente final de la dinastía de David (cf. 2 Re 25, 7).

A lo largo del exilio y de todos los altibajos de su posterior historia, el pueblo de Israel miraría hacia atrás, al reino de David, como un ideal... y hacia delante, a su futura realización con la venida del Mesías, el sacerdote-rey ungido de Dios. Incluso en tiempos de Jesús, los fariseos no dudaban en identificar al Mesías como «el hijo de David» (Mt 22, 42). En efecto, el Señor había prometido a David que un rey de su descendencia gobernaría un día todas las naciones y reinaría por siempre: «levantaré tu descendencia después de ti, la que nacerá de tu carne [...]. Y estableceré el trono de su reinado por siempre. Seré su padre y él será mi hijo» (2 Sam 7, 12-14). También encontramos citada la promesa en los Salmos: «el Señor juró a David un juramento verdadero del que no se retractará: "pondré en tu trono a uno de tus hijos [...]. Sus hijos se sentarán por siempre en tu trono". Pues el Señor ha escogido Sión para habitar: "este es el lugar de mi morada para siempre"» (Sal 132, 11-13).

Los profetas expresaron esa mezcla de nostalgia y anhelo que tenía Israel y predijeron la venida del Mesías con una precisión asombrosa. Antes incluso de la época de Sedecías, Isaías predijo que la descendencia de David —el árbol familiar de Jesé, padre de David— quedaría reducido a un «tocón», pero que de él saldría «un retoño», «un vástago»: el Mesías (Is 11, 1). «¡Escucha, pues, Casa de David! [...] El Señor mismo os dará una señal. He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel» (Is 7, 13-14).

SOBRE GENEALOGÍAS

Las primerísimas palabras del Nuevo Testamento son el cumplimiento de la promesa de los profetas y del anhelo de Israel: «Libro de la genealogía de Jesucristo, el hijo de David» (Mt 1, 1). Desde el principio, San Mateo identifica a Jesús como el hijo de David, el Mesías largamente esperado. Pero lo hace de una forma extraña, casi sin precedentes. Aunque una genealogía era tradicionalmente una crónica de sucesión masculina, de forma anómala Mateo incorpora los nombres de cuatro mujeres. Más aún, estas mujeres estaban lejos del ideal israelítico de pureza... moral o racial.

La primera mencionada es Tamar (Mt 1, 3), una cananea que tuvo relaciones sexuales con su suegro (Gn 38, 15-18). La segunda es Rahab, prostituta y cananea pagana (Mt 1, 5; Jos 2, 1-24). La tercera es Rut, otra pagana, de Moab (Mt 1, 5). Y la última, significativamente, es Betsabé, «la mujer de Urías» el hitita (Mt 1, 6); la misma Betsabé que adulteró con el rey David.

Parece que Mateo se está saltando las reglas cuando incluye mujeres en la genealogía de Jesús; pero en realidad se trata de una jugada inteligente: un ataque preventivo de carácter apologético. Al situar a mujeres — mujeres paganas, y paganas de dudosa reputación — entre los antepasados de Jesús, San Mateo echa por tierra los argumentos de quien pretendiera cuestionar las credenciales mesiánicas de Jesús. Seguramente el evangelista sabía que afirmar la concepción virginal de Jesús provocaría sonrisas irónicas de los escépticos. (Y ciertamente las provocó. A Jesús se le llama bastardo en varios lugares del Talmud, y el mismo título de «hijo de María» era probablemente un baldón. La costumbre judía era llamar a un hombre «hijo de» su padre. Sólo alguien sin padre sería llamado «hijo de» su madre). Pero San Mateo casi desafía a sus lectores, judíos como él, a plantearse cuestiones acerca de los antepasados de Jesús. Porque si los judíos se mofaban de Jesús como «hijo de María», en ese caso el rey Salomón, el hijo prototípico de David, perdería cuatro veces más. Pues Salomón compartía con Jesús esas mismas antepasadas... y la última de ellas, Betsabé, era la propia madre de Salomón.

Mateo está salvaguardando las credenciales mesiánicas de Jesús a la par que muestra la acción divina en la concepción virginal. Sin el marco davídico —reino, promesa y profecías— no se puede entender verdaderamente la venida de Cristo. El evangelista continúa esta línea oblicua de argumentación citando la predicción de Isaías sobre la concepción virginal del Emmanuel, «Dios con nosotros» (Mt 1, 23). Unas cuantas líneas después, cuando San Mateo relata el nacimiento de Jesús en Belén, la ciudad de David, cita Miqueas 5, 2: «y tú, Belén [...] de ti saldrá un jefe que gobernará a mi pueblo Israel» (Mt 2, 6). Finalmente, al concluir la narración de la infancia, Mateo describe cómo la Sagrada Familia se establece «en una ciudad llamada Nazaret» (2, 23). La raíz de la palabra «Nazaret» es netser, o «vástago»... y «vástago» fue el nombre que dio Isaías al Mesías, que habría de surgir algún día del tronco del árbol de Jesé (Is II, 1).

MIRANDO ESTRELLAS

Así pues, desde el comienzo del Nuevo Testamento vemos que el reino de David, como el jardín del Edén, era una singular anticipación de la venida de Jesucristo. Bajo esta luz, los pequeños detalles de la monarquía davídica —al igual que los pequeños detalles del Protoevangelio— adquieren un enorme significado. La estructura de la monarquía davídica no era ni incidental, ni accidental; en el plan de la Providencia divina, prefiguraba el reino de Dios.

Al final del Nuevo Testamento, en el Apocalipsis, continúa la tipología davídica, pues los capítulos 11 y 12 aluden al Salmo 2, el salmo del rey de la dinastía de David. El comienzo del salmo dice: «¿Por qué se amotinan los pueblos y la gente traza planes vanos?»; por su parte, el Apocalipsis nos muestra cómo «las naciones se amotinaron», atrayendo sobre sí mismas la «ira» de Dios (Ap 11, 18; cf. también Sal 2, 5). En el Salmo 2, Dios le dice al rey de la descendencia de David: «Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado yo» (v. 7)... anticipando las palabras dirigidas a Jesús en el bautismo: «Este es mi hijo muy amado, en quien me he complacido» (Mt 3, 17). El hijo de David gobernaría «las naciones» con «vara de hierro», según el Salmo 2, 8-9. En el Apocalipsis se cumple esta promesa, cuando «la mujer» da a luz a su «hijo varón» que ha de «gobernar todas las naciones con vara de hierro» (Ap 12, 5).

Siguiendo nuestro estudio del Apocalipsis a la luz de la tipología davídica, ¿cómo habremos de entender a la «mujer», esta figura real «vestida de sol» y coronada de estrellas?

En primer lugar, está claro que esta mujer tiene que ocupar un lugar prominente con relación a Israel, cuyas doce tribus están representadas por las doce estrellas que coronan su cabeza.

Además, la visión de San Juan evoca el sueño del patriarca José en el libro del Génesis, acerca del «sol, la luna y once estrellas [...] inclinándose» ante él (37, 9). En el sueño de José, las once estrellas simbolizan a sus hermanos, los patriarcas de las otras tribus.

Pero aún hay más con relación a la mujer del Apocalipsis. Pues en los días más gloriosos de la antigua alianza, las doce tribus estarían unidas y rendirían homenaje a un personaje real femenino; y este personaje seguramente prefigura a la mujer que encontramos en el Apocalipsis.

LA REINA MADRE

La monarquía de Israel se desarrolló en unas circunstancias históricas concretas y en una región geográfica determinada. En el antiguo Oriente Medio, la mayoría de las naciones eran monarquías gobernadas por un rey. Por lo demás, la mayoría de las culturas practicaban la poligamia; por tanto, era frecuente que un rey tuviera varias mujeres. Esto planteaba algunos problemas. El primero, ¿a quién habría de honrar la gente como reina? Y el más importante, ¿qué hijo recibiría el derecho de sucesión al trono?

En la mayoría de las culturas de Oriente Medio, estos dos problemas entrelazados quedaban resueltos con una misma costumbre: la mujer que recibía ordinariamente los honores de reina no era la esposa del rey, sino la madre del rey. Había en esta práctica un elemento de justicia, puesto que con frecuencia era el persuasivo (o seductor) poder de la madre el que ganaba el trono para su hijo. La costumbre servía también como factor de estabilidad en las culturas nacionales: en cuanto esposa del rey anterior y madre del rey actual, la reina madre personificaba la continuidad de la sucesión dinástica.

El oficio de reina madre estaba bien asentado entre los no judíos, en la época en que el pueblo de Israel comenzaba a reclamar una monarquía. Pues Israel no siempre había sido un reino. En el plan divino, su rey había de ser Dios (1 Sam 8, 7). Pero el pueblo pidió al profeta Samuel que les diera un rey: «queremos tener un rey sobre nosotros, para ser como todas las naciones» (1 Sam 8, 19-20). Entonces Dios permitió que el pueblo se saliera con la suya. Pero al servicio de su Gloria: la monarquía de Israel prefiguraría providencialmente el reinado del propio Hijo de Dios. El reino de Israel sería tipo del reino de Dios.

Históricamente, esto se fue desarrollando cuando el pueblo buscó a su alrededor modelos de gobierno. Acuérdate de que querían un rey para ser «como todas las naciones». Por eso, siguiendo el modelo de los países vecinos, establecieron una dinastía, un sistema legal, una corte real... y una reina madre. La encontramos en Israel al comienzo de la dinastía de David. Salomón, primer sucesor de David, reina con su madre, Betsabé, a la derecha. La reina madre de Israel, o gebirah («gran señora»), aparece en toda la historia de la monarquía, hasta su mismo final. Cuando cae Jerusalén en manos de Babilonia, encontramos a los invasores llevándose en la primera deportación al rey, Yoyaquín, y también a su madre Nejustá, a quien se da precedencia, en la relación, sobre las mujeres del rey (2 Re 24, 15; cf. también Jer 13, 18).

Entre Betsabé y Nejustá hubo muchas reinas madres. Unas obraron el bien, otras no; pero ninguna fue una simple figura decorativa. Gebirah era más que un título; era un oficio con autoridad real. Fíjate en la siguiente escena de los comienzos del reinado de Salomón: «entonces Betsabé fue al rey Salomón, para interceder en favor de Adonías. Y el rey se levantó para recibirla y se inclinó ante ella; luego se sentó en su trono e hizo que trajeran un sitio para la madre del rey; y ella se sentó a su derecha» (1 Re 2, 19).

Este breve pasaje compendia volúmenes y volúmenes no escritos, relativos a la estructura de poder y al protocolo de la corte israelita. Primero, vemos que la reina madre se estaba acercando a su hijo para hablarle en favor de otra persona. Esto confirma lo que sabemos sobre las reinas madres de otras culturas de Oriente próximo²⁹. Por ejemplo, en la epopeya de Gilgamesh vemos que, en Mesopotamia, a la reina madre se la considerada como intercesora, o abogada, para el pueblo.

A continuación, nos damos cuenta de que Salomón se levantó del trono, cuando su madre entró en la estancia. Esto hace de la reina madre alguien único entre las personas regias. Según el protocolo, cualquier otra persona se tendría que levantar en presencia de Salomón; incluso las esposas del rey estaban obligadas a inclinarse ante él (1 Re 1, 16). Salomón se levantó para honrar a Betsabé. Más aún, mostró un mayor respeto inclinándose ante ella y sentándola en el sitio de mayor honor, a su derecha. Sin duda alguna, se está describiendo un ritual cortesano de tiempos de Salomón; pero todo ritual expresa relaciones reales. ¿Qué nos dicen los gestos de Salomón acerca de su estatus en relación con su madre?

En primer lugar, su poder y su autoridad no se encuentran de ninguna manera amenazados por ella. Él se inclina ante ella, mas él sigue siendo el monarca. Ella se sienta a su derecha, no viceversa.

Pero claramente atenderá a sus ruegos: no por una obligación de obediencia que le vincule legalmente, sino más bien por amor filial» En la época de esta escena en particular, Salomón tenía buena fama de conceder los deseos de su madre. Cuando Adonías se acerca a Betsabé por vez primera para pedir su intercesión, le dice: «pídeselo, te lo ruego, al rey Salomón: no te rechazará». Aunque técnicamente Salomón era superior a Betsabé, en el orden de la naturaleza y del protocolo seguía siendo su hijo.

Contaba con ella, también, para que fuera su principal consejera, alguien que podría aconsejarle e instruirle de una forma que pocos súbditos tendrían el coraje de hacerlo. El capítulo 31 del libro de los Proverbios proporciona una muestra sorprendente de cuan seriamente acogía un rey el consejo de la reina madre. Presentado como «palabras de Lemuel, rey de Masa, que su madre le enseñó», el capítulo continúa dando una instrucción de gobierno sustancial y práctica. No estamos hablando de sabiduría popular. Como consejera política e incluso estratega, como abogada a favor del pueblo, y como persona con cuya franqueza se podía contar, la reina madre ocupaba una posición única con relación al rey.

LA LLAVE DE DAVID

Sin la matriz davídica no podemos empezar a entender la venida de Jesucristo. Su pasado davídico era esencial no sólo para su propia autocomprensión, sino también para las expectativas de sus contemporáneos y para la reflexión teológica de sus primeros seguidores, tales como San Pablo y San Juan. El Mesías sería hijo de David, pero también hijo de Dios (cf. 2 Sam 7, 12-14). El rey eterno vendría de la casa de David, de las «entrañas» de David. Cuando el «niño varón» viniera a regir las naciones, gobernaría como rey de la dinastía de David, con vara de hierro, como había cantado el mismo David.

Esta relación tipológica no iba a limitarse al hecho genérico de la realeza; iba a incluir muchos de los pequeños detalles de la monarquía. Igual que David estableció una ciudad santa en Jerusalén, así su último sucesor crearía una Jerusalén celestial. El primer sucesor de David reinó junto a su reina madre, y así lo haría también su último y eterno sucesor. La monarquía de David encuentra su perfecto cumplimiento en el reino de Jesucristo... y nunca hubo un rey davídico sin una reina davídica: la propia madre del rey, la reina madre.

Sólo con esta clave davídica podemos abrir los misterios, por ejemplo, del banquete de bodas de Cana. María se acerca a su hijo para interceder por el pueblo... tal como Betsabé habló a Salomón a favor de Adonías. María aconseja a su hijo acerca del asunto que está en juego; pero aconseja a los otros que le obedezcan a Él y no a Ella. A continuación, Jesús habla a su madre como quien es superior; pero condesciende a su insinuación... como se podría esperar de un rey del linaje de David que accediera al deseo de la reina madre.

Esta misma clave de David descifra los misterios de la «mujer» del Apocalipsis. Está coronada por doce estrellas —que representan las doce tribus de Israel— porque dará a luz al rey davídico. Se encuentra amenazada por el dragón, porque los aliados de la serpiente, la casa de Herodes, se alzarán contra el reinado de la casa de David y del sucesor de David.

Finalmente, la monarquía davídica completa la conexión entre el Adán y la Eva originales, que no fueron fieles, y el nuevo Adán y la nueva Eva, que vencieron y obtuvieron la redención del género humano.

En el Génesis vemos que Adán fue creado en primer lugar y se le dio el dominio, o reinado, sobre la tierra. Pero nunca se pretendió que reinara por sí solo: «el Señor Dios dijo "no es bueno que el hombre esté solo"» (Gn 2, 18). Así que Dios creó a Eva, compañera de Adán y reina. Tienen que compartir el dominio. Cuando Adán se despertó y la descubrió, dijo: «esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne» (Gn 2, 23), frase que sólo aparece en otro lugar de la Biblia: cuando las tribus de Israel proclaman rey a David. Al aclamar al joven, dicen: «somos hueso y carne tuyos» (2 Sam 5, 1). Por tanto, las palabras de Adán adquieren una mayor importancia: constituyen una aclamación real.

En el Génesis, después del júbilo de Adán, el autor comenta: «por eso el hombre deja a su padre y a su madre y se une a su mujer» (Gn 2, 24). Los antiguos comentaristas se devanaron los sesos con este texto, por muchas razones. Una era que, en las culturas antiguas, era la mujer la que dejaba a su familia cuando se casaba; y aquí se trata de un «hombre». Más desconcertante, sin embargo, es la referencia que hace el Génesis al padre y a la madre en este contexto, puesto que Adán no tenía ni padre ni madre. Al citar este texto del Génesis, San Pablo reconoce que es un profundo misterio, pero resuelve el misterio inmediatamente después: «digo que se refiere a Cristo y a la Iglesia» (Lc 5, 32). Es Jesús quien dejará a su Padre y a su madre para unirse con su esposa, la Iglesia.

La primera pareja de monarcas de la creación no lograría realizar el plan divino —ni tampoco la monarquía davídica—, pero sí lo conseguiría algo posterior. Un nuevo Adán —Jesús— remarcaría, como estaba prefigurado en el jardín del Edén y en la corte de Salomón. El nuevo Adán, el nuevo monarca descendiente de David, reinará con su esposa, la nueva Eva, una mujer real e histórica, a quien el Apocalipsis identificará con la Iglesia. Será madre de los vivientes, abogada de su pueblo, reina madre: María

CAPÍTULO V. DEL TIPO A LA ENSEÑANZA. LA MADRE ES EL MENSAJE

El estudio de la tipología bíblica puede agotar fácilmente a un lector entusiasta... o a un detective aficionado. Resulta fascinante sacar a relucir las formas en que, como dijo San Agustín, el Nuevo Testamento está velado en el Antiguo, y el Antiguo revelado en el Nuevo. La tipología descubre una dimensión escondida en cada página de las Escrituras; un estudio cuidadoso nos muestra que Dios escribe la historia al modo como los hombres escriben palabras, y que se trata de un artista sumamente sutil y meticuloso. No desperdicia palabras en la revelación: en la providencia divina no hay nada incidental o accidental.

La tipología es liberadora. Nos libra de una lectura servil de los textos bíblicos, aislados de los demás textos de la Biblia y aislados de la Tradición. La tipología puede resultar también iluminadora, reveladora de la riqueza de unos pasajes que antes parecían oscuros o triviales.

Pero la tipología tiene sus propios escollos, y su abuso ha llevado a algunos estudiosos demasiado lejos, y a otros a la herejía. Para evitar estos excesos, es importante que tengamos claros nuestros objetivos, que empecemos teniendo en mente un fin. Cuando leemos la Sagrada Escritura de forma tipológica, no estamos intentando descifrar un código, o resolver un rompecabezas, o imponer nuestras fantásticas visiones a la Palabra inspirada. Pretendemos encontrar a una persona. Queremos conocer a Dios, sus caminos, su plan, su pueblo escogido... y a su madre.

Por lo tanto, queremos evitar un peligro que llamo atomismo: es decir, concentrarse en tipos bíblicos aislados, como si fueran metáforas inconexas o especímenes individuales de laboratorio. Tampoco vamos a hablar de ningún oculto sistema de símbolos cuando consideramos la tipología de Eva, del arca de la alianza, y de la reina madre. Estamos fijándonos en criaturas que la Providencia ha dispuesto de tal manera que lleguen a su pleno cumplimiento en una persona real, histórica. Como Isaac, Moisés y David fueron personas reales que prefiguraban al Mesías divino, Jesús, así Eva, el arca y la reina madre nos hacen entrever la gran realidad que es María

Ella, pues, debe ser nuestro objetivo, cuando estudiamos sus tipos. Porque fue y sigue siendo uní persona real y viva; y cada persona es un misterio irreductible, no la suma de sus símbolos. San Pablo quedó conmovido por la forma en que Jesús fue prefigurado en Adán; pero Pablo estaba enamorado de Jesucristo. Así tenemos que llegar a conocer y amar a María misma cuando es iluminada por sus tipos bíblicos.

No se trata de algo opcional para los cristianos, ni es algo ornamental en el Evangelio. María es —en un sentido real, permanente y espiritual— nuestra madre. Si queremos conocer la fraternidad de Jesucristo, tenemos que empezar por conocer a la madre que compartimos con Jesucristo. Sin Ella, nuestra comprensión del Evangelio será, a lo sumo, parcial. Sin Ella, nunca alcanzaremos a entender la salvación como algo de familia. Estará anclada en la antigua alianza, en la que la paternidad de Dios se consideraba como algo metafórico, y la filiación del hombre se parecía más a una actitud de servilismo.

¿Quién es esta mujer... esta madre, este vaso escogido de Dios y de todos los creyentes? Se trata de una persona histórica, y la Iglesia ha conservado con todo cuidado determinados acontecimientos históricos relativos a Ella, tanto en los relatos bíblicos como en forma de dogmas.

GUARDAR LA FE

¿Qué es un dogma? Una definición útil proviene del cardenal Ratzinger, que escribió que «dogma no es otra cosa, por definición, que interpretación de la Escritura»³⁰. El punto de vista del cardenal fue confirmado por la Comisión Teológica Internacional de la Iglesia, en su documento de 1989 La interpretación de los dogmas: «en el dogma de la Iglesia se trata, por tanto, de la recta interpretación de la Escritura». Dogma es, por tanto, la exégesis infalible de la Iglesia acerca de la Sagrada Escritura.

Hay ciertos hechos de la vida de María que la Biblia enseña explícitamente. Su concepción virginal de Jesús, por ejemplo, está presentada clara e inequívocamente en el Evangelio de Lucas (1, 34-35). Otros acontecimientos están implícitos en el texto bíblico, pero han sido

enseñados siempre por la Iglesia, como su ascensión a los cielos o su inmaculada concepción. La verdad de estos hechos implícitos no es menos importante para nuestra comprensión del Evangelio. En realidad, los detalles implícitos son a menudo más importantes en una narración, porque nos muestran lo que el narrador da por supuesto. Aunque estos detalles —presupuestos, si quieres llamarlos así— quedan silenciados, constituyen la urdimbre en la que se teje la narración. Sin su tácita presencia, la narración se desintegra.

Por eso, a lo largo de los siglos, la Iglesia ha preservado cuidadosamente, protegido y defendido sus enseñanzas marianas, porque abandonarlas habría sido abandonar el Evangelio. Suprimirlas habría supuesto privar de su madre a la familia de Dios. Sin los dogmas, María se convierte en alguien irreal: un aleatorio cuerpo femenino de Nazaret, insignificante en cuanto a su individualidad, e incidental en la narración evangélica. Y cuando María se convierte en algo irreal, sucede lo mismo con la encarnación de Dios, que contó con el consentimiento de María; y lo mismo con los sufrimientos de Cristo, en la carne recibida de su madre; y con la situación del cristiano como hijo de Dios, que implica que tomemos parte en el hogar y familia de Jesús, hijo de David, hijo de María.

Junto con los relatos bíblicos, los dogmas marianos de la Iglesia nos mantienen en estrecha relación con la realidad encarnada de la familia de Dios. Una vez más, para un cristiano que sea creyente de verdad, ni los dogmas ni los tipos pueden considerarse abstracciones o metáforas: son aspectos de una persona viva, nuestra madre.

Fíjate en el ejemplo de San Juan Damasceno, un Padre de la Iglesia que amaba tanto las Escrituras que se trasladó a Jerusalén, para vivir en el ambiente en que se escribieron. Conocía en profundidad todos los tipos del Antiguo Testamento relativos a María y a Jesús; y los sucesos de la vida de María, incluidos los que aún no se habían declarado oficialmente como dogmas. Hacia el año 740 de nuestra era, predicó tres homilías sobre la ascensión de María al cielo, en las que incorporó muchos de los dogmas de la Iglesia y de los tipos que hemos tratado en este libro: la nueva Eva, el arca de la alianza, la reina madre. En todo el tiempo, San Juan Damasceno nunca predicó sobre ideas; interpretaba las Escrituras a la vez que predicaba sobre una persona, una persona que había sido llevada por Dios al cielo.

La evocación que hace de la recepción de María en el cielo es especialmente digna de reseñar: «su progenitor David, antepasado del Señor, salta de gozo», decía, «y junto con él danzan los ángeles, se regocijan los arcángeles»³¹. Cuando se imaginaba esta escena, San Juan no veía al rey David bailando alrededor de un dogma, o alrededor de una metáfora del arca de la alianza (2 Sam 6, 14). Más bien, el Damasceno veía que David bailaba llevado por el amor a una persona, que era su hija y aun su madre.

Es, sin embargo, el dogma —la interpretación infalible de la Iglesia acerca de la Sagrada Escritura— el que nos permite ver a esta madre con tanta claridad como lo hizo David. Pues los dogmas son hechos de fe que custodian una cierta visión de la familia de Dios.

EL PLAN DIVINO DE SALVACIÓN: CONCEBIDA INMACULADA

La inmaculada concepción es la doctrina de que Dios preservó a María libre de toda mancha de pecado original. Desde el primer momento de su concepción en el seno de su madre, vivió en un estado de gracia santificante que le fue ganado por los méritos de su hijo, Jesús. El saludo del ángel a María, «Dios te salve, llena de gracia», fue pronunciado años antes de que Jesús obtuviera la gracia para el género humano. Pero María estaba, ya entonces, «llena de gracia».

El cardenal John Henry Newman enseñó que la concepción inmaculada era un importante corolario del papel de María como nueva Eva. Preguntaba: «si Eva fue elevada por encima de la naturaleza humana por la inhabitación de ese don moral que llamamos gracia, ¿es una temeridad decir que María tuvo una gracia incluso mayor? [...] Y si a Eva se le concedió este don sobrenatural interior desde el primer momento de su existencia personal, ¿es posible negar que María tuvo también este don desde el primerísimo momento de su existencia personal?»³².

Newman veía también que esto encajaba con el hecho de que Cristo iba a nacer de una madre sin pecado.

«María no fue un mero instrumento en el plan de Dios. La Palabra de Dios [...] no pasó simplemente a través de Ella, como puede pasar por nosotros en la sagrada Comunión. No se trataba de que el Hijo eterno asumiera un cuerpo celestial [...]. No: se embebió, absorbió su sangre y su sustancia en su Persona divina. Se hizo hombre de Ella y recibió sus facciones y rasgos como la apariencia y carácter bajo los que se manifestaría al mundo. Sin duda, se le reconocía como hijo suyo, por el parecido con Ella. [...] ¿No era oportuno [...] que el Padre eterno la preparase para este servicio con alguna preeminente santificación?»³³.

La concepción inmaculada era un lugar común en la Iglesia primitiva. San Efrén el Sirio lo atestiguó en el siglo IV³⁴, como San Agustín en el V. Éste situó la doctrina en su contexto propio, familiar, afirmando que habría sido una ofensa contra Jesús el decir que su madre era una pecadora. Todos han pecado, decía San Agustín, «exceptuando la Santa Virgen María, de la cual no quiero, por el honor que es debido al Señor, suscitar cuestión alguna cuando se trata de pecados. Porque sabemos que a Ella le fue conferida más gracia para vencer por todos sus flancos al pecado, pues mereció concebir y dar a luz al que consta que no tuvo pecado alguno»³⁵.

Mientras que en Occidente los teólogos han enseñado esta doctrina de forma más bien negativa, poniendo de relieve que María no tuvo pecado, las Iglesias orientales han puesto siempre el acento en su abundante santidad. El término coloquial para referirse cariñosamente a ella es Panagia, la Toda-Santa, pues todo en Ella es santo.

De todos modos, la Iglesia no se pronunció dogmáticamente sobre la inmaculada concepción hasta 1854. Entretanto, algunos cristianos —incluso algunos santos— pensaban que decir que María no tenía pecado, y que esto era así desde el momento de ser concebida, habría anulado de alguna manera la naturaleza humana de la Virgen o la obra salvadora de Cristo. Pero el Papa Pío IX dispuso completamente estas preocupaciones al definir solemnemente el dogma de «que la santísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original, en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, salvador del género humano»³⁶.

No es más que una frase, pero condensa muchas enseñanzas. Pío IX deja claro que la inmaculada concepción es una gracia única («singular») de Dios, como la encarnación de Jesús es un acontecimiento único en la historia. Luego declara inequívocamente que esta singular gracia fue ganada para María por Jesucristo, su Salvador, Y finalmente, el Papa pone de relieve que la inmaculada concepción es un acto divino de preservación: obra de Dios, no obra de María misma.

La concepción inmaculada fue, pues, un fruto de la redención aplicado a María por vía de anticipación; la redención estaba siempre presente para el Dios eterno, que no está atado, como nosotros, por el tiempo. Por eso, la redención de Cristo se te aplica a ti y a mí, aunque no pudimos estar en el Calvario... y se le aplicó a María en el momento de su creación, aunque la

muerte salvadora de Cristo tuvo lugar años después. María fue redimida por un acto de preservación, mientras que todos los demás lo somos por un acto de liberación.

También hoy podemos ver que Cristo, de una manera análoga, a unos pecadores los rescata por vía de liberación y a otros por preservación. Algunas personas se apartan de sus hábitos de pecado, como robar en las tiendas, drogadicción o adulterio, tras recibir la gracia de la conversión. Pero hay quienes rechazan habitualmente el pecado desde temprana edad, porque Dios les ha dado la gracia de una buena formación en el seno de una familia cristiana. En ambos casos, preservación y liberación, la redención es obra de Dios. En el plan de su Providencia, convenía que María fuese preservada completamente de pecado todos los días de su vida.

Si María no tuvo pecado, ¿necesitaba realmente que Jesús la redimiera? Sí que lo necesitaba. Su singular preservación no habría podido realizarse sin la redención ganada por Jesús para todos los hombres. Jesús es Dios, y en cuanto tal, es nuestro creador y redentor. En el mismo acto de crear a María, la redimió de toda limitación de la naturaleza humana o propensión al pecado. Se trata de una criatura, pero que es su madre, y El ha cumplido a la perfección el mandamiento de honrarla. La honró de una manera que es singularmente hermosa.

ATRACCIÓN FETAL

Cuando rezamos el Avemaría, nos hacemos eco de uno de los títulos más antiguos que han dado los cristianos a María: Madre de Dios (en griego, Theotokos, literalmente «que da a luz a Dios»). Ya en el siglo III (y probablemente antes), la Iglesia en Egipto rezaba: «Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios...»³⁷. Los primeros Padres, como San Clemente de Alejandría, Orígenes o San Alejandro, llamaban a María «Madre de Dios», o su equivalente «Madre del Señor». Esta oración cristiana tiene su origen en el saludo inspirado de Santa Isabel a su pariente la Virgen María: « ¿Y por qué se me ha concedido que la madre de mi Señor venga a mí?» (Lc 1,43).

Con tal precedente escriturístico, el título de «Madre de Dios» no fue discutido en los primeros siglos de la Iglesia. Más aún, la expresión es consecuencia lógica del obligado reconocimiento cristiano de la divinidad de Cristo: si es Dios y María es su madre, entonces Ella es la Madre de Dios.

El uso tradicional de «Madre de Dios» dependía de un principio teológico llamado comunicación de idiomas. Según este principio, lo que se dice de cualquiera de las naturalezas de Cristo puede decirse verdaderamente de Cristo mismo; pues las dos naturalezas, divina y humana, estaban unidas en Él, en una Persona. Así, por ejemplo, los cristianos pueden decir con todo atrevimiento que Dios Hijo murió crucificado en el Calvario, aunque Dios ciertamente es inmortal. Asimismo los cristianos han mantenido siempre que Dios nació en un pesebre en Belén, aunque Dios ciertamente es eterno.

En el siglo V, sin embargo, algunos teólogos comenzaron a suscitar escrúpulos acerca del título «Madre de Dios», alegando que implicaba que, de alguna manera, María era «originadora» de Dios. Podían aceptar el título «Madre de Cristo», decían, pero no «Madre de Dios». Además, argüían contra la unidad de las naturalezas de Cristo, diciendo que la Virgen dio a luz a la naturaleza humana de Cristo, pero no a su naturaleza divina.

La Iglesia no estuvo conforme y el título de María fue defendido vigorosamente por el Papa Celestino I, que recibió un fuerte apoyo de un eminente teólogo de la época, San Cirilo de Alejandría. San Cirilo señaló que las madres no dan a luz a una naturaleza, sino a una persona.

María dio a luz a Jesucristo, que era y es una Persona divina. Aunque María no originó a Dios, ciertamente lo engendró. Lo «enmadró».

La disputa podría parecer abstracta y académica, pero su desarrollo acaparó la atención hasta de los cristianos corrientes del siglo V, incitándoles a una devoción más fervorosa. La historia nos cuenta que cuando el Papa Celestino convocó el Concilio de Éfeso (431 d.C.) para dirimir la controversia acerca de la «Madre de Dios», los cristianos abarrotaron la ciudad, aguardando el momento de la decisión de los obispos. Cuando los obispos leyeron la resolución conciliar de que María era ciertamente la Madre de Dios, la gente dio rienda suelta a su alegría y lo celebraron llevando a los obispos (¡idoscientos!) en volandas por las calles en una procesión de antorchas.

Piensa, por un momento, en la intensidad del cariño que sentían aquellos creyentes por la Virgen María... para trasladarse a la ciudad del concilio, esperar a que saliera el decreto de los obispos, seguidamente pasar la noche celebrándolo... y todo porque esta mujer había recibido el honor que se le debía. No obrarían de la misma manera por amor a un argumento académico. Ni celebrarían el triunfo de una metáfora. Me atrevo a decir que no harían el peligroso viaje a Éfeso por cualquier otra madre: sólo por la propia. Porque su propia madre era también la Madre de Dios.

Cuando llamamos a María «Madre de Dios», compartimos aquella lejana alegría. Porque a esa frase está ligado el hecho increíble de que somos hijos de Dios. ¡Somos hermanos y hermanas del Hijo de María —el Dios-hombre— y no precisamente de su naturaleza humana!

VIRGEN UNA VEZ, VIRGEN PARA SIEMPRE

Los evangelios de Mateo y Lucas no dejan lugar a dudas de que María era virgen al tiempo de concebir al Hijo de Dios (Mt 1, 18; Lc 1, 34-35; 3, 23). Por supuesto, los primeros Padres de la Iglesia y los credos sostienen sin excepción la verdad de la concepción virginal. ¿Por qué ha insistido siempre la Iglesia en que los cristianos creemos en Jesús «nacido de Santa María Virgen»? Porque la maternidad virginal de María es la garantía de la divinidad y de la humanidad de Jesús. Santo Tomás de Aquino lo resumió diciendo: «en orden a que debía mostrarse que el cuerpo de Cristo era un cuerpo real, nació de una mujer. En orden a que debía quedar clara su divinidad, nació de una virgen»³⁸. Como hemos visto en capítulos anteriores, la virginidad de María es crucial también para la comprensión que la Tradición hace de Ella como la nueva Eva.

Por eso, desde el comienzo de la Iglesia, el nombre de María ha aparecido casi siempre con un modificador: «virgen». En el Símbolo de los Apóstoles, en el Credo de Nicea, en los primitivos credos bautismales de Roma y África, los creyentes han profesado constantemente creer en Jesús «nacido de la Virgen María». Para los primeros cristianos, creer en Jesús era creer en la virginidad de María.

Más aún, la identidad de María resulta incompleta sin la palabra «virgen». Es «la Virgen María». La virginidad no se reduce simplemente a una característica de su personalidad, o una descripción de su estado biológico. Hasta tal punto forma parte de sí la virginidad, que se ha convertido como en un nombre. Cuando un texto o una canción se refiere a «la Virgen», o a la «Santísima Virgen», sólo puede referirse a una persona: María.

Ella es, entonces y siempre, «Virgen». Así, la Iglesia ha enseñando constantemente que María conservó su virginidad no sólo antes de la concepción de Jesús, sino también después. Aunque

estaba casada con San José, nunca consumaron el matrimonio mediante una relación sexual. Esta doctrina se conoce como la perpetua virginidad de María.

Los herejes de la Iglesia primitiva se opusieron ocasionalmente a esta enseñanza, pero nunca ganaron mucho terreno. Sus argumentos supuestamente escriturísticos fueron refutados fácilmente por gente como San Jerónimo, el gran biblista de la Iglesia antigua. (San Jerónimo fue también un gran polemista, y reservó sus insultos más cáusticos para los que se atrevían a cuestionar la virginidad perpetua de María). ¿Cuáles eran los argumentos de estos herejes?

El grueso de sus argumentos se apoyaba en los pasajes del Nuevo Testamento que se refieren a los «hermanos» de Jesús. Encontramos en el Evangelio de San Marcos, por ejemplo: «¿no es éste el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago y José y Judas y Simón, y no están sus hermanas entre nosotros?» (6, 3). En Mateo 12, 46, vemos: «he aquí que su madre y sus hermanos están fuera y quieren hablarle». En Lucas 2, 7 leemos que Jesús era el «primogénito» de María.

Se trata prácticamente de una objeción que no es tal, para cualquiera que tenga una ligera familiaridad con las costumbres hebreas. La palabra hebrea para «hermano» es un término más amplio, que se aplica también a los primos. De hecho, en el hebreo antiguo no existe una palabra que signifique primo. Para un judío de la época de Jesús, su primo era su hermano. Este modo de expresar la relación familiar se usaba también en otras lenguas semíticas, como el arameo, la lengua que hablaba Jesús. Más aún, precisamente porque Jesús era hijo único, sus primos asumirían hasta el estatus legal de hermanos suyos, puesto que eran sus parientes más cercanos. Finalmente, la palabra «primogénito» no ofrece una dificultad real, porque era un término jurídico del antiguo Israel que se aplicaba al hijo que «abría el seno», con independencia de si la madre tenía más hijos después.

Los herejes citaban también pasajes que daban la impresión —de nuevo, a aquellos que no están familiarizados con los modos de expresión judíos— de dar por supuesto que María y José tuvieron posteriormente relaciones sexuales. Uno de los textos que podían citar es Mateo 1, 18: «el nacimiento de Jesús sucedió de la siguiente manera. Cuando su madre María había sido desposada con José, antes de que estuvieran juntos, se encontró con que ella esperaba un hijo del Espíritu Santo». El antagonista de San Jerónimo, Helvidio, centró su cuestión directamente en la palabra «antes» de esa frase y sostuvo que Mateo nunca habría atribuido «antes de que estuvieran juntos» a una pareja que finalmente no hubieran estado juntos. Helvidio citaba además otro pasaje posterior del primer capítulo de San Mateo, que declara que José «no la conoció hasta que dio a luz a su hijo» (1, 25). También aquí, decía Helvidio que el hecho de que Mateo usara «hasta», implicaba que José «conoció» a María después.

Estamos ante un clásico ejemplo de exégesis de aficionado, desmontado definitiva y fácilmente por un profesional de los estudios bíblicos³⁹. Respondiendo a Helvidio, San Jerónimo demostró que la Sagrada Escritura «a menudo usa un tiempo determinado [...] para denotar un tiempo sin limitación, como cuando Dios, por boca del profeta, dice a ciertas personas "hasta vuestra vejez Yo soy" (Is 46, 4)». Jerónimo atronaba: «¿va a dejar de ser Dios cuando hayan crecido?» La respuesta, por supuesto, es que no. San Jerónimo prosigue y cita a Jesús, que dijo: «mirad, Yo estoy con vosotros hasta el fin de los tiempos» (Mt 28, 20). Le preguntaba a Helvidio, con ironía, si pensaba que entonces el Señor abandonaría a sus discípulos después del fin de los tiempos. San Jerónimo multiplica los ejemplos, pero no tenemos por qué repetirlos aquí. Basta con decir que los que cuestionan la virginidad de María no tienen una página de la Escritura en que apoyarse... y que la Tradición cristiana está unívocamente en su contra.

Si quisieran encontrar un mensaje implícito en la Sagrada Escritura, deberían haber examinado el primer capítulo del Evangelio de San Lucas. El ángel Gabriel se aparece a María —que estaba desposada con José— y le dice que va a concebir un hijo. María responde: «¿cómo ha de ser esto, pues no conozco varón?» (Lc 1, 27-34).

Nos encontraríamos ante una extraña pregunta, si María hubiese planeado mantener relaciones maritales normales con su esposo. El ángel le había dicho únicamente que concebiría un hijo, lo cual constituye un suceso corriente en el matrimonio. Si Helvidio estuviera en lo cierto, María habría sabido exactamente «cómo ha de ser esto»: habría ocurrido siguiendo el curso normal de la naturaleza.

Pero eso, aparentemente, excedía el ámbito de sus posibilidades. El supuesto tácito que se esconde detrás de la pregunta es que, si bien estaba prometida, no iba a tener oportunidad de concebir un hijo. ¿Cómo puede ser esto? Algunos comentaristas sugieren que María debía haber hecho voto de virginidad desde temprana edad, y que José conocía su voto, lo aceptaba y finalmente lo hizo propio. Los contrarios responden que un voto de celibato era algo casi desconocido en el antiguo Israel⁴⁰. Pero ciertamente encontramos ejemplos de celibato en tiempos de Jesús, testimoniados en el Nuevo Testamento por el mismo Jesús y San Pablo, entre otros.

Los manuscritos del Mar Muerto atestiguan que el celibato era una práctica común en algunas sectas israelitas. Por eso no es impensable que María hubiera hecho un voto de virginidad.

En todo caso, resulta claro por la Escritura y la Tradición que vivió la virginidad... hasta el punto de que, para todas las generaciones futuras, llegaría a ser su misma personificación⁴¹. San Epifanio rechazó todos los argumentos opuestos a la virginidad de María con el testimonio de su nombre⁴². Ya en su tiempo (siglo IV), era bien conocida simplemente como «la Virgen». Un buen hijo defiende con firmeza el honor de su madre... aunque la mayoría de las veces no tiene por qué hacerlo con argumentos prolijos y elaborados. De todos modos, hay lugar también para pruebas; y los hijos de María, si son desafiados, pueden recurrir a las Sagradas Escrituras en su defensa, como lo hizo San Jerónimo.

UNA ASUNCIÓN GRATUITA

Anteriormente dimos por sentado que Cristo honró a su madre preservándola de pecado desde el primer momento de su vida. Eso de por sí ya habría supuesto bastante gloria, pero sabemos que Él no se quedó ahí. Igual que su madre recibió la redención como fruto primerizo de la obra de Cristo, así también recibió la resurrección corporal y la gloria del cielo. Lo vemos en la Sagrada Escritura: «un gran portentoso apareció en el cielo, una mujer vestida de sol, con la luna a sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas» (Ap 12, 1). Cristo se trajo el arca de la nueva alianza para que morara en el Santo de los santos del templo de la Jerusalén celestial. Este acontecimiento lo conocemos como ascensión de la Santísima Virgen María. Al final de sus días aquí en la tierra, María fue asunta, en cuerpo y alma, al cielo.

Las pruebas documentales de la ascensión se remontan al siglo IV. A finales del siglo VI, la doctrina y la fiesta estaban ya establecidas en toda la Iglesia.

No hay señales de que esta enseñanza fuese recusada o disputada seriamente durante el período de los Padres de la Iglesia; y ninguna iglesia o ciudad reivindicó jamás poseer las reliquias de la Virgen María. Eso ya es, por sí mismo, bastante notable. En la Iglesia primitiva, ciudades e iglesias contendían unas con otras por la posesión de los restos de los grandes apóstoles y mártires. Si los restos de María hubiesen permanecido en la tierra, habrían sido,

por supuesto, el mayor trofeo. La búsqueda de sus reliquias y su traslado de ciudad en ciudad habría quedado bien atestiguada. Una vez más, la documentación histórica no muestra ni una huella de un relicario mariano... aparte de su tumba vacía. (¡Y dos ciudades reivindican ese honor!)

Los testimonios de la ascensión más fiables que nos han llegado vienen de San Gregorio de Tours, del siglo VI. Documentos anteriores, como el Tránsito de María, del siglo IV, dan fe de la ascensión, pero con descripciones que quizá son demasiado fantasiosas y extravagantes como para creérselas. Podemos aceptarlas como testimonio de la doctrina de fondo, sin concederles autoridad en los pequeños detalles.

Un gran teólogo y biblista, San Juan Damasceno, nos dejó el legado de la ascensión más digno de confianza y duradero. Anteriormente mencionamos que las tres homilías de San Juan entretienen todos los tipos bíblicos tratados en este libro trazando con ellos un retrato de una madre en el cielo. Se refiere especialmente a las lecturas litúrgicas de la fiesta y de su vigilia. Son las mismas lecturas que utiliza hoy la Iglesia.

¿Qué nos enseñan? Muestran que los cristianos han venerado siempre a María como el arca de la alianza. San Juan Damasceno parte extensamente de 1 Crónicas 15, donde el rey David reúne a todo Israel para traer el arca del Señor a su lugar definitivo en Jerusalén. Aunque Juan Damasceno nunca cita Apocalipsis 11, 19-12, 17, repetidamente llama arca a María y describe a David bailando alrededor de ella a su llegada al cielo. Esta conexión continúa en el Salmo responsorial de la Vigilia de la Ascensión: « ¡Señor, sube al lugar de tu descanso, Tú y el arca de tu santidad! » (Sal 132, 8). ¿Se puede resumir con mayor perfección en una sola línea el traslado que el rey David hace del arca... o la ascensión que el hijo de David hace de la nueva arca?

El Damasceno desarrolla también la tipología de Eva y el Edén, para mostrar que la ascensión era un final adecuado para los días de María:

«Hoy el Edén recibe el paraíso viviente del nuevo Adán, en el cual ha sido eliminada la condena [...]. Eva, por haber prestado oídos a la voz de la serpiente [...], mereció una sentencia condenatoria [...] de muerte, que la llevaría a habitar, junto con Adán, en las profundidades del infierno. [...] ¿Cómo era posible que la que albergó a Dios en su seno fuera devorada por la muerte? [...] ¿Cómo podía la corrupción atreverse a invadir el cuerpo que había recibido dentro de sí a la Vida? Todas estas cosas en modo alguno podían afectar el alma y el cuerpo de la que fue portadora de Dios»⁴³.

Así, el último de los Padres de la Iglesia explicita lo que estaba implícito en la doctrina de sus predecesores del siglo n: el hecho de que María sea como la nueva Eva requiere que creamos en su ascensión corporal.

Las lecturas de la fiesta nos muestran también cómo la ascensión confirma a María para siempre como la reina madre. El salmo responsorial de la Misa del día describe la boda de un rey descendiente de David: «la reina está a tu derecha, vestida de oro» (Sal 45, 9). Ese renglón describe con toda seguridad la corte en el cielo del último rey de la dinastía de David, Jesucristo, que reina con su reina madre a la derecha... como Salomón reinó junto a Betsabé. «Por tanto, era conveniente, dijo San Juan Damasceno —tras llamar a Cristo nuevo Salomón—, que la madre habitara en la ciudad real de su Hijo»⁴⁴.

¿Por qué habría de asumir Dios en el cielo a una tal reina? Ella es más que un tipo de Él. Es su madre. El Damasceno dice la última palabra en este asunto: «cuáles fueron los honores que la Virgen recibió de parte del que había mandado honrar a los padres»⁴⁵.

DIOSAS Y MITOS

Algunos no católicos alegan que todos estos dogmas marianos conducen a adorar a María... pura y simple idolatría. Hubo una época en mi vida en la que pensaba de esta manera. Cuando era un joven evangélico, hasta repartí panfletos en los que se identificaba a María con la diosa babilónica Ishtar, cuyo culto es descrito por el profeta Jeremías (7, 18; 44, 15-17). La devoción mariana, pensaba, no era más que el culto a una diosa metido de rondón en el cristianismo por paganos recalcitrantes que fingían haberse convertido.

Por supuesto, estaba equivocado... ante todo en mi creencia de que los católicos «adoran» a María. En realidad, la Iglesia le tributa honor y veneración como a la mayor de los santos, en tanto que reserva el culto de adoración sólo a Dios⁴⁶. Además, los primeros cristianos, que eran más decididos en su devoción a María, eran igualmente decididos en denunciar cualquier residuo local de culto a deidades femeninas.

También estaba equivocado en condenar el título de «reina del cielo», por el hecho de que se hubiese aplicado alguna vez a una diosa pagana. Los anticristianos usan este mismo argumento para desacreditar las pretensiones de Jesucristo. Puedes llamarlo aproximación desde las religiones comparadas. Su argumento es el que sigue: muchos antiguos mitos paganos hablaron de un «hijo de un dios», nacido de una virgen, que vino a la tierra, murió y se levantó de la muerte; por tanto, el «mito Jesús» no es más que una copia tardía que ha tenido mucho éxito.

¡Todo lo contrario! He aprendido de grandes cristianos como C. S. Lewis que estos paralelos entre el cristianismo y el paganismo se entienden mejor como una preparación para el Evangelio: son el modo que tiene Dios de dar incluso a los gentiles un pista (Lewis llamaba «sueños extraños» a estas premoniciones) de un futuro glorioso que algún día les pertenecerá.

CAPÍTULO VI ¿QUÉ PASA CON LOS HIJOS? LA REINA MADRE Y LA FAMILIA REAL

Puede ser emocionante descubrir quién es en realidad María. Al mismo tiempo, para algunas personas, los hechos pueden ser abrumadores... incluso desconcertantes. Si es la nueva arca de la alianza, entonces demanda nuestra profunda reverencia como lo hacía la antigua. Fíjate en la oración de San Metodio a la Virgen, del siglo III:

«Dios otorgó tal honor al arca, que fue imagen y tipo de tu santidad, que nadie más que los sacerdotes podía aproximarse, abrir o entrar a contemplarla. El velo la mantenía separada, guardando el vestíbulo como si fuera el de una reina. ¿Qué tipo de veneración habremos de deberte nosotros, que somos las últimas de las criaturas, a ti que eres realmente una reina, a ti, el arca viva de Dios, el Legislador... a ti, el cielo que contiene a quien nada puede contener?»⁴⁷.

En cuanto personaje de la realeza, María puede parecernos lejana a aquellos de nosotros que nos dedicamos a trabajos corrientes, que no tenemos títulos nobiliarios, que no nos distinguimos de la muchedumbre de súbditos reales. ¿Cómo podremos nosotros, vestidos con los andrajos de nuestros pecados, acercarnos a María, que no tiene pecado y está entronizada en la gloria?

Para responder a esa pregunta, tenemos que darnos cuenta del serio problema espiritual y teológico que subyace a ella. No se trata tanto de una mala imagen de María; al fin y al cabo, ella es sin pecado y regía. Más bien, esta fobia a María —que es demasiado común, incluso entre católicos— revela una errónea auto-imagen. Más aún, revela un problema más profundo

en la forma en que nos hemos apropiado del Evangelio de Jesucristo. Porque la buena noticia es que, aunque realmente andemos vestidos como mendigos, corre por nuestras venas sangre real.

CARNE REAL

¿Cuál es la verdad que está en el corazón del Evangelio? El Papa San León Magno nos lo resume: «este es el don que excede a todos los demás: Dios llama hombre a su Hijo y el hombre llama a Dios "Padre"» 48.

Somos hijos de Dios. No se trata de una metáfora o de un eslogan. Es una verdad que es más real que la silla en la que estás sentado. Cuando recibimos el sacramento del bautismo, fuimos ligados a la familia de Dios por la alianza de la Sangre de Cristo. En ese momento, fuimos elevados, para tener parte en la vida eterna de la Trinidad. Escucha a San Juan cuando habla de este misterio en el Nuevo Testamento: «Mirad qué amor nos ha dado el Padre, que nos llamemos hijos de Dios... y lo somos» (1 Jn 3, 1). ¡Y lo somos! Después de tantas décadas de predicar el Evangelio, San Juan parecía aún asombrado de oírse decir esas palabras: «que nos llamemos hijos de Dios». Imagínate entonces la cara del evangelista cuando oyó por primera vez las palabras que Jesús dijo tras su resurrección: «asciendo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios» (Jn 20, 17).

Por el bautismo hemos llegado a ser «hijos en el Hijo». Los primeros cristianos se atrevieron a llamar a esta acción nuestra divinización. «El Hijo de Dios se hizo un hijo de hombre, dijo San Atanasio, ¡para que los hijos de los hombres pudieran llegar a ser hijos de Dios!»⁴⁹. Después de dos milenios, necesitamos —precisamente ahora—recuperar la admiración de la primitiva Iglesia, su asombro y agradecimiento por el don que se encuentra en el corazón de nuestra redención.

Porque somos hijos de Dios. Este es el acontecimiento central y más profundo de nuestra redención. No hemos sido meramente perdonados', hemos sido adoptados por Dios como hijos e hijas. Hay todo un mundo de diferencia entre esos dos puntos de vista de la redención y la justificación. Piensa en ello tal como nos expresamos en el lenguaje diario: puedes perdonar al mecánico del coche, si te cobra de más; pero no es probable que, además de perdonarle, le adoptes en tu familia. Eso es precisamente lo que ha hecho Dios. Nos ha perdonado nuestros pecados, para que pudiéramos encontrar nuestro hogar perdido en la familia que llamamos Trinidad.

Somos hijos de Dios; por la gracia, hemos sido adoptados en su familia. Esta verdad, que los teólogos llaman filiación divina, está presente a lo largo del Nuevo Testamento, en las declaraciones dogmáticas de la Iglesia y en cada volumen de teología sistemática. La filiación divina es la piedra de toque de una comprensión auténticamente católica del Evangelio. De todos modos, la filiación divina sigue siendo un término del que no son conscientes la mayoría de los cristianos... aunque es una verdad sin la que no pueden vivir.

La salvación, pues, no es sólo del pecado, sino para la filiación... la filiación divina en Cristo. No somos meramente perdonados por la gracia de Dios; somos adoptados y divinizados. Esto es, «somos hechos partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1, 4). Desde el principio, ésta fue la vida para la que Dios creó al hombre. El pecado del primer Adán y Eva no fue que desearan la vida divina, sino que desearon ser divinizados sin Dios.

Pero la voluntad de Dios se cumplirá finalmente. Según el Concilio de Trento, la justificación de un pecador es «el paso de aquel estado en que el hombre nace hijo del primer Adán, al estado

de gracia y "de adopción de hijos" (Rm 8, 15) de Dios por el segundo Adán, Jesucristo, salvador nuestro»⁵⁰. La justificación, según el Catecismo, «consiste en la victoria sobre la muerte y el pecado y en la nueva participación en la gracia. Realiza la adopción filial porque los hombres se convierten en hermanos de Cristo [...]. Hermanos no por naturaleza, sino por don de la gracia, porque esta filiación adoptiva confiere una participación real en la vida del Hijo único, la que ha revelado plenamente en su Resurrección» (n. 654).

A LA MEDIDA DE UN REY

Esta es la fuente de nuestro linaje regio. Somos hijos de Dios gracias a nuestra íntima identificación con Jesucristo. En realidad no podemos conseguir una unión más estrecha con Él que la que conseguimos con el bautismo. Juan Pablo II lo expresó de esta manera: «al salir de las aguas de la sagrada fuente bautismal, cada cristiano vuelve a escuchar la voz que un día fue oída a orillas del río Jordán: "Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco" (Lc 3, 22)»⁵¹. Estamos tan íntimamente identificados con Jesús que San Agustín podía decir que «todos los hombres son un hombre en Cristo, y la unidad de los cristianos no constituye más que un hombre»⁵². Agustín siguió explicando que, identificados con Cristo, participamos también en su triple misión como sacerdote, profeta y rey (cf. 1 Pe 2, 9).

Compartiendo su realeza, lo compartimos todo, incluida su madre. Lee atentamente lo que San Pío X dijo acerca de esto:

« ¿No es María la Madre de Dios? Ella es, por lo tanto, también nuestra Madre. Porque hay que sentar que Jesús, Verbo hecho carne, es a la vez el Salvador del género humano. Pero en tanto que el hombre-Dios tiene un cuerpo como los otros hombres, como redentor de nuestra raza tiene un cuerpo espiritual, o, como se dice, místico, que no es otro que la sociedad de los cristianos unidos a Él por la fe. "Muchos formamos en Cristo un cuerpo" (Rm 12, 5). Pero la Virgen no concibió sólo al Hijo de Dios para que, recibiendo de Ella naturaleza humana, se hiciese hombre, sino también para que, mediante esta naturaleza recibida de Ella, fuese salvador de los hombres. Lo cual explica las palabras de los ángeles a los pastores: "Hoy os ha nacido un salvador, que es el Cristo Señor" (Lc 2, 11). También en el casto seno de la Virgen, donde Jesús tomó carne mortal, adquirió un cuerpo espiritual, formado por todos aquellos que debían creer en Él; y se puede decir que, teniendo a Jesús en su seno, María llevaba en él también a todos aquellos para quienes la vida del salvador encerraba vida. Por lo tanto, todos los que estamos unidos a Cristo, somos, como dice el apóstol: miembros de su cuerpo, de su sangre y de sus huesos (Ef 5, 30). Debemos decirnos originarios del seno de la Virgen, de donde salimos un día a semejanza de un cuerpo unido a su cabeza. Por esto somos llamados, en un sentido espiritual y místico, hijos de María, y Ella, por su parte, nuestra Madre común»⁵³.

Aquí, Pío X se hace eco de una enseñanza que se remonta hasta San Ireneo (de quien hemos tratado en el capítulo 2) y por tanto, probablemente, hasta al mismo apóstol San Juan. Acuérdate de que Ireneo describió el nacimiento de Jesús como «el ser puro que abriría con toda pureza el puro seno que regenera a los hombres en Dios».

Somos hechos hermanos y hermanas de Cristo... adelphos, «del mismo seno». Por eso, podemos acercarnos con confianza a la reina madre del cielo, no porque Ella se abaje, en su gran misericordia, a escucharnos, sino porque somos sus hijos, de cuna real, de sangre azul. Podemos ir a Ella no sólo porque es la reina madre de Cristo, sino porque es nuestra reina madre.

TRABAJAR SIN CESAR

En nuestra recién encontrada condición real, ¿cómo vamos a relacionarnos con esta reina madre? Los dogmas marianos nos llevan sólo hasta cierto punto; y de hecho, parece que apuntan más allá de sí mismos. Incluso el dogma más recientemente definido, la asunción, tiene una cualidad de penúltima explicación: ahora que está en el cielo, ¿qué hace? A fin de cuentas sabemos lo que hace Jesús; el Apocalipsis nos dice que reina (Ap 22, 3). Sabemos también qué hacen los mártires en el cielo; el Apocalipsis nos dice que oran por la resolución satisfactoria de asuntos terrenos (Ap 6, 9-10).

No sería, por tanto, sorprendente que el Apocalipsis nos dijera qué hace María en el cielo. Como la nueva Eva, «madre de todos los vivientes», cuida maternalmente de la Iglesia, «el resto de su descendencia» (Ap 12, 17). Contestando a la pregunta de por qué la mujer del Apocalipsis está todavía de parto, aunque está en el cielo, San Pío X dijo: « ¿Qué alumbramiento? El nuestro seguramente; el de nosotros, que, retenidos todavía en este destierro, tenemos necesidad de ser engendrados en el perfecto amor de Dios y en la eterna felicidad. Cuanto a los dolores del parto, señalan el ardor y el amor con que María vela sobre nosotros desde lo alto del cielo y trabaja con infatigables oraciones en llevar a su plenitud el número de los elegidos».

Siempre madre, María vela por nosotros, reza por nosotros, y nos guía a la plenitud en la vida. El Concilio Vaticano II enseña:

«Esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el consentimiento que dio fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz, hasta la realización plena y definitiva de todos los escogidos. En efecto, con su asunción a los cielos, no abandonó su misión salvadora, sino que continúa procurándonos con su múltiple intercesión los dones de la salvación eterna [...]. Por eso la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora» (Lumen Gentium, n. 62, citado en Catecismo, n. 969).

LA MEDIADORA ES EL MENSAJE

Alguna vez habrás oído cómo no católicos ponen objeciones al título de «Mediadora» aplicado a María. En mi etapa de evangélico, me precipitaría sobre el único versículo de la Biblia que parece rebatir ese título: la afirmación categórica de San Pablo de que Cristo es el «único mediador entre Dios y el hombre» (1 Tim 2, 5). ¿Cómo pueden reconciliarse estas dos pretensiones: Cristo como único mediador y María como mediadora?

El apóstol Pablo mencionó de pasada este misterio cuando precisó «somos cooperadores de Dios» (1 Cor 3, 9). Si Cristo es el único mediador, ¿por qué habría de tener cooperadores?, ¿no puede realizar Dios el trabajo por sí mismo? Por supuesto que puede. Pero como es Padre, su trabajo consiste en hacer crecer hijos e hijas maduros; y el modo de hacerlo es convirtiéndonos en colaboradores.

Su obra es nuestra redención, que compartió de una forma sin parangón con María..., a quien Dios confió tareas tales como alimentar a su Hijo con su propia leche, cantarle para que se durmiera y acompañarle en el camino de la cruz, donde Ella dio su compasivo sí al ofrecimiento que hizo el Hijo de sí mismo. En pocas palabras, el Padre quiso que la entera existencia de su Hijo como hombre dependiera, por así decirlo, del continuo consentimiento de María. ¿Puede haber colaborador más íntimo?

Ser discípulo, cooperador de Jesús, exige esfuerzo; a veces, sufrimiento. Un pasaje que al parecer escapó a mi atención cuando era protestante, es una curiosa línea de San Pablo: «me gozo en mis sufrimientos por vosotros y completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en favor de su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 24). Los que son católicos desde niños quizá recuerden con cierto cariño que se les decía (en el supuesto de no ser elegido para un equipo, de una rodilla desollada, o de un desengaño afectivo) que «lo ofrecieran». Esta sencilla frase encierra la clave que abre el misterio de la corredención de María, y la nuestra. Uniendo voluntariamente nuestros sufrimientos a los sufrimientos redentores de nuestro Señor, nos convertimos en cooperadores. Uniendo su corazón al de su Hijo, especialmente en el Calvario, la Madre Santa se convirtió en la cooperadora por excelencia.

Más aún, la Carta a los Hebreos explica el sumo sacerdocio de Cristo en relación al hecho de que es el Hijo primogénito de Dios (Hb 1, 1-2, 17); y esto sirve como de base para nuestra propia filiación divina (Hb 2, 10-17), y para nuestra santidad y servicio sacerdotales (Hb 13, 10-16; cf. también 1 Pe 2, 5), Una vez más, no hay un tira y afloja entre el Redentor y el redimido.

Como Hijo primogénito de la familia de Dios, Jesús media como sumo sacerdote entre el Padre y sus hijos; mientras que María media como reina madre y abogada (1 Re 2, 19). Juan Pablo II lo ha llamado su «mediación materna»⁵⁴. Por el Padre, María trata maternalmente al Hijo. Por nosotros, pecadores, es madre de nuestro Salvador. Y por su Hijo, ejerce de madre de los que son hermanos de Jesús. Cuando se refiere al papel de María en el plan salvífico de Dios, «madre» no es sólo un nombre, sino un verbo, y por tanto un oficio.

Como Madre de Dios y de sus hijos, María nos muestra cómo dar gloria al Padre, no arrastrándonos, sino recibiendo el don de su Hijo en la plenitud del Espíritu. Por eso, si quieres juzgar si la gente ha entendido bien el Evangelio en su esencia, descubre hasta qué punto tienen a Dios como Padre... y a María como madre.

ABBÁ, NO ALÁ

Esta es, al fin y al cabo, la diferencia esencial del cristianismo. No se trata de que los cristianos crean en un solo Dios: hay tres grandes religiones monoteístas en la tierra. Lo que hace distinto al cristianismo es que los cristianos se atreven a llamar a Dios «Padre». En el antiguo Israel, el pueblo de la antigua alianza hablaba de la paternidad divina, pero principalmente en sentido metafórico: les trataba como padre teniendo cuidado de ellos y guiándoles a través de los peligros.

Sólo el cristianismo puede llamar «Padre» a Dios, porque sólo mediante la nueva alianza ha revelado Dios de sí mismo que es Padre desde toda la eternidad. La doctrina de Dios Padre requiere la revelación de la Trinidad, porque Dios sólo puede ser un Padre eterno si existe con él un Hijo eterno.

El judaísmo es una religión noble porque educa a los creyentes para ser buenos servidores de Dios. La misma palabra «Islam» significa literalmente «sumisión» a Alá. Pero el cristianismo no consiste en servidumbre ni en mera sumisión. Consiste en amor filial, el amor del Hijo eterno por el Padre, el amor divino en el cual participamos. Y un hijo amoroso sirve mejor que el más voluntarioso y leal de los siervos.

Incluso llegaría a decir que esta filiación amorosa es posible solamente cuando los creyentes se adhieren a la comprensión auténticamente católica del Evangelio. En el libro-entrevista Cruzando el umbral de la esperanza, Juan Pablo II hablaba de lo que ocurre cuando un cristiano peca o, de otra manera, pierde el sentido de su filiación divina: «el pecado original

[...] tiende a abolir la paternidad, destruyendo sus rayos que penetran en el mundo creado, poniendo en duda la verdad de Dios, que es Amor, y dejando la sola conciencia de amo y de esclavo»⁵⁵.

Creo que la relación amo-esclavo —o, como prefiero imaginarla, la relación jefe-empleado— está generalizada en el cristianismo de hoy día. ¿Cuáles son sus síntomas en los creyentes? Ponen su mejor cara para Dios, pero nunca le dicen lo que realmente piensan. Tienen lo que llaman una relación personal con Él, pero consideran que es impío pedirle cuestiones difíciles. Hablan de la soberanía de Dios, pero están llenos de resentimiento hacia lo que pide. Cumplen escrupulosamente sus mandamientos, pero tienen muy poco sentido de una relación familiar con El, con su Iglesia o con su madre. En estas condiciones, ¿cómo pueden llamarle como hizo Jesús, es decir, «abbá», que significa «papá»?

RESCINDIR UN CONTRATO

Siento un dolor familiar en mi corazón cuando digo esas palabras, porque durante muchos años intenté comprender así a Dios, la salvación y la justificación. Como ministro protestante, y profesor de seminario, seguía a Calvino y Lutero, que leían las cartas de San Pablo a los Romanos y a los Gálatas como si Dios estuviera sentado como juez en un tribunal romano, absolviéndonos aun cuando supiera que éramos culpables, todo porque Cristo había pagado nuestra pena.

Pero cuanto más profundamente penetraba en las cartas a Romanos y Gálatas, más me daba cuenta de que los antiguos autores eran hebreos antes que cualquier otra cosa. Sus categorías, lenguaje y presupuestos estaban impregnados de las alianzas, no de las estructuras jurídicas del imperio romano. Tenía ampliamente asumido que una alianza era un instrumento legal: un contrato. Gradualmente, sin embargo, empecé a darme cuenta de algo que la Iglesia católica ha enseñado desde el principio: que una alianza difiere de un contrato casi tanto como el matrimonio de la prostitución. Un contrato intercambia propiedades, bienes y servicios, derechos y deberes; una alianza intercambia personas. En un contrato, este producto es tuyo y aquel, mío; pero en una alianza, yo soy tuyo y tú eres mío. Por eso, las alianzas que Dios hace siempre dicen lo mismo: yo seré tu Dios y tú serás mi pueblo —mi familia, mi parentela—, porque una alianza crea relaciones de parentesco.

Una alianza crea vínculos familiares que son más fuertes incluso que los lazos biológicos familiares. Eso es algo que cualquier hebreo antiguo sabía. Lo sabía San Pablo, y San Juan y Santiago. Por eso, cuando oyeron la noticia de que Dios estaba haciendo una alianza con ellos, sabían que en adelante no sería meramente un legislador o un juez. Ante todo sería un Padre, y para siempre.

UNIDOS PARA LA GLORIA

Un sentido fuerte de filiación —el sentido que acompaña a una profunda conversión— nos libera para amar a nuestra madre. Pues mientras estemos aferrados a la relación amo-esclavo, nunca entenderemos a la Virgen María. Mientras nos consideremos siervos de Dios o meros prisioneros a quienes ha liberado, seguiremos viéndola como una amenaza para su gloria. Un amo es glorificado por el servilismo de su esclavo. Un amo es soberano mientras sus esclavos están sometidos. No así un padre, que sólo desea el amor de sus hijos.

Cuánto más verdadero es esto del Padre eterno, Dios mismo. Dios no aumenta su gloria por nuestro sometimiento; ni pierde gloria cuando damos el debido honor a sus criaturas. Dios Hijo no ganó un ápice de gloria para sí mismo —después de vivir, morir y resucitar como un ser humano— que no hubiera tenido de antemano. Ni siquiera Dios puede aumentar lo que es infinito. Vino, murió, y resucitó, y reina, a fin de compartir su gloria con nosotros.

Como receptores de esta gloria y coherederos con Cristo, como participantes en su reinado e hijos de Dios, procede que nos preguntemos: ¿cuánta gloria desea compartir Él con nosotros? ¿Y cuánto éxito tendrá? Siendo amor perfecto, desea compartirlo todo. Pero como somos criaturas finitas y El es el creador infinito, ¿cuánto podemos participar de la totalidad de esa gloria divina? No podemos hacer esto por nosotros mismos. Pero seguramente el amor perfecto hará cuanto pueda para darnos toda su gloria. Y siendo todopoderoso, lo conseguiremos. Además, cuando vemos a María nos damos cuenta de que ya lo ha conseguido. Nos ha dado toda su gloria dándonosela a la única que puede dárnoslo todo: nuestra madre. Si vienes a casa de visita y les das algo a mis niños —por ejemplo, una bolsa de golosinas—, te puedo asegurar que se seguirá una pequeña batalla para ver quién consigue más. Pero si llevas una caja de bombones como regalo a mi mujer, te puedo asegurar igualmente que serán repartidos adecuadamente entre cada uno de mis hijos. Así es, lo sabe Dios, como actúan las madres.

Dios no ha creado y redimido el mundo para conseguir más gloria, sino más bien para compartirla, en la debida proporción, con todos nosotros. No hay un tira y afloja entre el Creador y sus criaturas. El Padre nos hizo y nos redimió a través del Hijo y del Espíritu Santo, pero lo hizo para nuestra salvación: empezando por María, en quien todo se ha realizado no sólo por vez primera, sino de la mejor manera.

¿Restamos mérito a la obra cumplida de Cristo afirmando su perfecta realización en María? Al contrario, estamos celebrando su obra, precisamente cuando centramos nuestra atención en la persona humana que la manifiesta más perfectamente.

María no es Dios, pero es la Madre de Dios. Es solamente una criatura, pero es la más grandiosa creación divina. No es el rey, pero es la que ha elegido como reina madre. Como un artista anhela pintar una obra maestra entre sus otras obras, así Jesús hizo que su Madre fuera su más grande obra maestra. Afirmar la verdad sobre María no va en detrimento de Jesús..., pero no afirmarla, sí que va en detrimento.

EL MÉRITO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

El problema viene cuando la gente piensa de la divina providencia en términos de economía humana. ¿Qué hizo, al fin y al cabo, María para ganar tal honor de Dios? Todas sus buenas obras fluyen de las gracias divinas. Así todo honor y toda gloria pertenecen a Dios. Él no nos debe ninguna gracia.

Si se entiende el «mérito» como un término puramente económico, entonces hablar de que alguien merece honores de Dios es falso y ofensivo. Pero si consideramos el mérito en un sentido familiar, es algo tan natural como una herencia o una paga. En otras palabras, como hijos de la familia de Dios, merecemos gracia como un niño se gana el postre: comiéndose todo lo que le han servido. ¿Qué padre escatima a sus hijos los regalos que les ha dado? ¿o tiene resentimiento de aquellos a los que ha premiado? Como escribió San Agustín: Dios, «al coronar sus méritos [de los santos], coronas tu propia obra» (Catecismo, n. 2006).

De acuerdo con el Catecismo, es la «acción paternal» de Dios la que nos hace capaces de merecer: «la adopción filial, haciéndonos partícipes por la gracia de la naturaleza divina, puede

conferirnos, según la justicia gratuita de Dios, un verdadero mérito. Se trata de un derecho por gracia, el pleno derecho del amor, que nos hace "coherederos" de Cristo» (nn. 2008-2009).

Cristo ha merecido nuestra capacidad de merecer... y nos la confiere con la gracia de su divina filiación y la vida de su Espíritu. Por supuesto, Jesús no mereció una sola cosa para sí mismo, puesto que no había nada que necesitase. Por lo tanto, sólo merece en función de nuestras necesidades.

¿Dónde muestra Dios Padre al mundo cuánto mereció realmente su Hijo? En cada uno de nosotros, ciertamente, pero sobre todo en María. A diferencia del resto de nosotros —en quienes con frecuencia se da un abismo entre lo que queremos y lo que Dios quiere—, con María no hay distancia alguna. La Iglesia atribuye a María una capacidad ilimitada de merecer. Lejos de quitar mérito a la obra salvadora de Cristo, la pone de manifiesto. Por el don de una gracia infinita, María alcanzó el objetivo de la alianza: una perfecta unión interpersonal de la voluntad divina y la humana. Con María, lo ideal y lo real son uno y lo mismo.

ESTO ES UN TEST

María es el test de si un cristiano ha aceptado bien el Evangelio. No es que Ella sea el personaje central de la historia de la salvación. No lo es; lo es Jesús. Pero nuestra comprensión de María revela todo acerca de cómo comprendemos a Jesús y su obra salvífica.

Vivimos mejor nuestra filiación, escuchando a María y amando como Ella ama. Escuchar significa responder cuando Ella dice: «haced lo que El os diga». Amar significa estar de pie por Cristo, incluso junto a la cruz. Amar significa elegirle, en cada ocasión, por encima del pecado.

La maternidad divina es el lugar donde Eva y el arca llegan a cumplimiento en el cielo y en tu hogar. La maternidad divina es el lugar donde los dogmas de la Iglesia se convierten en leche materna para los que quieren crecer en sabiduría. La maternidad divina es el lugar donde la mística se encuentra con la teología... en nuestro corazón de corazones.

La maternidad divina es el sitio donde Dios quiere que los cristianos se encuentren con Cristo, su hermano. Lo diré de nuevo: adelphos significa «del mismo seno». Así pues, es la maternidad la que fundamenta la fraternidad. Para María, el habernos dado a su Hijo es digno de mención. Pero para Jesús, el habernos dado a su madre —a la misma gente que le crucificó y pecó contra su Padre—, ¡eso es algo maravilloso, más allá de lo imaginable! Después de habernos dado a su madre, podemos tener la seguridad de que no hay nada que nos pueda negar.

CAPITULO VII. LA IGLESIA FINAL. ¿QUIÉN HACE DE LA IGLESIA UNA MADRE?

A través de la Sagrada Escritura, de la Tradición y del dogma de la Iglesia, llegamos a conocer a una madre. Llegamos a conocer a la Virgen María. Pero hemos de andarnos con cuidado en este punto. Pues no es tanto la Iglesia la que nos da a María, cuanto María quien nos da a la Iglesia. Con más precisión: en cuanto Madre de la Iglesia, María nos da a su Hijo divino a través de la Iglesia, y a través de la Iglesia suscita nuevos hermanos y hermanas para Cristo.

La tipología bíblica nos lleva a ver a María como la nueva Eva, la madre de todos los vivientes, la madre de la familia de Dios constituida por la alianza. La tipología nos muestra también a María como la esposa de Cristo. Pero, en la culminación de las Escrituras, en el Apocalipsis, esa esposa y madre se identifica además con la Iglesia.

El Apocalipsis nos muestra la unidad mística que hay entre la mujer que se esfuerza por dar a luz a Cristo (y a sus hermanos), y la esposa del Cordero, cuyo velo es levantado en el climax de la historia. La madre, la esposa, la mujer es María. La madre, la esposa, la mujer es la metrópolis de la nueva Jerusalén: la Iglesia.

NUESTRA SEÑORA DEL BUEN CONCILIO

He dicho que la identificación de María con la Iglesia es algo místico, pero eso no quiere decir que sea metafórico. La tipología bíblica es más que una mera convención literaria, porque la Biblia es más que literatura: la Biblia es historia. Pero la tipología es más que algo histórico: es algo profético. A decir verdad, es más que profecía: es realidad. E incluso más que realidad: es eternidad. Por eso, cuando hablamos de María como Madre de la Iglesia y arquetipo de la Iglesia, estamos hablando de una verdad permanente, una persona absolutamente real y una verdad que es esencial en el plan que Dios ha trazado para el cosmos⁵⁶.

La Iglesia trató de esto brillantemente en los documentos del Concilio Vaticano II (1962-1965). Aunque el concilio no emanó un documento específico centrado exclusivamente en María, el conjunto de sus documentos incluye más enseñanzas marianas que ningún otro concilio ecuménico de la historia de la Iglesia. De hecho, el magisterio mariano del Vaticano II sobrepasó al de todos los concilios anteriores juntos⁵⁷.

Algunos expertos dicen que el documento conciliar más importante fue *Lumen gentium*, la Constitución dogmática sobre la Iglesia. Precisamente en el momento álgido de *Lumen gentium* es cuando los padres conciliares pronunciaron su enseñanza mariana más densa. La sección conclusiva de ese documento se titula: «La santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia». «El Sagrado Concilio, declara, al exponer la doctrina de la Iglesia, en la que el divino Redentor realiza la salvación, intenta iluminar cuidadosamente la misión de la bienaventurada Virgen en el misterio del Verbo encarnado y del Cuerpo místico, así como los deberes de los redimidos para con la Madre de Dios, Madre de Cristo y Madre de los hombres, especialmente de los creyentes» (*Lumen gentium*, n. 54). A continuación, el documento sigue una línea de argumentación similar a la desarrollada en este libro, contemplando a María a la luz de la teología, la tipología, el dogma y, por último, la eclesiología, o estudio teológico de la Iglesia. El Concilio sanciona la prefiguración tipológica de María en el Antiguo Testamento, así como su papel singular y esencial en el Nuevo Testamento (n. 55). La exposición culmina, sin embargo, con un examen del papel que desempeña María en la vida de la Iglesia.

MIEMBRO Y MADRE

¿Cómo se relaciona María con la Iglesia?

«"Es la madre de los miembros de Cristo [...] porque colaboró con su amor a que nacieran en la Iglesia los creyentes, miembros de aquella Cabeza"» (*Lumen gentium*, n. 53, citando a San Agustín).

«La bienaventurada Virgen está [...] íntimamente unida a la Iglesia» (n. 63).

«Es [...] miembro muy eminente y del todo singular de la Iglesia» (n. 53).

Con relación a la Iglesia, es «su tipo y modelo destacadísimo en la fe y el amor» (n. 53).

«La Iglesia católica, enseñada por el Espíritu Santo, la honra como a madre amantísima con sentimientos de piedad filial» (n. 53).

María, pues, es una madre para la familia de Dios. Es modelo para esa familia y participa activamente en el «nacimiento y educación» (n. 63) de los hijos. Como madre, es un miembro de la familia que, con el Padre, le da a la familia su identidad particular.

También la Iglesia es madre... pero esto está en función de la relación que tiene con Cristo y María. La Iglesia depende de su íntima unión con María, y la Iglesia realiza su propia maternidad únicamente en la medida en que imita y honra la maternidad virginal de María.

«Contemplando su misteriosa santidad, imitando su amor y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, también la Iglesia se convierte en Madre por la palabra de Dios acogida con fe». La Iglesia, con María, es también una Virgen, que preserva y protege la fe que ha recibido de Jesús, su esposo. «Imitando a la Madre de su Señor, con la fuerza del Espíritu Santo, [la Iglesia] conserva virginalmente la fe íntegra, la esperanza firme y el amor sincero» (n. 64)58.

UN DESTELLO DE GLORIA

¿Qué quieren decir los teólogos, entonces, cuando se refieren a María como un arquetipo? Dicho sencillamente, significa que es un cumplimiento último del tipo (cf. Catecismo, nn. 967, 972).

Como hemos visto a lo largo de este libro, los tipos del Antiguo Testamento prefiguraban realidades del Nuevo Testamento. Pero las realidades del Nuevo Testamento prefiguraban, a su vez, las glorias celestiales. Esa es la razón por la que el Apocalipsis es un libro tan importante y el remate de la Biblia. Trata del cumplimiento último de todos los tipos terrenos. Muestra la gloria hacia la que Dios conduce toda la historia y toda la creación.

María es una figura central del Apocalipsis, porque —asunta al cielo, donde reina— María es ahora el cumplimiento de la realidad de la que la Iglesia misma no es más que un tipo. Es la Virgen y Madre, la esposa de Cristo, la Jerusalén celestial, la metrópolis que es la ciudad de Dios. Es el arquetipo celestial. La Iglesia —el resto de nosotros— debe esforzarse por alcanzar esas realidades místicas todos los días que pasemos en esta tierra.

Por eso, dice el Concilio:

«La Iglesia, en la Santísima Virgen llegó ya a la perfección, sin mancha ni arruga. En cambio, los creyentes se esfuerzan todavía en vencer el pecado para crecer en la santidad. Por eso dirigen sus ojos a María, que resplandece ante toda la comunidad de los elegidos como modelo de todas las virtudes. [...] La Iglesia, procurando la gloria de Cristo, se hace más semejante a su excelso modelo, progresando continuamente en la fe, la esperanza y el amor, buscando y obedeciendo la voluntad de Dios en todo» (Lumen gentium, n. 65).

Nuestra batalla es individual, pero también es comunitaria. Como miembros de la familia de Dios, estamos implicados unos con otros e implicados en traer a muchos otros a la familia. El Concilio Vaticano II presenta a María, de nuevo, como un modelo de apostolado: el modelo de nuestra búsqueda cristiana.

Es más: nuestros esfuerzos evangelizadores deben tener un componente mariano. La evangelización debería empezar con una oración mariana y estar empapada de doctrina y devoción marianas. Porque evangelizar es ante todo construir una familia, y nadie puede pertenecer a una familia sin honrar a la madre de familia. Más aún, como ha señalado el

Vaticano II, María desempeña un papel indispensable en el crecimiento en santidad de cada uno de sus hijos.

Sin embargo, ¿cuántas personas, aun entre los que son hermanos de Cristo, desconocen que son hijos de María?

¿MALO PARA EL ECUMENISMO?

Todo esto nos trae a la controvertida cuestión de si la doctrina católica sobre María es un impedimento para la unidad cristiana⁵⁹. Algunas personas — incluso algunos teólogos católicos— dicen que deberíamos restar importancia a nuestras creencias marianas en aras de un mayor acercamiento a las comunidades protestantes que rechazan esas creencias.

Sin embargo, obrar así sería contraproducente. La teología es una verdadera ciencia; su objeto lo constituyen misterios divinamente revelados. A través de los siglos, muchas de las semillas doctrinales que fueron plantadas por Cristo y los apóstoles se han transformado en dogmas, al ser definidas por el magisterio de la Iglesia. Así es como se ha desarrollado la teología a lo largo del tiempo: como hacen otras ciencias.

Los científicos formulan y evalúan teorías varias, algunas de las cuales quedan probadas con la suficiente certeza como para ser reconocidas como leyes, por ejemplo, la ley de la gravedad de Newton; otras son desechadas como hipótesis inservibles. De esta manera, las leyes se convierten en marcadores del progreso científico. De forma similar, la definición de un dogma sirve como marcador del progreso teológico.

El dogma es la perfección de la doctrina, y la doctrina no es más que la enseñanza y predicación de la verdad evangélica, hecha por la Iglesia, según Jesús se la encomendó y le dio poder para hacerlo. Cuando el Papa decide definir un dogma mariano, hace mucho más que enseñar al mundo una valiosa lección de teología. Utiliza el carisma que Dios le ha dado para llevar a cabo la misión apostólica de anunciar el Evangelio a todas las naciones (cf. Mt 28, 18-20).

A lo largo de la historia de la Iglesia, la definición de los dogmas ha estimulado las energías apostólicas y teológicas de algunas de sus mejores cabezas, especialmente cuando una definición resultó objeto de controversia. En los años cuarenta del siglo XX, muchos protestantes, incluido el desaparecido Max Thurian de Taizé (Francia), protestaron con energía cuando oyeron rumores de que Pío XII iba a definir el dogma de la Asunción de María. «¿Dónde está eso en la Biblia?» preguntaban, al tiempo que hacían terribles predicciones acerca de la muerte del ecumenismo católico.

Por el contrario, la definición de la Asunción coincidió con el amanecer de una edad de oro del ecumenismo católico. Ahora, casi cincuenta años después, se puede decir que la Iglesia católica es como el motor del movimiento ecuménico, cuando muchas de las instituciones de la vieja guardia han perdido su empuje.

Y dicho sea de paso, Max Thurian murió como sacerdote católico en la fiesta de la Asunción de 1996.

El auténtico progreso ecuménico no es simplemente el resultado de nuestras propias energías humanas. Más aún, no está causado por el compromiso de ambas partes. «No se trata en este contexto de modificar el depósito de la fe», escribió Juan Pablo II, «de cambiar el significado de los dogmas, de suprimir en ellos palabras esenciales, de adaptar la verdad a los gustos de una

época [...]. La unidad querida por Dios sólo se puede realizar en la adhesión común al contenido íntegro de la fe revelada» (Ut unum sint, n. 18).

Por lo tanto, la unidad ecuménica requiere una gracia especial y la Palabra de Dios que actúa en favor de su familia. En consecuencia, no hemos de esperar que trabaje al margen de, sino a través de, la madre que nos dio para que sirviera como símbolo y fuente —arquetipo— de la unidad familiar.

Y POR ÚLTIMO...

Sean los que fueren nuestros desacuerdos, se trata de asuntos de familia más que de temas políticos. De hecho, todos hemos de resistir la tentación de reducir tales asuntos a políticas eclesiales o debates apologéticos, o responder a nuestras honestas diferencias mediante provocaciones. Qué disparate es luchar por la honra de María de una manera que la deshonraría.

Aunque no soy ingenuo en temas ecuménicos, sí tengo esperanza, pero sólo a causa del deseo del Padre de derramar su poder sobrenatural para unir a todos sus hijos alrededor de su Hijo y de «nuestra madre común» (Redemptoris Mater, n. 25).

Al fin y al cabo, esto es lo que hemos aprendido de la tipología de la Biblia, iluminada por los dogmas de la Iglesia. La realidad eterna que ha sido profetizada —esa comunión hacia la que se está moviendo la historia humana como hacia su desenlace— es la expresión cósmica, corporativa, humana de lo que Dios hizo en María, haciéndola esposa, haciéndola madre, haciéndola arquetipo de una Iglesia que debe incluirnos a todos nosotros.

CAPÍTULO VIII. PARA CONCLUIR, UN EPÍLOGO NO APOLOGÉTICO. DEFENDER SIN OFENDER

Ahora que has leído casi todo este libro sobre la Virgen María, quizá tengas ganas de hablar con tus amigos, familiares o compañeros de trabajo que son cristianos, pero se muestran escépticos cuando se trata de la doctrina mariana. Si estás impaciente por evangelizarlos, me alegro. He escrito este libro para que mis compañeros católicos no se sientan nunca avergonzados de su madre sobrenatural, como yo lo estuve en su día de mi madre natural, cuando vino a recogerme al colegio para llevarme a casa.

Me gustaría también hacer una advertencia y pedirte que no estés demasiado ansioso de evangelizar... o más bien, que no seas entusiasta por razones equivocadas. Te ruego que nunca olvides que, cuando defiendes a la Virgen María, estás defendiendo a tu madre, no al compañero que lleva el balón, ni una portería. Has de defenderla sólo como ella querría ser defendida. Ninguna madre digna de ese nombre quiere que sus hijos ataquen para defenderla. Ninguna madre digna de ese nombre quiere que sus hijos sean maleducados por defenderla. Ninguna madre digna de ese nombre quiere ser el motivo de una reyerta de patio de colegio.

Digo esto porque algunas veces me encuentro personas que hacen apologética como quien practica una modalidad de full-contact o una guerra sin cuartel. Para tales apologistas, el objetivo es salir victoriosos en la argumentación, aun cuando eso signifique humillar totalmente a sus «enemigos».

Esa no es forma de probar las doctrinas marianas. Los hijos de María no tienen enemigos. Sólo tenemos hermanos y hermanas en Jesucristo: nuestros adelphoi, «del mismo seno». No necesitamos tanto argumentar para que vuelvan a casa (aunque a veces son necesarios los argumentos), como quererlos en casa (aunque el amor algunas veces puede ser duro). Más

aún, no tenemos nunca que enorgullecernos de haber llegado a darnos cuenta de que somos hijos de la reina madre. Nunca debemos creernos que tenemos todas las respuestas. Aunque las respuestas están todas a nuestra disposición, nadie está en la plena posesión de ellas. Dios no cesará de humillarnos, de recordarnos que somos niños, permitiendo que caigamos y que nos encontremos sin la respuesta adecuada en el momento preciso. Incluso permitirá esto cuando estemos, ostensiblemente, trabajando por su causa.

Puedo confirmar todo esto, porque, poco después de mi conversión, Dios me hizo llegar el mensaje a domicilio.

Hacía tiempo que empezaba a sentirme en casa en la Iglesia católica, y estaba encantado por el entusiasmo con que los católicos recibían el testimonio de mi conversión allá donde iba. Fundamentalistas y evangélicos asistían a veces a mis conferencias para ponerme a prueba, pero yo estaba ávido de vérmelas con ellos. Conocía los argumentos antes incluso de que abrieran la boca —antes habían sido los míos— y sabía perfectamente la respuesta bíblica correcta. Incluso empecé a tener ganas de estos desafíos, como un recordman que busca el siguiente reto. Me sentía totalmente el apologista «machote».

Emocionado con tantos éxitos, me encontré un fin de semana en las cercanías de mi antiguo seminario protestante, Gordon-Conwell. Decidí volver hacia atrás en el tiempo y pasar un rato con el profesor con el que trabajé como ayudante. Parecía deseoso de verme e incluso me invitó a quedarme en su casa mientras estaba en la ciudad. Había oído, naturalmente, de mi ingreso en la Iglesia católica y estaba, por decirlo suavemente, defraudado. Dijo que tenía ganas de discutir el tema con tiempo por delante.

Sabía que deseaba ponerme a prueba, y yo estaba ansioso de ser retado.

Llegué, y nos saludamos calurosamente; pero mi presentimiento inicial fue correcto. No había pasado mucho tiempo antes de que mi anfitrión y su mujer empezaran a acibillarme con toda clase de preguntas sobre el Papa, el purgatorio, la Eucaristía, el sacerdocio, la confesión... todo lo cual me pareció bien, porque durante todo el día y hasta entrada la noche, fui como un bateador superestrella, en un entrenamiento, que va dando una tras otra a unas bolas flojitas.

Entonces, hacia la medianoche, justo cuando estaba empezando a tener ganas de un bien merecido descanso, mi amigo me dijo: «¿qué hay de la Asunción?».

Sabía lo que quería decir... que no hay prueba escriturística sobre la asunción. Me encontraba cansado, y molesto porque estuviera sacando el tema de la asunción a una hora tan tardía de la noche. Pero también me pilló de improviso. Repliqué: «bien, puedes mirar Apocalipsis 12 y ver que estaba allí, en cuerpo y alma en el cielo».

«Está bien, cott», dijo. «Pero dame una prueba de que alguien en la Iglesia creyó eso antes del siglo VI».

Le respondí que, en toda su historia, la Iglesia nunca ha honrado una tumba como lugar de descanso final de los restos de María.

Él señaló, correctamente, que el argumento de silencio era uno de los argumentos más débiles que se pueden ofrecer.

Reconocí que tenía razón, pero repliqué que los tiempos de persecución raramente proporcionan pruebas doctrinales o de devoción. La supervivencia y la perseverancia son las prioridades máximas de la Iglesia.

Mis anfitriones no se impresionaron.

Y el apologista «machote» empezaba a sentir los efectos de todo un día de arduo debate... y de todo un año de orgullo intelectual.

Argumenté como pude que sí: que hasta finales del siglo VI la asunción no hace su debut en nuestra historia documentada... pero que para entonces la encontramos como algo ya establecido y desarrollado, con sus propios días de fiesta, himnos y literatura.

Cuando el emperador la declaró fiesta universal, no hubo el menor síntoma de resistencia o controversia.

Mis anfitriones sonrieron. «Todo eso está bien, Scott. Pero el hecho es que no tienes nada para explicar cinco siglos de silencio, ¿verdad?»

Hasta ese momento nuestra discusión había sido amistosa. Pero ahora sentía que se volvía de algún modo punzante, casi una confrontación.

Pero hube de responder: «no, no se me ocurre nada».

« ¿Puedes recomendarme un libro, algo que pueda leer?»

Moví la cabeza.

«No tienes respuestas para los cinco primeros siglos. No tienes un libro que pueda leer... tú, que tienes un libro para cada cosa, ¡no tienes un libro sobre la asunción!»

Estaba saboreando el momento, disfrutando esta victoria.

Dije: «no».

«Déjame recordarte, Scott, que se trata de un dogma, definido infaliblemente. ¿Y no puedes explicarme por qué hubo un silencio de cinco siglos?»

«No sé», dije.

Era el momento final de un dramático intercambio que había durado horas, y todos mis anteriores triunfos parecían reducidos a nada. En cierto modo, subí cojeando los escalones hasta la cama del dormitorio que me habían preparado; me sentía como si le hubiera fallado a mi madre.

Me senté en la cama, me puse de rodillas y recé pidiéndole perdón a Jesús. Sentía que le había fallado, por haberle fallado a su madre. Me sentía como si hubiera corrido con el balón hasta la línea de una yarda, sólo para que se te vaya de las manos poco antes de la meta. Le dije: «perdóname, Señor, por mi debilidad y mi fracaso». Recé un Avemaría. Luego caí dormido, extenuado.

Me dejaron dormir todo el tiempo que necesité. Me desperté a las nueve, y un plato de huevos revueltos me esperaba en la cocina.

Según me senté y empecé a comer, me di cuenta de que el calendario decía: lunes, 8 de diciembre. Algo en esa fecha despertó la alarma en mi memoria. ¿Era un día festivo? Entonces recordé que era la fiesta de la Inmaculada Concepción, la primera que celebraba como católico... y casi me la había perdido, estando, como estaba, en territorio protestante.

Dije tímidamente a mis anfitriones: «Um, hoy es una fiesta de precepto, ¿hay alguna forma de que pueda ir, uh, a misa a un sitio cercano?».

Ella dijo: «ah, estás de suerte. La iglesia de San Pablo está detrás de nuestra casa». Incluso llamó para saber el horario de misas... pero acababan de decir la última misa del día. Así que siguió llamando a unas diez iglesias cercanas, sin encontrar una sola a la que pudiera ir antes de que saliera mi vuelo. Finalmente descubrió en un listado una capilla carmelita en el centro comercial de Peabody, a unas quince millas de distancia.

Una llamada más y averiguó que efectivamente la capilla tenía una misa a mediodía. Habría tiempo suficiente para que fuera allí, volviera a la casa, y que mis anfitriones me llevaran al aeropuerto.

Así que me preparé para la partida y salí para el centro comercial, al que llegué justo un poco antes de mediodía. Pregunté cómo llegar a la capilla y enseguida me encontré rodeado de una multitud de gente que iba de compras de Navidad y que se dirigía hacia un estrecho hueco de escalera hacia el sótano. Abajo del todo, me encontré con una congregación que ocupaba una habitación en la que sólo se cabía de pie, y me coloqué en la parte de atrás.

Sonó una campana y un sacerdote anciano avanzó despacio. Debía tener unos setenta años. Y pensé: «oh, no, va a ser una misa larga».

Durante las primeras partes de la Misa, me sorprendí mirando frecuentemente el reloj, pensando ansiosamente en mi vuelo.

Cuando llegó la homilía, sin embargo, todo cambió. El anciano subió al pulpito y nos miró. Seguramente todos nosotros podíamos darnos cuenta de que había un brillo en sus ojos. Parecía estarme hablando directamente cuando dijo: « ¡estamos celebrando hoy a nuestra madre! »

Desde entonces empezó a hablar como una tormenta de fuego. Billy Granam no es nada comparado con este hombre. «Si alguien te preguntara, tronó, ¿por qué crees que María fue concebida sin pecado? ¿Qué le vas a contestar?» Hizo una pausa.

« ¿Qué le vas a decir?» Hizo otra pausa.

Entonces con un guiño dijo: «dile esto: si tú pudieras haber creado a tu madre y haberla preservado del pecado original ¿lo habrías hecho?, ¿lo habrías hecho?... ¡Por supuesto que lo habrías hecho!

Pero ¿podrías? ¡No, no podrías! Pero Jesús podía, ¡así que Jesús lo hizo!»

Después, me costó mucho concentrarme en la misa, pero ciertamente no estaba pensando en mi viaje de vuelta. Necesitaba hablar con este sacerdote.

Cuando terminó la Misa, el gentío volvió a sus compras y yo me encaminé hacia la pequeña sacristía de la capilla. «Padre, ¿tiene un minuto?», pregunté.

«No», contestó sin levantar la vista.

Le dije: « ¿tiene medio minuto?»

Por fin, me miró.« ¿Qué quiere?»

Le dije: «soy un graduado de la Gordon-Conwell, el primero de mi clase, pero me he convertido al comienzo de este año».

Me sonrió al tiempo que decía: «Gordon-Conwell, allá arriba en South Hamilton... daba clases allí. Enseñé Teología».

«No, creo que no me entiende. Se trata de un seminario evangélico protestante», dije.

Arqueó una ceja. «No, joven, creo que no me entiende. Fue un seminario carmelitano y di clases allí durante décadas... ¿cuándo se graduó?»

«En 1982, contesté. El primero de mi clase, calvinista a macha martillo. Me convertí. Ahora he vuelto de visita y es realmente humillante».

« ¡Ah!, dijo. Nosotros les damos nuestro seminario; ellos nos dan a sus graduados. Parece un intercambio razonable».

Entonces recordó cómo había empezado nuestra conversación. «Así que, ¿cuál es su problema?»

Le conté toda la historia del día anterior, con el remate de la humillación de medianoche. «Usted estuvo tan bien en su homilía. Me preguntaba si quizá conoce algún libro que les pueda recomendar».

«Hay una buena razón por la que no puede recordar ningún título, dijo. No hay ningún título editado. Había uno y justo hace una semana se agotó»

Estaba asombrado. «Usted sí que conoce la bibliografía mariana, padre»

Él dijo, «en este caso, es mi obligación. Yo escribí el libro».

Me quedé boquiabierto. No sabía si estaba despierto o soñando.

«Sí, lo escribí. Se llama La Asunción de María. Precisamente la semana pasada me comunicaron que se estaba agotando... pero tengo dos ejemplares». Los sacó de un mueble. « ¿Cuál es el nombre de este profesor?»

Se lo dije.

«Y usted..., usted está casado, ¿cómo se llama su esposa?»

«Kimberly».

Y les dedicó el libro con su nombre —padre Kilian Healy, O. Carm. — a mi esposa y a mis amigos.

Luego se marchó abruptamente y me dejó asombrado. Conduje de vuelta a casa de mis amigos, maravillado de la bondad de Dios.

Llegué con el tiempo justo para cargar el coche e ir al aeropuerto Logan. Mi antiguo profesor no pudo llevarme, porque tenía clases aquella tarde. Por eso nos despedimos de pie en la acera.

Le dije: «una última cosa. Me pediste un libro sobre la asunción de María». Busqué en mi bolsillo el libro del P. Healy, al tiempo que en treinta segundos le resumí el episodio de la capilla. Casi sin aliento le expliqué que éste era el único libro disponible, que acababa de agotarse, y que venía de toparme con el autor en el centro comercial esa misma tarde.

Se quedó sin habla. Su mujer se echó a reír mientras me llevaba al aeropuerto.

Cuando entré en el avión, me sentí como un crío. Me imaginaba a María dándome palmaditas en la cabeza y diciendo: «no te preocupes tanto por defenderme. Conténtate con amarme y amar a mi Hijo, y cuando te quedes corto, ya nos encargaremos de lo que te falte».

Cuando todos mis estudios y retórica habían sido en vano, cuando estaba totalmente humillado según mis propios parámetros humanos, cuando no podía hacer más, entonces hice lo que debía haber hecho desde el principio. Recé un Avemaría.

Aquella oración al final del día, en el momento de mi más profunda debilidad y humillación, fue el punto de inflexión de este episodio de mi vida. Puso en marcha una cadena de acontecimientos que jamás habría podido superar con mis discursos mejor preparados.

Cuando se trata de explicar a la Virgen María, tener mucho amor es más importante que tener muchas respuestas. Cuando nos encontremos necesitados, Ella sacará mayores bienes de nuestras deficiencias, como sólo una madre puede hacer. Cuando estemos humillados y queden patentes nuestras debilidades, hemos de estar preparados para que se realice algo mejor de lo que nunca podríamos planificar y preparar.

Evangeliza con alegría, pues, y con confianza. Sé consciente desde el comienzo de que no tienes todas las respuestas... pero tu Salvador sí, y Él ama a su Madre. Él te dará todo lo que necesites, aun cuando a veces lo que necesitas es fallar.

APÉNDICE. LAS CUENTAS VENERABLES

Cuando tenemos la oportunidad de alabar a nuestras madres —en fiestas de cumpleaños y aniversarios de boda, o en otras ocasiones de elogios— los hijos podemos resultar prolijos, porque nos encontramos inexorablemente transportados a nuestros primeros años. Sentimos que hemos de volver a capturar aquellos días de la niñez con mamá y, al recordarlos en voz alta, compensar todos aquellos momentos en que éramos menos agradecidos por sus cuidados, y correspondíamos menos a su cariño.

Al comenzar a escribir este libro, me esforcé en poner recuerdos que de alguna manera me resultan dolorosos, incluyendo el tiempo en que, en mi ignorancia y celo desviado, destruí el rosario de mi difunta abuela. Quizá al componer este apéndice estoy tratando de enderezar las cosas. No puedo arreglar aquellas cuentas que pertenecieron a la abuela Hahn. Se perdieron con la basura del día hace casi treinta años. Puedo, sin embargo, reparar. Puedo congraciarme con aquella matriarca de mi familia, al tiempo que me reconcilio con la reina madre celestial, a quien mi abuela amaba.

DÉJAME CONTAR LOS CAMINOS

A lo largo de los milenios, los cristianos han expresado su amor por la Virgen María de muchas formas diferentes. Los primeros cristianos peregrinaban a los lugares asociados con su vida. Las iglesias orientales influenciadas por Bizancio, compusieron largos himnos «akathistos» en su honor. Los etíopes desarrollaron una rica tradición de oraciones litúrgicas a María. Los egipcios son los primeros que ofrecen una prueba documental con la oración *Sub tuum praesidium* (Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios...). Occidente, a su vez, produjo la *Salve*, el *Acordaos* (*memorare*), y muchas letanías. Oriente y Occidente han acumulado una asombrosa herencia de arte mariano —predominantemente iconos en el Este, y esculturas y pinturas en el Oeste.

Pero, sin duda, la expresión más popular y querida de la devoción a María en la Iglesia es el Rosario. Es también mi expresión favorita.

El Rosario consiste en una determinada secuencia de oraciones que recitamos en voz alta, mientras meditamos escenas (o misterios) de la vida de Jesús y María. Hay en total quince misterios.

MISTERIOS GOZOSOS

La anunciación (Lc 1, 26-38): el ángel Gabriel le dice a María que concebirá al Mesías.

La visitación (Lc 1, 39-56): María visita a su pariente Isabel.

El nacimiento (Mt 1, 18-25; Lc 2, 1-20): Jesús nace en Belén.

La presentación (Lc 2, 22-38): María y José van al templo para ofrecer, a Jesús a Dios.

El niño Jesús perdido y hallado en el templo (Lc 2, 41-51): durante su peregrinación al templo, Jesús se separa de María y José.

MISTERIOS DOLOROSOS

La agonía en el huerto (Mt 26, 36-46): Jesús reza para que se aparten sus sufrimientos.

La flagelación (Mt 27, 26): Jesús es azotado por los romanos.

La coronación de espinas (Mt 27, 29): los romanos se burlan de la realeza de Jesús.

La cruz a cuestas (Jn 19, 17).

La crucifixión (Mc 15, 22-38): Jesús muere en la cruz.

MISTERIOS GLORIOSOS

La resurrección (Mt 28, 1-10): Jesús se levanta de la muerte.

La ascensión (Lc 24, 50-51): Jesús vuelve al Padre.

La venida del Espíritu Santo (Hch 2): la primera Pentecostés cristiana.

La asunción de la Virgen (Ap 11, 19- 12, 1): María es llevada, en cuerpo y alma, al cielo.

La coronación (Ap 12, 1): María es coronada como reina de cielos y tierras.

Mientras meditamos sobre estos misterios, normalmente contamos las oraciones que llevamos dichas con una serie de cuentas, que también tiene el nombre de «rosario»... palabra cuyo significado original es «guirnalda de rosas».

Con cada misterio recitamos un Padrenuestro y diez Avemarías, seguidos por un Gloria. El conjunto de estas oraciones constituye una decena del Rosario. Aunque el Rosario completo

consiste en el total de las quince decenas, los cristianos normalmente rezan sólo una parte de cinco misterios. En sus documentos oficiales, la Iglesia define la recitación del Rosario como la recitación de cinco decenas⁶⁰.

CORAZONES, MANOS Y VOCES

Los no católicos menospreciarán algunas veces el Rosario como una aburrida repetición mecánica de fórmulas. Algunos incluso condenarán la práctica, citando el rechazo de Jesús de «vana repetición» en la oración (Mt 6, 7). Pero nada más lejos de la realidad.

Primero, el Rosario es todo menos sin sentido. En efecto, su técnica meditativa ha sido refinada durante siglos de práctica para enganchar la mente lo más completamente posible. El Rosario normalmente capta al menos tres de nuestros sentidos —con el sonido de voces, el tacto de las cuentas y la mirada a imágenes devotas— de forma que esos sentidos mismos se convierten en oración. Entregados así, en cuerpo y alma, a rezar, estamos menos propensos a distraernos.

Además, las fórmulas mismas son ricas en doctrina y devoción bíblicas. El Padrenuestro lo aprendemos de labios de Jesús mismo. El Avemaría viene de las palabras de Gabriel e Isabel en el Evangelio de Lucas. ¿Y quién podría quejarse de las palabras del Gloria, que simplemente alaban a la eterna y bienaventurada Trinidad?

En la raíz de estas críticas a la oración católica, normalmente hay un error muy simple. De alguna manera, muchos cristianos se han quedado con la idea de que la oración formal es mala y que la oración, para que sea verdadera, debe ser espontánea, creativa y emocional. Sin embargo, Jesús no enseñó tal cosa. De hecho, Él mismo utilizó la oración formal del antiguo Israel (cf. Mc 12, 29; 15, 34; Jn 7, 10-14).

Jesús sí que condenó la vana repetición, pero no toda repetición es vana. Recuerdo haber visto a un cristiano que era músico de rock responder a preguntas de gente que no podía entender su conversión al catolicismo. Una mujer preguntó: «¿cómo te las arreglas con toda esa vana repetición?»

Él la miró con su sonrisa más cariñosa y dijo: «no me importa repetir. Yo toco el bajo. Así me gano la vida».

Repetición y rutina pueden ser muy buenas para nosotros y para nuestras relaciones. Mi mujer nunca se cansa de oírme decir «te quiero». Mi madre no se cansa de oír que le agradezco que me haya criado. Mis adversarios no se cansan nunca de oírme decir que lamento mis errores. Dios tampoco se cansa nunca de oírnos repetir toda la serie de frases que han sido veneradas como oraciones por la Escritura y la Tradición cristiana. Los no católicos saben esto, también, y de esta forma oímos a toda clase de cristianos repetir las palabras «Amén», «Aleluya» y «Alabad al Señor».

La tradición establece ciertas frases, porque compendian un particular pensamiento o sentimiento. Además, tienden a clarificar el pensamiento o intensificar el sentimiento no sólo en el que escucha, sino también en el que habla. Cuanto más le digo a mi mujer que la quiero, más me enamoro de ella. Cuanto más le doy las gracias a mi madre, más reflexiono sobre mi gratitud hacia ella.

A su vez, cuanto más prestemos nuestras voces, manos y corazones a palabras de amor por nuestra reina, nuestra madre, y su Hijo, tanto más creceremos en devoción y santidad.

ORIGEN DEL ROSARIO

Ningún aspecto de la vida cristiana es tan susceptible de modas efímeras como las técnicas de oración. Esto es verdad no sólo para los católicos. Lo pude ver a lo largo de mis años como ministro presbiteriano. Los métodos en boga vienen y van a un ritmo de varios por década. Sin embargo, el Rosario ha permanecido a través de muchos siglos, resistiendo un verdadero asalto frontal en los años de la Reforma. De generación en generación, se ha ganado la aprobación de todos los papas y de los fieles más venerados: Santo Tomás de Aquino, San Alfonso María de Liguori, Louis Pasteur, Fulton Sheen y la Madre Teresa de Calcuta, por mencionar unos pocos.

¿Cuándo empezó todo esto? Es casi imposible decirlo. Dice la leyenda que María se apareció en persona a Santo Domingo de Guzmán, fundador de los dominicos, le entregó un rosario y le enseñó a rezarlo. De hecho, Domingo y su orden se merecen casi todo el mérito de la difusión de esta devoción en la Alta Edad Media.

Sin embargo, la historia indica que los cristianos ya recitaban el Rosario antes de que naciera Domingo. Probablemente, la oración se fue desarrollando gradualmente a lo largo de los siglos. Los creyentes de Oriente tenían la costumbre de contar sus oraciones en sartas de cuentas o cuerdas anudadas. Los monjes utilizaban estas ristras para llevar la cuenta según recitaban los 150 salmos de la Biblia,

Los simples cristianos, muchos de los cuales no sabían leer, adaptaron esta práctica sustituyéndola por la recitación de otras oraciones 150 veces. De esta forma, esta práctica fue llamada a veces el salterio del pobre. La oración escogida con más frecuencia era el Avemaría, recitada en quince series de diez.

La historiadora protestante Anne Winston-Allen ha mostrado que el Rosario era una devoción profundamente cristocéntrica y la fuerza más poderosa «para la renovación y reforma espirituales en vísperas de la Reforma»⁶¹.

¿Por qué sabemos tan poco de los orígenes del Rosario? Porque nació del amor.

Fíjate cómo, cuando las películas hacen un flash-back a escenas de amor tierno, la cámara las difumina con un foco borroso. La historia funciona de la misma forma. La humanidad lleva la cuenta de sus horrores con los detalles más minuciosos, pero la mayor parte de las veces se deja que el amor se perpetúe a través del amor. La historia cristiana trabaja con precisión, por ejemplo, llevando cuenta detallada de las muertes y tormentos de los mártires; pero la historia nos deja pocos y dispersos relatos del amor de las madres cristianas. Sin embargo, ¿podemos poner en duda que en cada generación las madres han producido tantos cristianos como los mártires?

Aunque las raíces del Rosario están escondidas en las profundidades del suelo de la historia, sus frutos son evidentes a través de siglos de cristianismo, incluido el nuestro.

Y sus variedades son interminables. En mi país, la mayoría de la gente empieza con la señal de la cruz; después siguen rezando el Credo de los apóstoles, mientras sostienen el crucifijo del rosario. Después rezan un Padrenuestro, tres Avemarías y un Gloria, para que les aumente la fe, la esperanza y la caridad. Luego rezan los misterios. Algunos tienen la costumbre de recitar la oración de Fátima —así llamada porque fue revelada por María a tres pastorcitos en Fátima, Portugal, en 1917— después de cada Gloria. Después del último misterio, muchos recitan la Salve, la letanía lauretana, u otra oración mariana.

MEDITAR LOS MISTERIOS

El cómo del Rosario no es tan difícil de aprender: pasar las cuentas con los dedos, la repetición de las palabras. Su sencillez lo ha hecho popular entre una inmensa variedad de personas.

En lo que mucha gente tiene más dificultad es en la meditación. Los misterios son el nervio del Rosario. Cuando repetimos las oraciones vocales, tratamos de dirigir nuestra mente y corazón hacia ese suceso particular de la vida de Jesús. Tratamos de situarnos dentro de la escena, imaginando que estábamos allí.

Este es el quid del Rosario. Sin embargo, aquí es donde estamos más inclinados a distraernos. Una vez que hemos abierto el corral de nuestra imaginación, no hace falta decir qué caballos saldrán corriendo... o hasta dónde llegarán.

Esa es la razón por la que siempre recomiendo la Sagrada Escritura como fundamento de toda meditación del Rosario. Hay muy buenas colecciones de meditaciones bíblicas sobre los misterios del Rosario. Tales libros son estupendos y el Espíritu Santo puede utilizarlos para abrir nuestras mentes a una sabiduría más profunda y mover nuestros corazones al arrepentimiento. Algunos libritos proporcionan una única línea, bien escogida, para meditar con cada Avemaría. Otros, ofrecen capítulos más amplios, para que los leamos cuando empezamos un misterio o mientras lo vamos rezando.

De todos modos, cuando hablo de un rosario bíblico, me refiero a mucho más que un folleto, más que un libro, e incluso más que a toda una biblioteca llena de libros. Quiero decir que los católicos deberían sumergirse ellos mismos en la Escritura, de forma que cada misterio del Rosario les evoque innumerables asociaciones bíblicas, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Porque los misterios —los acontecimientos de la vida de Jesús— no han surgido de la nada. Dios ha estado preparándolos, cada uno de ellos, desde la eternidad. He tratado de dejar bien clara esta idea en este libro, mostrando, por ejemplo, que el último misterio, la coronación, estaba implícito en el jardín del Edén al comienzo de los tiempos, y que el misterio de la anunciación estaba prefigurado allí también. En el capítulo 3, vimos que la visitación de María a Isabel era el cumplimiento de la odisea veterotestamentaria del arca de la alianza.

Si nos empapamos de las Escrituras, sacaremos de ricos embalses, de nuevo, cuando meditemos sobre el tercer misterio glorioso, la primera Pentecostés. Primeramente nos acordaremos, como es lógico, de la animada escena de los Hechos de los apóstoles. Pero también pensaremos en la Pentecostés del antiguo Israel, que señalaba la entrega de la Ley. Recordaremos el momento en que el Espíritu Santo descendió sobre los ancianos en el desierto (cf. Num 11, 24-29). Cuando nos imaginemos las lenguas de fuego, recordaremos cómo Elías hizo bajar fuego del cielo para consumir su sacrificio (1 Re 18, 24-38). Entonces, ¿cuál es el sacrificio de la nueva alianza consumido por el fuego del Espíritu Santo? ¿Podríamos ser tú y yo? Luego, cuando los apóstoles hablan en varias lenguas, recordaremos naturalmente la historia de la Torre de Babel (Gn 11) y el pasaje de Isaías (28, 11) en que Dios confundió de nuevo el habla de la gente. ¿Qué quiere decir que, en Pentecostés, invirtió el proceso?

«"Buscad leyendo", dice el Catecismo, "y encontraréis meditando"» (n. 2654, citando a Guido el Cartujano).

Todo este libro es sólo un mínimo indicio de adonde podemos llegar en nuestras meditaciones cuando estamos bien preparados, mediante un estudio de la Biblia constante, disciplinado y hecho oración. Dicho sencillamente: tenemos que leer la Sagrada Escritura cada día; tenemos que recibir las Escrituras a menudo en el contexto de la liturgia; tenemos que leer las

meditaciones y comentarios de los Padres y de los santos; y tenemos que orar la Escritura en el Espíritu.

En medio de una vida así, cada Rosario nuestro será un Rosario bíblico, que manará de nuestro corazón al de María y al de Jesús... y de vuelta. Lee la Biblia, pues; reza el Rosario; y encuentra tu lugar en la historia viva del Pueblo de Dios que abarca desde Adán hasta Israel, a través de Cristo hasta la Iglesia y hasta ti.

¿PERMANECERÁ EL CÍRCULO SIN ROMPERSE?

Amor que engendra amor... esa es la historia del Rosario, y ese es el secreto del Rosario.

¡Reza el Rosario! A esto es a lo que animo a los católicos y a todos los cristianos de buena voluntad. Reza el Rosario y date cuenta de que cada recitación te está conectando con las cosas permanentes, alejándote de lo transitorio y efímero, de las cosas que más le importa a la gente que realmente no sabe qué es lo que importa.

Saca tiempo para rezar el Rosario con concentración y en exclusiva. Pero reza el Rosario de nuevo cuando encuentres un tiempo que de otra manera sería un tiempo perdido... cuando te toque estar en la sala de espera del médico o en un atasco a la hora punta del tráfico. La hora punta es irreal en comparación con la realidad que estás rezando, los misterios de la realidad última. Las cuentas del rosario y tus oraciones son más reales que los coches que hay delante de ti y que los bocinazos que están sonando.

En cierta ocasión desprecié con disgusto un rosario de cuentas. Lo veía como una sogá que ahogaba la verdadera devoción de numerosos católicos. Cuando tuve en mis manos el rosario de la abuela Hahn, no pude romper aquel lazo con la suficiente rapidez o fuerza.

Ahora, cuando miro las cuentas de mi propio rosario, veo el mismo círculo, pero es diferente. Me sugiere la corona de una reina, los brazos de una madre que me estrecha.

ANEXO*

Cuando estaba en imprenta la primera edición de la versión española de este libro, Juan Pablo II publicó su Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* y proclamó un Año del Rosario. El lector podrá captar enseguida la honda sintonía que hay entre el libro de Scott Hahn y las palabras de Juan Pablo II, que han animado al editor español a incorporar el documento pontificio como anexo del libro de Scott Hahn sobre la Virgen (n. del ed.).

Carta Apostólica

Rosarium Virginis Mariae

del Sumo Pontífice Juan Pablo II al Episcopado, al Clero y a los Fieles sobre el Santo Rosario

Introducción

1. El Rosario de la Virgen María, difundido gradualmente en el segundo Milenio bajo el soplo del Espíritu de Dios, es una oración apreciada por numerosos Santos y fomentada por el

Magisterio. En su sencillez y profundidad, sigue siendo también en este tercer Milenio apenas iniciado una oración de gran significado, destinada a producir frutos de antidad. Se encuadra bien en el camino espiritual de un cristianismo que, después de dos mil años, no ha perdido nada de la novedad de los orígenes, y se siente empujado por el Espíritu de Dios a «remar mar adentro» (duc in altum!), para anunciar, más aún, 'proclamar' a Cristo al mundo como Señor y Salvador, «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn14, 6), el «fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización».1

El Rosario, en efecto, aunque se distingue por su carácter mariano, es una oración centrada en la cristología. En la sobriedad de sus partes, concentra en sí la profundidad de todo el mensaje evangélico, del cual es como un compendio.2 En él resuena la oración de María, su perenne Magnificat por la obra de la Encarnación redentora en su seno virginal. Con él, el pueblo cristiano aprende de María a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor. Mediante el Rosario, el creyente obtiene abundantes gracias, como recibéndolas de las mismas manos de la Madre del Redentor.

Los Romanos Pontífices y el Rosario

2. A esta oración le han atribuido gran importancia muchos de mis Predecesores. Un mérito particular a este respecto corresponde a León XIII que, el 1 de septiembre de 1883, promulgó la Encíclica *Supremi apostolatus officio*,3 importante declaración con la cual inauguró otras muchas intervenciones sobre esta oración, indicándola como instrumento espiritual eficaz ante los males de la sociedad. Entre los Papas más recientes que, en la época conciliar, se han distinguido por la promoción del Rosario, deseo recordar al Beato Juan XXIII4 y, sobre todo, a Pablo VI, que en la Exhortación apostólica *Marialis cultus*, en consonancia con la inspiración del Concilio Vaticano II, subrayó el carácter evangélico del Rosario y su orientación cristológica.

Yo mismo, después, no he dejado pasar ocasión de exhortar a rezar con frecuencia el Rosario. Esta oración ha tenido un puesto importante en mi vida espiritual desde mis años jóvenes. Me lo ha recordado mucho mi reciente viaje a Polonia, especialmente la visita al Santuario de Kalwaria. El Rosario me ha acompañado en los momentos de alegría y en los de tribulación. A él he confiado tantas preocupaciones y en él siempre he encontrado consuelo. Hace veinticuatro años, el 29 de octubre de 1978, dos semanas después de la elección a la Sede de Pedro, como abriendo mi alma, me expresé así: «El Rosario es mi oración predilecta. ¡Plegaria maravillosa! Maravillosa en su sencillez y en su profundidad. [...] Se puede decir que el Rosario es, en cierto modo, un comentario-oración sobre el capítulo final de la Constitución *Lumen gentium* del Vaticano II, capítulo que trata de la presencia admirable de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia. En efecto, con el trasfondo de las Avemarías pasan ante los ojos del alma los episodios principales de la vida de Jesucristo. El Rosario en su conjunto consta de misterios gozosos, dolorosos y gloriosos, y nos ponen en comunión vital con Jesús a través – podríamos decir – del Corazón de su Madre. Al mismo tiempo nuestro corazón puede incluir en estas decenas del Rosario todos los hechos que entraman la vida del individuo, la familia, la nación, la Iglesia y la humanidad. Experiencias personales o del prójimo, sobre todo de las personas más cercanas o que llevamos más en el corazón. De este modo la sencilla plegaria del Rosario sintoniza con el ritmo de la vida humana ».5

Con estas palabras, mis queridos Hermanos y Hermanas, introducía mi primer año de Pontificado en el ritmo cotidiano del Rosario. Hoy, al inicio del vigésimo quinto año de servicio como Sucesor de Pedro, quiero hacer lo mismo. Cuántas gracias he recibido de la Santísima Virgen a través del Rosario en estos años: Magnificat anima mea Dominum! Deseo elevar mi agradecimiento al Señor con las palabras de su Madre Santísima, bajo cuya protección he puesto mi ministerio petrino: Totus tuus!

Octubre 2002 - Octubre 2003: Año del Rosario

3. Por eso, de acuerdo con las consideraciones hechas en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, en la que, después de la experiencia jubilar, he invitado al Pueblo de Dios « a caminar desde Cristo »,6 he sentido la necesidad de desarrollar una reflexión sobre el Rosario, en cierto modo como coronación mariana de dicha Carta apostólica, para exhortar a la contemplación del rostro de Cristo en compañía y a ejemplo de su Santísima Madre. Recitar el Rosario, en efecto, es en realidad contemplar con María el rostro de Cristo. Para dar mayor realce a esta invitación, con ocasión del próximo ciento veinte aniversario de la mencionada Encíclica de León XIII, deseo que a lo largo del año se proponga y valore de manera particular esta oración en las diversas comunidades cristianas. Proclamo, por tanto, el año que va de este octubre a octubre de 2003 Año del Rosario.

Dejo esta indicación pastoral a la iniciativa de cada comunidad eclesial. Con ella no quiero obstaculizar, sino más bien integrar y consolidar los planes pastorales de las Iglesias particulares. Confío que sea acogida con prontitud y generosidad. El Rosario, comprendido en su pleno significado, conduce al corazón mismo del vida cristiana y ofrece una oportunidad ordinaria y fecunda espiritual y pedagógica, para la contemplación personal, la formación del Pueblo de Dios y la nueva evangelización. Me es grato reiterarlo recordando con gozo también otro aniversario: los 40 años del comienzo del Concilio Ecuménico Vaticano II (11 de octubre de 1962), el «gran don de gracia» dispensada por el espíritu de Dios a la Iglesia de nuestro tiempo.7

Objeciones al Rosario

4. La oportunidad de esta iniciativa se basa en diversas consideraciones. La primera se refiere a la urgencia de afrontar una cierta crisis de esta oración que, en el actual contexto histórico y teológico, corre el riesgo de ser infravalorada injustamente y, por tanto, poco propuesta a las nuevas generaciones. Hay quien piensa que la centralidad de la Liturgia, acertadamente subrayada por el Concilio Ecuménico Vaticano II, tenga necesariamente como consecuencia una disminución de la importancia del Rosario. En realidad, como puntualizó Pablo VI, esta oración no sólo no se opone a la Liturgia, sino que le da soporte, ya que la introduce y la recuerda, ayudando a vivirla con plena participación interior, recogiendo así sus frutos en la vida cotidiana.

Quizás hay también quien teme que pueda resultar poco ecuménica por su carácter marcadamente mariano. En realidad, se coloca en el más límpido horizonte del culto a la Madre de Dios, tal como el Concilio ha establecido: un culto orientado al centro cristológico de la fe cristiana, de modo que «mientras es honrada la Madre, el Hijo sea debidamente conocido, amado, glorificado».8 Comprendido adecuadamente, el Rosario es una ayuda, no un obstáculo para el ecumenismo.

Vía de contemplación

5. Pero el motivo más importante para volver a proponer con determinación la práctica del Rosario es por ser un medio sumamente válido para favorecer en los fieles la exigencia de contemplación del misterio cristiano, que he propuesto en la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte* como verdadera y propia 'pedagogía de la santidad': «es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración».9 Mientras en la cultura contemporánea, incluso entre tantas contradicciones, aflora una nueva exigencia de espiritualidad, impulsada también por influjo de otras religiones, es más urgente que nunca que nuestras comunidades cristianas se conviertan en «auténticas escuelas de oración».10

El Rosario forma parte de la mejor y más reconocida tradición de la contemplación cristiana. Iniciado en Occidente, es una oración típicamente meditativa y se corresponde de algún modo con la «oración del corazón», u «oración de Jesús», surgida sobre el humus del Oriente cristiano.

Oración por la paz y por la familia

6. Algunas circunstancias históricas ayudan a dar un nuevo impulso a la propagación del Rosario. Ante todo, la urgencia de implorar de Dios el don de la paz. El Rosario ha sido propuesto muchas veces por mis Predecesores y por mí mismo como oración por la paz. Al inicio de un milenio que se ha abierto con las horrorosas escenas del atentado del 11 de septiembre de 2001 y que ve cada día en muchas partes del mundo nuevos episodios de sangre y violencia, promover el Rosario significa sumirse en la contemplación del misterio de Aquél que «es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad» (Ef 2, 14). No se puede, pues, recitar el Rosario sin sentirse implicados en un compromiso concreto de servir a la paz, con una particular atención a la tierra de Jesús, aún ahora tan atormentada y tan querida por el corazón cristiano.

Otro ámbito crucial de nuestro tiempo, que requiere una urgente atención y oración, es el de la familia, célula de la sociedad, amenazada cada vez más por fuerzas disgregadoras, tanto de índole ideológica como práctica, que hacen temer por el futuro de esta fundamental e irrenunciable institución y, con ella, por el destino de toda la sociedad. En el marco de una pastoral familiar más amplia, fomentar el Rosario en las familias cristianas es una ayuda eficaz para contrastar los efectos desoladores de esta crisis actual.

« ¡Ahí tienes a tu madre! » (Jn 19, 27)

7. Numerosos signos muestran cómo la Santísima Virgen ejerce también hoy, precisamente a través de esta oración, aquella solicitud materna para con todos los hijos de la Iglesia que el Redentor, poco antes de morir, le confió en la persona del discípulo predilecto: «¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!» (Jn 19, 26). Son conocidas las distintas circunstancias en las que la Madre de Cristo, entre el siglo XIX y XX, ha hecho de algún modo notar su presencia y su voz para exhortar al Pueblo de Dios a recurrir a esta forma de oración contemplativa. Deseo en particular recordar, por la incisiva influencia que conservan en el vida de los cristianos y por el acreditado reconocimiento recibido de la Iglesia, las apariciones de Lourdes y Fátima,¹¹ cuyos Santuarios son meta de numerosos peregrinos, en busca de consuelo y de esperanza.

Tras las huellas de los testigos

8. Sería imposible citar la multitud innumerable de Santos que han encontrado en el Rosario un auténtico camino de santificación. Bastará con recordar a san Luis María Grignion de Montfort, autor de una preciosa obra sobre el Rosario¹² y, más cercano a nosotros, al Padre Pío de Pietrelcina, que recientemente he tenido la alegría de canonizar. Un especial carisma como verdadero apóstol del Rosario tuvo también el Beato Bartolomé Longo. Su camino de santidad se apoya sobre una inspiración sentida en lo más hondo de su corazón: « ¡Quien propaga el Rosario se salva! ». ¹³ Basándose en ello, se sintió llamado a construir en Pompeya un templo dedicado a la Virgen del Santo Rosario colindante con los restos de la antigua ciudad, apenas influenciada por el anuncio cristiano antes de quedar cubierta por la erupción del Vesuvio en el año 79 y rescatada de sus cenizas siglos después, como testimonio de las luces y las sombras de la civilización clásica.

Con toda su obra y, en particular, a través de los «Quince Sábados», Bartolomé Longo desarrolló el meollo cristológico y contemplativo del Rosario, que ha contado con un particular aliento y apoyo en León XIII, el «Papa del Rosario».

Capítulo I: Contemplar a Cristo con María

Un rostro brillante como el sol

9. «Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol» (Mt 17, 2). La escena evangélica de la transfiguración de Cristo, en la que los tres apóstoles Pedro, Santiago y Juan aparecen como extasiados por la belleza del Redentor, puede ser considerada como icono de la contemplación cristiana. Fijar los ojos en el rostro de Cristo, descubrir su misterio en el camino ordinario y doloroso de su humanidad, hasta percibir su fulgor divino manifestado definitivamente en el Resucitado glorificado a la derecha del Padre, es la tarea de todos los discípulos de Cristo; por lo tanto, es también la nuestra. Contemplando este rostro nos disponemos a acoger el misterio de la vida trinitaria, para experimentar de nuevo el amor del Padre y gozar de la alegría del Espíritu Santo. Se realiza así también en nosotros la palabra de san Pablo: «Reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más: así es como actúa el Señor, que es Espíritu» (2 Co 3, 18).

María modelo de contemplación

10. La contemplación de Cristo tiene en María su modelo insuperable. El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial. Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún. Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos. Cuando por fin lo da a luz en Belén, sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo «envolvió en pañales y le acostó en un pesebre» (Lc 2, 7).

Desde entonces su mirada, siempre llena de adoración y asombro, no se apartará jamás de Él. Será a veces una mirada interrogadora, como en el episodio de su extravío en el templo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?» (Lc 2, 48); será en todo caso una mirada penetrante, capaz de leer en lo íntimo de Jesús, hasta percibir sus sentimientos escondidos y presentir sus decisiones, como en Caná (cf. Jn 2, 5); otras veces será una mirada dolorida, sobre todo bajo la cruz, donde todavía será, en cierto sentido, la mirada de la 'parturienta', ya que María no se limitará a compartir la pasión y la muerte del Unigénito, sino que acogerá al nuevo hijo en el discípulo predilecto confiado a Ella (cf. Jn 19, 26-27); en la mañana de Pascua será una mirada radiante por la alegría de la resurrección y, por fin, una mirada ardorosa por la efusión del Espíritu en el día de Pentecostés (cf. Hch 1, 14).

Los recuerdos de María

11. María vive mirando a Cristo y tiene en cuenta cada una de sus palabras: «Guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón» (Lc 2, 19; cf. 2, 51). Los recuerdos de Jesús, impresos en su alma, la han acompañado en todo momento, llevándola a recorrer con el pensamiento los distintos episodios de su vida junto al Hijo. Han sido aquellos recuerdos los que han constituido, en cierto sentido, el 'rosario' que Ella ha recitado constantemente en los días de su vida terrenal.

Y también ahora, entre los cantos de alegría de la Jerusalén celestial, permanecen intactos los motivos de su acción de gracias y su alabanza. Ellos inspiran su materna solicitud hacia la Iglesia peregrina, en la que sigue desarrollando la trama de su 'papel' de evangelizadora. María propone continuamente a los creyentes los 'misterios' de su Hijo, con el deseo de que sean

contemplados, para que puedan derramar toda su fuerza salvadora. Cuando recita el Rosario, la comunidad cristiana está en sintonía con el recuerdo y con la mirada de María.

El Rosario, oración contemplativa

12. El Rosario, precisamente a partir de la experiencia de María, es una oración marcadamente contemplativa. Sin esta dimensión, se desnaturalizaría, como subrayó Pablo VI: «Sin contemplación, el Rosario es un cuerpo sin alma y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas y de contradecir la advertencia de Jesús: "Cuando oréis, no seáis charlatanes como los paganos, que creen ser escuchados en virtud de su locuacidad" (Mt 6, 7). Por su naturaleza el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso, que favorezca en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelen su insondable riqueza».¹⁴

Es necesario detenernos en este profundo pensamiento de Pablo VI para poner de relieve algunas dimensiones del Rosario que definen mejor su carácter de contemplación cristológica.

Recordar a Cristo con María

13. La contemplación de María es ante todo un recordar. Conviene sin embargo entender esta palabra en el sentido bíblico de la memoria (*zakar*), que actualiza las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación. La Biblia es narración de acontecimientos salvíficos, que tienen su culmen en el propio Cristo. Estos acontecimientos no son solamente un 'ayer'; son también el 'hoy' de la salvación. Esta actualización se realiza en particular en la Liturgia: lo que Dios ha llevado a cabo hace siglos no concierne solamente a los testigos directos de los acontecimientos, sino que alcanza con su gracia a los hombres de cada época. Esto vale también, en cierto modo, para toda consideración piadosa de aquellos acontecimientos: «hacer memoria» de ellos en actitud de fe y amor significa abrirse a la gracia que Cristo nos ha alcanzado con sus misterios de vida, muerte y resurrección.

Por esto, mientras se reafirma con el Concilio Vaticano II que la Liturgia, como ejercicio del oficio sacerdotal de Cristo y culto público, es «la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza»,¹⁵ también es necesario recordar que la vida espiritual «no se agota sólo con la participación en la sagrada Liturgia. El cristiano, llamado a orar en común, debe no obstante, entrar también en su interior para orar al Padre, que ve en lo escondido (cf. Mt 6, 6); más aún: según enseña el Apóstol, debe orar sin interrupción (cf. 1 Ts 5, 17)».¹⁶ El Rosario, con su carácter específico, pertenece a este variado panorama de la oración 'incesante', y si la Liturgia, acción de Cristo y de la Iglesia, es acción salvífica por excelencia, el Rosario, en cuanto meditación sobre Cristo con María, es contemplación saludable. En efecto, penetrando, de misterio en misterio, en la vida del Redentor, hace que cuanto Él ha realizado y la Liturgia actualiza sea asimilado profundamente y forje la propia existencia.

Comprender a Cristo desde María

14. Cristo es el Maestro por excelencia, el revelador y la revelación. No se trata sólo de comprender las cosas que Él ha enseñado, sino de 'comprenderle a Él'. Pero en esto, ¿qué maestra más experta que María? Si en el ámbito divino el Espíritu es el Maestro interior que nos lleva a la plena verdad de Cristo (cf. Jn 14, 26; 15, 26; 16, 13), entre las criaturas nadie mejor que Ella conoce a Cristo, nadie como su Madre puede introducirnos en un conocimiento profundo de su misterio.

El primero de los 'signos' llevado a cabo por Jesús –la transformación del agua en vino en las bodas de Caná– nos muestra a María precisamente como maestra, mientras exhorta a los

criados a ejecutar las disposiciones de Cristo (cf. Jn 2, 5). Y podemos imaginar que ha desempeñado esta función con los discípulos después de la Ascensión de Jesús, cuando se quedó con ellos esperando el Espíritu Santo y los confortó en la primera misión. Recorrer con María las escenas del Rosario es como ir a la 'escuela' de María para leer a Cristo, para penetrar sus secretos, para entender su mensaje.

Una escuela, la de María, mucho más eficaz, si se piensa que Ella la ejerce consiguiéndonos abundantes dones del Espíritu Santo y proponiéndonos, al mismo tiempo, el ejemplo de aquella «peregrinación de la fe»,¹⁷ en la cual es maestra incomparable. Ante cada misterio del Hijo, Ella nos invita, como en su Anunciación, a presentar con humildad los interrogantes que conducen a la luz, para concluir siempre con la obediencia de la fe: « He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra » (Lc 1, 38).

Configurarse a Cristo con María

15. La espiritualidad cristiana tiene como característica el deber del discípulo de configurarse cada vez más plenamente con su Maestro (cf. Rm 8, 29; Flp 3, 10. 21). La efusión del Espíritu en el Bautismo une al creyente como el sarmiento a la vid, que es Cristo (cf. Jn 15, 5), lo hace miembro de su Cuerpo místico (cf. 1 Co 12, 12; Rm 12, 5). A esta unidad inicial, sin embargo, ha de corresponder un camino de adhesión creciente a Él, que oriente cada vez más el comportamiento del discípulo según la 'lógica' de Cristo: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo» (Flp 2, 5). Hace falta, según las palabras del Apóstol, «revestirse de Cristo» (cf. Rm 13, 14; Ga 3, 27).

En el recorrido espiritual del Rosario, basado en la contemplación incesante del rostro de Cristo —en compañía de María— este exigente ideal de configuración con Él se consigue a través de una asiduidad que pudiéramos decir 'amistosa'. Ésta nos introduce de modo natural en la vida de Cristo y nos hace como 'respirar' sus sentimientos. Acerca de esto dice el Beato Bartolomé Longo: «Como dos amigos, frecuentándose, suelen parecerse también en las costumbres, así nosotros, conversando familiarmente con Jesús y la Virgen, al meditar los Misterios del Rosario, y formando juntos una misma vida de comunión, podemos llegar a ser, en la medida de nuestra pequeñez, parecidos a ellos, y aprender de estos eminentes ejemplos el vivir humilde, pobre, escondido, paciente y perfecto».¹⁸

Además, mediante este proceso de configuración con Cristo, en el Rosario nos encomendamos en particular a la acción materna de la Virgen Santa. Ella, que es la madre de Cristo y a la vez miembro de la Iglesia como «miembro supereminente y completamente singular»,¹⁹ es al mismo tiempo 'Madre de la Iglesia'. Como tal 'engendra' continuamente hijos para el Cuerpo místico del Hijo. Lo hace mediante su intercesión, implorando para ellos la efusión inagotable del Espíritu. Ella es el icono perfecto de la maternidad de la Iglesia.

El Rosario nos transporta místicamente junto a María, dedicada a seguir el crecimiento humano de Cristo en la casa de Nazaret. Eso le permite educarnos y modelarnos con la misma diligencia, hasta que Cristo «sea formado» plenamente en nosotros (cf. Ga 4, 19). Esta acción de María, basada totalmente en la de Cristo y subordinada radicalmente a ella, «favorece, y de ninguna manera impide, la unión inmediata de los creyentes con Cristo».²⁰ Es el principio iluminador expresado por el Concilio Vaticano II, que tan intensamente he experimentado en mi vida, haciendo de él la base de mi lema episcopal: Totus tuus.²¹ Un lema, como es sabido, inspirado en la doctrina de san Luis María Grignon de Montfort, que explicó así el papel de María en el proceso de configuración de cada uno de nosotros con Cristo: «Como quiera que toda nuestra perfección consiste en el ser conformes, unidos y consagrados a Jesucristo, la más perfecta de las devociones es, sin duda alguna, la que nos conforma, nos une y nos

consagra lo más perfectamente posible a Jesucristo. Ahora bien, siendo María, de todas las criaturas, la más conforme a Jesucristo, se sigue que, de todas las devociones, la que más consagra y conforma un alma a Jesucristo es la devoción a María, su Santísima Madre, y que cuanto más consagrada esté un alma a la Santísima Virgen, tanto más lo estará a Jesucristo».22 De verdad, en el Rosario el camino de Cristo y el de María se encuentran profundamente unidos. ¡María no vive más que en Cristo y en función de Cristo!

Rogar a Cristo con María

16. Cristo nos ha invitado a dirigirnos a Dios con insistencia y confianza para ser escuchados: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá» (Mt 7, 7). El fundamento de esta eficacia de la oración es la bondad del Padre, pero también la mediación de Cristo ante Él (cf. 1 Jn 2, 1) y la acción del Espíritu Santo, que «intercede por nosotros» (Rm 8, 26-27) según los designios de Dios. En efecto, nosotros «no sabemos cómo pedir» (Rm 8, 26) y a veces no somos escuchados porque pedimos mal (cf. St 4, 2-3).

Para apoyar la oración, que Cristo y el Espíritu hacen brotar en nuestro corazón, interviene María con su intercesión materna. «La oración de la Iglesia está como apoyada en la oración de María».23 Efectivamente, si Jesús, único Mediador, es el Camino de nuestra oración, María, pura transparencia de Él, muestra el Camino, y «a partir de esta cooperación singular de María a la acción del Espíritu Santo, las Iglesias han desarrollado la oración a la santa Madre de Dios, centrándola sobre la persona de Cristo manifestada en sus misterios».24 En las bodas de Caná, el Evangelio muestra precisamente la eficacia de la intercesión de María, que se hace portavoz ante Jesús de las necesidades humanas: «No tienen vino» (Jn 2, 3).

El Rosario es a la vez meditación y súplica. La plegaria insistente a la Madre de Dios se apoya en la confianza de que su materna intercesión lo puede todo ante el corazón del Hijo. Ella es «omnipotente por gracia», como, con audaz expresión que debe entenderse bien, dijo en su Súplica a la Virgen el Beato Bartolomé Longo.25 Basada en el Evangelio, ésta es una certeza que se ha ido consolidando por experiencia propia en el pueblo cristiano. El eminente poeta Dante la interpreta estupendamente, siguiendo a san Bernardo, cuando canta: «Mujer, eres tan grande y tanto vales, que quien desea una gracia y no recurre a ti, quiere que su deseo vuele sin alas».26 En el Rosario, mientras suplicamos a María, templo del Espíritu Santo (cf. Lc 1, 35), Ella intercede por nosotros ante el Padre que la ha llenado de gracia y ante el Hijo nacido de su seno, rogando con nosotros y por nosotros.

Anunciar a Cristo con María

17. El Rosario es también un itinerario de anuncio y de profundización, en el que el misterio de Cristo es presentado continuamente en los diversos aspectos de la experiencia cristiana. Es una presentación orante y contemplativa, que trata de modelar al cristiano según el corazón de Cristo. Efectivamente, si en el rezo del Rosario se valoran adecuadamente todos sus elementos para una meditación eficaz, se da, especialmente en la celebración comunitaria en las parroquias y los santuarios, una significativa oportunidad catequética que los Pastores deben saber aprovechar. La Virgen del Rosario continúa también de este modo su obra de anunciar a Cristo. La historia del Rosario muestra cómo esta oración ha sido utilizada especialmente por los Dominicos, en un momento difícil para la Iglesia a causa de la difusión de la herejía. Hoy estamos ante nuevos desafíos. ¿Por qué no volver a tomar en la mano las cuentas del rosario con la fe de quienes nos han precedido? El Rosario conserva toda su fuerza y sigue siendo un recurso importante en el bagaje pastoral de todo buen evangelizador.

Capítulo II: Misterios de Cristo, Misterios de la Madre

El Rosario «compendio del Evangelio»

18. A la contemplación del rostro de Cristo sólo se llega escuchando, en el Espíritu, la voz del Padre, pues «nadie conoce bien al Hijo sino el Padre» (Mt 11, 27). Cerca de Cesarea de Felipe, ante la confesión de Pedro, Jesús puntualiza de dónde proviene esta clara intuición sobre su identidad: «No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt 16, 17). Así pues, es necesaria la revelación de lo alto. Pero, para acogerla, es indispensable ponerse a la escucha: «Sólo la experiencia del silencio y de la oración ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio».27

El Rosario es una de las modalidades tradicionales de la oración cristiana orientada a la contemplación del rostro de Cristo. Así lo describía el Papa Pablo VI: « Oración evangélica centrada en el misterio de la Encarnación redentora, el Rosario es, pues, oración de orientación profundamente cristológica. En efecto, su elemento más característico –la repetición litánica del "Dios te salve, María"– se convierte también en alabanza constante a Cristo, término último del anuncio del Ángel y del saludo de la Madre del Bautista: "Bendito el fruto de tu seno" (Lc 1,42). Diremos más: la repetición del Ave Maria constituye el tejido sobre el cual se desarrolla la contemplación de los misterios: el Jesús que toda Ave María recuerda es el mismo que la sucesión de los misterios nos propone una y otra vez como Hijo de Dios y de la Virgen».28

Una incorporación oportuna

19. De los muchos misterios de la vida de Cristo, el Rosario, tal como se ha consolidado en la práctica más común corroborada por la autoridad eclesial, sólo considera algunos. Dicha selección proviene del contexto original de esta oración, que se organizó teniendo en cuenta el número 150, que es el mismo de los Salmos.

No obstante, para resaltar el carácter cristológico del Rosario, considero oportuna una incorporación que, si bien se deja a la libre consideración de los individuos y de la comunidad, les permita contemplar también los misterios de la vida pública de Cristo desde el Bautismo a la Pasión. En efecto, en estos misterios contemplamos aspectos importantes de la persona de Cristo como revelador definitivo de Dios. Él es quien, declarado Hijo predilecto del Padre en el Bautismo en el Jordán, anuncia la llegada del Reino, dando testimonio de él con sus obras y proclamando sus exigencias. Durante la vida pública es cuando el misterio de Cristo se manifiesta de manera especial como misterio de luz: «Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo» (Jn 9, 5).

Para que pueda decirse que el Rosario es más plenamente 'compendio del Evangelio', es conveniente pues que, tras haber recordado la encarnación y la vida oculta de Cristo (misterios de gozo), y antes de considerar los sufrimientos de la pasión (misterios de dolor) y el triunfo de la resurrección (misterios de gloria), la meditación se centre también en algunos momentos particularmente significativos de la vida pública (misterios de luz). Esta incorporación de nuevos misterios, sin prejuzgar ningún aspecto esencial de la estructura tradicional de esta oración, se orienta a hacerla vivir con renovado interés en la espiritualidad cristiana, como verdadera introducción a la profundidad del Corazón de Cristo, abismo de gozo y de luz, de dolor y de gloria.

Misterios de gozo

20. El primer ciclo, el de los «misterios gozosos», se caracteriza efectivamente por el gozo que produce el acontecimiento de la encarnación. Esto es evidente desde la anunciación, cuando el saludo de Gabriel a la Virgen de Nazaret se une a la invitación a la alegría mesiánica: «Alégrate, María». A este anuncio apunta toda la historia de la salvación, es más, en cierto modo, la

historia misma del mundo. En efecto, si el designio del Padre es de recapitular en Cristo todas las cosas (cf. Ef 1, 10), el don divino con el que el Padre se acerca a María para hacerla Madre de su Hijo alcanza a todo el universo. A su vez, toda la humanidad está como implicada en el fiat con el que Ella responde prontamente a la voluntad de Dios.

El regocijo se percibe en la escena del encuentro con Isabel, dónde la voz misma de María y la presencia de Cristo en su seno hacen «saltar de alegría» a Juan (cf. Lc 1, 44). Repleta de gozo es la escena de Belén, donde el nacimiento del divino Niño, el Salvador del mundo, es cantado por los ángeles y anunciado a los pastores como «una gran alegría» (Lc 2, 10).

Pero ya los dos últimos misterios, aun conservando el sabor de la alegría, anticipan indicios del drama. En efecto, la presentación en el templo, a la vez que expresa la dicha de la consagración y extasia al viejo Simeón, contiene también la profecía de que el Niño será «señal de contradicción» para Israel y de que una espada traspasará el alma de la Madre (cf. Lc 2, 34-35). Gozoso y dramático al mismo tiempo es también el episodio de Jesús de 12 años en el templo. Aparece con su sabiduría divina mientras escucha y pregunta, y ejerciendo sustancialmente el papel de quien 'enseña'. La revelación de su misterio de Hijo, dedicado enteramente a las cosas del Padre, anuncia aquella radicalidad evangélica que, ante las exigencias absolutas del Reino, cuestiona hasta los más profundos lazos de afecto humano. José y María mismos, sobresaltados y angustiados, «no comprendieron» sus palabras (Lc 2, 50).

De este modo, meditar los misterios «gozosos» significa adentrarse en los motivos últimos de la alegría cristiana y en su sentido más profundo. Significa fijar la mirada sobre lo concreto del misterio de la Encarnación y sobre el sombrío preanuncio del misterio del dolor salvífico. María nos ayuda a aprender el secreto de la alegría cristiana, recordándonos que el cristianismo es ante todo evangelion, 'buena noticia', que tiene su centro o, mejor dicho, su contenido mismo, en la persona de Cristo, el Verbo hecho carne, único Salvador del mundo.

Misterios de luz

21. Pasando de la infancia y de la vida de Nazaret a la vida pública de Jesús, la contemplación nos lleva a los misterios que se pueden llamar de manera especial «misterios de luz». En realidad, todo el misterio de Cristo es luz. Él es «la luz del mundo» (Jn 8, 12). Pero esta dimensión se manifiesta sobre todo en los años de la vida pública, cuando anuncia el evangelio del Reino. Deseando indicar a la comunidad cristiana cinco momentos significativos –misterios «luminosos»– de esta fase de la vida de Cristo, pienso que se pueden señalar: 1. su Bautismo en el Jordán; 2. su autorrevelación en las bodas de Caná; 3. su anuncio del Reino de Dios invitando a la conversión; 4. su Transfiguración; 5. institución de la Eucaristía, expresión sacramental del misterio pascual.

Cada uno de estos misterios revela el Reino ya presente en la persona misma de Jesús. Misterio de luz es ante todo el Bautismo en el Jordán. En él, mientras Cristo, como inocente que se hace 'pecado' por nosotros (cf. 2 Co 5, 21), entra en el agua del río, el cielo se abre y la voz del Padre lo proclama Hijo predilecto (cf. Mt 3, 17 par.), y el Espíritu desciende sobre Él para investirlo de la misión que le espera. Misterio de luz es el comienzo de los signos en Caná (cf. Jn 2, 1-12), cuando Cristo, transformando el agua en vino, abre el corazón de los discípulos a la fe gracias a la intervención de María, la primera creyente. Misterio de luz es la predicación con la cual Jesús anuncia la llegada del Reino de Dios e invita a la conversión (cf. Mc 1, 15), perdonando los pecados de quien se acerca a Él con humilde fe (cf. Mc 2, 3-13; Lc 47-48), iniciando así el ministerio de misericordia que Él continuará ejerciendo hasta el fin del mundo, especialmente a través del sacramento de la Reconciliación confiado a la Iglesia. Misterio de luz por excelencia es la Transfiguración, que según la tradición tuvo lugar en el Monte Tabor.

La gloria de la Divinidad resplandece en el rostro de Cristo, mientras el Padre lo acredita ante los apóstoles extasiados para que lo « escuchen » (cf. Lc 9, 35 par.) y se dispongan a vivir con Él el momento doloroso de la Pasión, a fin de llegar con Él a la alegría de la Resurrección y a una vida transfigurada por el Espíritu Santo. Misterio de luz es, por fin, la institución de la Eucaristía, en la cual Cristo se hace alimento con su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino, dando testimonio de su amor por la humanidad « hasta el extremo » (Jn13, 1) y por cuya salvación se ofrecerá en sacrificio.

Excepto en el de Caná, en estos misterios la presencia de María queda en el trasfondo. Los Evangelios apenas insinúan su eventual presencia en algún que otro momento de la predicación de Jesús (cf. Mc 3, 31-35; Jn 2, 12) y nada dicen sobre su presencia en el Cenáculo en el momento de la institución de la Eucaristía. Pero, de algún modo, el cometido que desempeña en Caná acompaña toda la misión de Cristo. La revelación, que en el Bautismo en el Jordán proviene directamente del Padre y ha resonado en el Bautista, aparece también en labios de María en Caná y se convierte en su gran invitación materna dirigida a la Iglesia de todos los tiempos: «Haced lo que él os diga» (Jn 2, 5). Es una exhortación que introduce muy bien las palabras y signos de Cristo durante su vida pública, siendo como el telón de fondo mariano de todos los «misterios de luz».

Misterios de dolor

22. Los Evangelios dan gran relieve a los misterios del dolor de Cristo. La piedad cristiana, especialmente en la Cuaresma, con la práctica del Via Crucis, se ha detenido siempre sobre cada uno de los momentos de la Pasión, intuyendo que ellos son el culmen de la revelación del amor y la fuente de nuestra salvación. El Rosario escoge algunos momentos de la Pasión, invitando al orante a fijar en ellos la mirada de su corazón y a revivirlos. El itinerario meditativo se abre con Getsemaní, donde Cristo vive un momento particularmente angustioso frente a la voluntad del Padre, contra la cual la debilidad de la carne se sentiría inclinada a rebelarse. Allí, Cristo se pone en lugar de todas las tentaciones de la humanidad y frente a todos los pecados de los hombres, para decirle al Padre: «no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22, 42 par.). Este «sí» suyo cambia el «no» de los progenitores en el Edén. Y cuánto le costaría esta adhesión a la voluntad del Padre se muestra en los misterios siguientes, en los que, con la flagelación, la coronación de espinas, la subida al Calvario y la muerte en cruz, se ve sumido en la mayor ignominia: Ecce homo!

En este oprobio no sólo se revela el amor de Dios, sino el sentido mismo del hombre. Ecce homo: quien quiera conocer al hombre, ha de saber descubrir su sentido, su raíz y su cumplimiento en Cristo, Dios que se humilla por amor «hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2, 8). Los misterios de dolor llevan el creyente a revivir la muerte de Jesús poniéndose al pie de la cruz junto a María, para penetrar con ella en la inmensidad del amor de Dios al hombre y sentir toda su fuerza regeneradora.

Misterios de gloria

23. «La contemplación del rostro de Cristo no puede reducirse a su imagen de crucificado. ¡Él es el Resucitado!».²⁹ El Rosario ha expresado siempre esta convicción de fe, invitando al creyente a superar la oscuridad de la Pasión para fijarse en la gloria de Cristo en su Resurrección y en su Ascensión. Contemplando al Resucitado, el cristiano descubre de nuevo las razones de la propia fe (cf. 1 Co 15, 14), y revive la alegría no solamente de aquellos a los que Cristo se manifestó –los Apóstoles, la Magdalena, los discípulos de Emaús–, sino también el gozo de María, que experimentó de modo intenso la nueva vida del Hijo glorificado. A esta gloria, que con la Ascensión pone a Cristo a la derecha del Padre, sería elevada Ella misma con la Asunción, anticipando así, por especialísimo privilegio, el destino reservado a todos los

justos con la resurrección de la carne. Al fin, coronada de gloria –como aparece en el último misterio glorioso–, María resplandece como Reina de los Ángeles y los Santos, anticipación y culmen de la condición escatológica del Iglesia.

En el centro de este itinerario de gloria del Hijo y de la Madre, el Rosario considera, en el tercer misterio glorioso, Pentecostés, que muestra el rostro de la Iglesia como una familia reunida con María, avivada por la efusión impetuosa del Espíritu y dispuesta para la misión evangelizadora. La contemplación de éste, como de los otros misterios gloriosos, ha de llevar a los creyentes a tomar conciencia cada vez más viva de su nueva vida en Cristo, en el seno de la Iglesia; una vida cuyo gran 'icono' es la escena de Pentecostés. De este modo, los misterios gloriosos alimentan en los creyentes la esperanza en la meta escatológica, hacia la cual se encaminan como miembros del Pueblo de Dios peregrino en la historia. Esto les impulsará necesariamente a dar un testimonio valiente de aquel «gozoso anuncio» que da sentido a toda su vida.

De los 'misterios' al 'Misterio': el camino de María

24. Los ciclos de meditaciones propuestos en el Santo Rosario no son ciertamente exhaustivos, pero llaman la atención sobre lo esencial, preparando el ánimo para gustar un conocimiento de Cristo, que se alimenta continuamente del manantial puro del texto evangélico. Cada rasgo de la vida de Cristo, tal como lo narran los Evangelistas, refleja aquel Misterio que supera todo conocimiento (cf. Ef 3, 19). Es el Misterio del Verbo hecho carne, en el cual «reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente» (Col 2, 9). Por eso el Catecismo de la Iglesia Católica insiste tanto en los misterios de Cristo, recordando que «todo en la vida de Jesús es signo de su Misterio».30 El «duc in altum» de la Iglesia en el tercer Milenio se basa en la capacidad de los cristianos de alcanzar «en toda su riqueza la plena inteligencia y perfecto conocimiento del Misterio de Dios, en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col 2, 2-3). La Carta a los Efesios desea ardientemente a todos los bautizados: «Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor [...], podáis conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios» (3, 17-19).

El Rosario promueve este ideal, ofreciendo el 'secreto' para abrirse más fácilmente a un conocimiento profundo y comprometido de Cristo. Podríamos llamarlo el camino de María. Es el camino del ejemplo de la Virgen de Nazaret, mujer de fe, de silencio y de escucha. Es al mismo tiempo el camino de una devoción mariana consciente de la inseparable relación que une Cristo con su Santa Madre: los misterios de Cristo son también, en cierto sentido, los misterios de su Madre, incluso cuando Ella no está implicada directamente, por el hecho mismo de que Ella vive de Él y por Él. Haciendo nuestras en el Ave Maria las palabras del ángel Gabriel y de santa Isabel, nos sentimos impulsados a buscar siempre de nuevo en María, entre sus brazos y en su corazón, el «fruto bendito de su vientre» (cf. Lc 1, 42).

Misterio de Cristo, 'misterio' del hombre

25. En el testimonio ya citado de 1978 sobre el Rosario como mi oración predilecta, expresé un concepto sobre el que deseo volver. Dije entonces que « el simple rezo del Rosario marca el ritmo de la vida humana ».31

A la luz de las reflexiones hechas hasta ahora sobre los misterios de Cristo, no es difícil profundizar en esta consideración antropológica del Rosario. Una consideración más radical de lo que puede parecer a primera vista. Quien contempla a Cristo recorriendo las etapas de su vida, descubre también en Él la verdad sobre el hombre. Ésta es la gran afirmación del Concilio Vaticano II, que tantas veces he hecho objeto de mi magisterio, a partir de la Carta Encíclica

Redemptor hominis: «Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado».32 El Rosario ayuda a abrirse a esta luz. Siguiendo el camino de Cristo, el cual «recapitula» el camino del hombre,33 desvelado y redimido, el creyente se sitúa ante la imagen del verdadero hombre. Contemplando su nacimiento aprende el carácter sagrado de la vida, mirando la casa de Nazaret se percata de la verdad originaria de la familia según el designio de Dios, escuchando al Maestro en los misterios de su vida pública encuentra la luz para entrar en el Reino de Dios y, siguiendo sus pasos hacia el Calvario, comprende el sentido del dolor salvador. Por fin, contemplando a Cristo y a su Madre en la gloria, ve la meta a la que cada uno de nosotros está llamado, si se deja sanar y transfigurar por el Espíritu Santo. De este modo, se puede decir que cada misterio del Rosario, bien meditado, ilumina el misterio del hombre.

Al mismo tiempo, resulta natural presentar en este encuentro con la santa humanidad del Redentor tantos problemas, afanes, fatigas y proyectos que marcan nuestra vida. «Descarga en el señor tu peso, y él te sustentará» (Sal 55, 23). Meditar con el Rosario significa poner nuestros afanes en los corazones misericordiosos de Cristo y de su Madre. Después de largos años, recordando los sinsabores, que no han faltado tampoco en el ejercicio del ministerio petrino, deseo repetir, casi como una cordial invitación dirigida a todos para que hagan de ello una experiencia personal: sí, verdaderamente el Rosario « marca el ritmo de la vida humana », para armonizarla con el ritmo de la vida divina, en gozosa comunión con la Santísima Trinidad, destino y anhelo de nuestra existencia.

Capítulo III: «Para mí la vida es Cristo»

El Rosario, camino de asimilación del misterio

26. El Rosario propone la meditación de los misterios de Cristo con un método característico, adecuado para favorecer su asimilación. Se trata del método basado en la repetición. Esto vale ante todo para el Ave Maria, que se repite diez veces en cada misterio. Si consideramos superficialmente esta repetición, se podría pensar que el Rosario es una práctica árida y aburrida. En cambio, se puede hacer otra consideración sobre el rosario, si se toma como expresión del amor que no se cansa de dirigirse hacia a la persona amada con manifestaciones que, incluso parecidas en su expresión, son siempre nuevas respecto al sentimiento que las inspira.

En Cristo, Dios ha asumido verdaderamente un «corazón de carne». Cristo no solamente tiene un corazón divino, rico en misericordia y perdón, sino también un corazón humano, capaz de todas las expresiones de afecto. A este respecto, si necesitáramos un testimonio evangélico, no sería difícil encontrarlo en el conmovedor diálogo de Cristo con Pedro después de la Resurrección. «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?» Tres veces se le hace la pregunta, tres veces Pedro responde: «Señor, tú lo sabes que te quiero» (cf. Jn 21, 15-17). Más allá del sentido específico del pasaje, tan importante para la misión de Pedro, a nadie se le escapa la belleza de esta triple repetición, en la cual la reiterada pregunta y la respuesta se expresan en términos bien conocidos por la experiencia universal del amor humano. Para comprender el Rosario, hace falta entrar en la dinámica psicológica que es propia del amor.

Una cosa está clara: si la repetición del Ave Maria se dirige directamente a María, el acto de amor, con Ella y por Ella, se dirige a Jesús. La repetición favorece el deseo de una configuración cada vez más plena con Cristo, verdadero 'programa' de la vida cristiana. San Pablo lo ha enunciado con palabras ardientes: «Para mí la vida es Cristo, y la muerte una ganancia» (Flp 1, 21). Y también: «No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20). El Rosario nos ayuda a crecer en esta configuración hasta la meta de la santidad.

Un método válido...

27. No debe extrañarnos que la relación con Cristo se sirva de la ayuda de un método. Dios se comunica con el hombre respetando nuestra naturaleza y sus ritmos vitales. Por esto la espiritualidad cristiana, incluso conociendo las formas más sublimes del silencio místico, en el que todas las imágenes, palabras y gestos son como superados por la intensidad de una unión inefable del hombre con Dios, se caracteriza normalmente por la implicación de toda la persona, en su compleja realidad psicofísica y relacional.

Esto aparece de modo evidente en la Liturgia. Los Sacramentos y los Sacramentales están estructurados con una serie de ritos relacionados con las diversas dimensiones de la persona. También la oración no litúrgica expresa la misma exigencia. Esto se confirma por el hecho de que, en Oriente, la oración más característica de la meditación cristológica, la que está centrada en las palabras «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador»,³⁴ está vinculada tradicionalmente con el ritmo de la respiración, que, mientras favorece la perseverancia en la invocación, da como una consistencia física al deseo de que Cristo se convierta en el aliento, el alma y el 'todo' de la vida.

... que, no obstante, se puede mejorar

28. En la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* he recordado que en Occidente existe hoy también una renovada exigencia de meditación, que encuentra a veces en otras religiones modalidades bastante atractivas.³⁵ Hay cristianos que, al conocer poco la tradición contemplativa cristiana, se dejan atraer por tales propuestas. Sin embargo, aunque éstas tengan elementos positivos y a veces compaginables con la experiencia cristiana, a menudo esconden un fondo ideológico inaceptable. En dichas experiencias abunda también una metodología que, pretendiendo alcanzar una alta concentración espiritual, usa técnicas de tipo psicofísico, repetitivas y simbólicas. El Rosario forma parte de este cuadro universal de la fenomenología religiosa, pero tiene características propias, que responden a las exigencias específicas de la vida cristiana.

En efecto, el Rosario es un método para contemplar. Como método, debe ser utilizado en relación al fin y no puede ser un fin en sí mismo. Pero tampoco debe infravalorarse, dado que es fruto de una experiencia secular. La experiencia de innumerables Santos aboga en su favor. Lo cual no impide que pueda ser mejorado. Precisamente a esto se orienta la incorporación, en el ciclo de los misterios, de la nueva serie de los *mysteria lucis*, junto con algunas sugerencias sobre el rezo del Rosario que propongo en esta Carta. Con ello, aunque respetando la estructura firmemente consolidada de esta oración, quiero ayudar a los fieles a comprenderla en sus aspectos simbólicos, en sintonía con las exigencias de la vida cotidiana. De otro modo, existe el riesgo de que esta oración no sólo no produzca los efectos espirituales deseados, sino que el rosario mismo con el que suele recitarse, acabe por considerarse como un amuleto o un objeto mágico, con una radical distorsión de su sentido y su cometido

El enunciado del misterio

29. Enunciar el misterio, y tener tal vez la oportunidad de contemplar al mismo tiempo una imagen que lo represente, es como abrir un escenario en el cual concentrar la atención. Las palabras conducen la imaginación y el espíritu a aquel determinado episodio o momento de la vida de Cristo. En la espiritualidad que se ha desarrollado en la Iglesia, tanto a través de la veneración de imágenes que enriquecen muchas devociones con elementos sensibles, como también del método propuesto por san Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales, se ha recurrido al elemento visual e imaginativo (*la compositio loci*) considerándolo de gran ayuda para favorecer la concentración del espíritu en el misterio. Por lo demás, es una metodología

que se corresponde con la lógica misma de la Encarnación: Dios ha querido asumir, en Jesús, rasgos humanos. Por medio de su realidad corpórea, entramos en contacto con su misterio divino.

El enunciado de los varios misterios del Rosario se corresponde también con esta exigencia de concreción. Es cierto que no sustituyen al Evangelio ni tampoco se refieren a todas sus páginas. El Rosario, por tanto, no reemplaza la lectio divina, sino que, por el contrario, la supone y la promueve. Pero si los misterios considerados en el Rosario, aun con el complemento de los *mysteria lucis*, se limita a las líneas fundamentales de la vida de Cristo, a partir de ellos la atención se puede extender fácilmente al resto del Evangelio, sobre todo cuando el Rosario se recita en momentos especiales de prolongado recogimiento.

La escucha de la Palabra de Dios

30. Para dar fundamento bíblico y mayor profundidad a la meditación, es útil que al enunciado del misterio siga la proclamación del pasaje bíblico correspondiente, que puede ser más o menos largo según las circunstancias. En efecto, otras palabras nunca tienen la eficacia de la palabra inspirada. Ésta debe ser escuchada con la certeza de que es Palabra de Dios, pronunciada para hoy y «para mí».

Acogida de este modo, la Palabra entra en la metodología de la repetición del Rosario sin el aburrimiento que produciría la simple reiteración de una información ya conocida. No, no se trata de recordar una información, sino de dejar 'hablar' a Dios. En alguna ocasión solemne y comunitaria, esta palabra se puede ilustrar con algún breve comentario.

El silencio

31. La escucha y la meditación se alimentan del silencio. Es conveniente que, después de enunciar el misterio y proclamar la Palabra, esperemos unos momentos antes de iniciar la oración vocal, para fijar la atención sobre el misterio meditado. El redescubrimiento del valor del silencio es uno de los secretos para la práctica de la contemplación y la meditación. Uno de los límites de una sociedad tan condicionada por la tecnología y los medios de comunicación social es que el silencio se hace cada vez más difícil. Así como en la Liturgia se recomienda que haya momentos de silencio, en el rezo del Rosario es también oportuno hacer una breve pausa después de escuchar la Palabra de Dios, concentrando el espíritu en el contenido de un determinado misterio.

El «Padrenuestro»

32. Después de haber escuchado la Palabra y centrado la atención en el misterio, es natural que el ánimo se eleve hacia el Padre. Jesús, en cada uno de sus misterios, nos lleva siempre al Padre, al cual Él se dirige continuamente, porque descansa en su 'seno' (cf Jn 1, 18). Él nos quiere introducir en la intimidad del Padre para que digamos con Él: «¡Abbá, Padre!» (Rm 8, 15; Ga 4, 6). En esta relación con el Padre nos hace hermanos suyos y entre nosotros, comunicándonos el Espíritu, que es a la vez suyo y del Padre. El «Padrenuestro», puesto como fundamento de la meditación cristológico-mariana que se desarrolla mediante la repetición del Ave Maria, hace que la meditación del misterio, aun cuando se tenga en soledad, sea una experiencia eclesial.

Las diez «Ave Maria»

33. Este es el elemento más extenso del Rosario y que a la vez lo convierte en una oración mariana por excelencia. Pero precisamente a la luz del Ave Maria, bien entendida, es donde se nota con claridad que el carácter mariano no se opone al cristológico, sino que más bien lo

subraya y lo exalta. En efecto, la primera parte del Ave Maria, tomada de las palabras dirigidas a María por el ángel Gabriel y por santa Isabel, es contemplación adorante del misterio que se realiza en la Virgen de Nazaret. Expresan, por así decir, la admiración del cielo y de la tierra y, en cierto sentido, dejan entrever la complacencia de Dios mismo al ver su obra maestra –la encarnación del Hijo en el seno virginal de María–, análogamente a la mirada de aprobación del Génesis (cf. Gn 1, 31), aquel «pathos con el que Dios, en el alba de la creación, contempló la obra de sus manos».36 Repetir en el Rosario el Ave Maria nos acerca a la complacencia de Dios: es júbilo, asombro, reconocimiento del milagro más grande de la historia. Es el cumplimiento de la profecía de María: «Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (Lc1, 48).

El centro del Ave Maria, casi como engarce entre la primera y la segunda parte, es el nombre de Jesús. A veces, en el rezo apresurado, no se percibe este aspecto central y tampoco la relación con el misterio de Cristo que se está contemplando. Pero es precisamente el relieve que se da al nombre de Jesús y a su misterio lo que caracteriza una recitación consciente y fructuosa del Rosario. Ya Pablo VI recordó en la Exhortación apostólica *Marialis cultus* la costumbre, practicada en algunas regiones, de realzar el nombre de Cristo añadiéndole una cláusula evocadora del misterio que se está meditando.37 Es una costumbre loable, especialmente en la plegaria pública. Expresa con intensidad la fe cristológica, aplicada a los diversos momentos de la vida del Redentor. Es profesión de fe y, al mismo tiempo, ayuda a mantener atenta la meditación, permitiendo vivir la función asimiladora, innata en la repetición del Ave Maria, respecto al misterio de Cristo. Repetir el nombre de Jesús –el único nombre del cual podemos esperar la salvación (cf. Hch 4, 12)– junto con el de su Madre Santísima, y como dejando que Ella misma nos lo sugiera, es un modo de asimilación, que aspira a hacernos entrar cada vez más profundamente en la vida de Cristo.

De la especial relación con Cristo, que hace de María la Madre de Dios, la *Theotòkos*, deriva, además, la fuerza de la súplica con la que nos dirigimos a Ella en la segunda parte de la oración, confiando a su materna intercesión nuestra vida y la hora de nuestra muerte.

El «Gloria»

34. La doxología trinitaria es la meta de la contemplación cristiana. En efecto, Cristo es el camino que nos conduce al Padre en el Espíritu. Si recorremos este camino hasta el final, nos encontramos continuamente ante el misterio de las tres Personas divinas que se han de alabar, adorar y agradecer. Es importante que el Gloria, culmen de la contemplación, sea bien resaltado en el Rosario. En el rezo público podría ser cantado, para dar mayor énfasis a esta perspectiva estructural y característica de toda plegaria cristiana.

En la medida en que la meditación del misterio haya sido atenta, profunda, fortalecida –de Ave en Ave – por el amor a Cristo y a María, la glorificación trinitaria en cada decena, en vez de reducirse a una rápida conclusión, adquiere su justo tono contemplativo, como para levantar el espíritu a la altura del Paraíso y hacer revivir, de algún modo, la experiencia del Tabor, anticipación de la contemplación futura: «Bueno es estarnos aquí» (Lc 9, 33).

La jaculatoria final

35. Habitualmente, en el rezo del Rosario, después de la doxología trinitaria sigue una jaculatoria, que varía según las costumbres. Sin quitar valor a tales invocaciones, parece oportuno señalar que la contemplación de los misterios puede expresar mejor toda su fecundidad si se procura que cada misterio concluya con una oración dirigida a alcanzar los frutos específicos de la meditación del misterio. De este modo, el Rosario puede expresar con mayor eficacia su relación con la vida cristiana. Lo sugiere una bella oración litúrgica, que nos

invita a pedir que, meditando los misterios del Rosario, lleguemos a «imitar lo que contienen y a conseguir lo que prometen».38

Como ya se hace, dicha oración final puede expresarse en varias forma legítimas. El Rosario adquiere así también una fisonomía más adecuada a las diversas tradiciones espirituales y a las distintas comunidades cristianas. En esta perspectiva, es de desear que se difundan, con el debido discernimiento pastoral, las propuestas más significativas, experimentadas tal vez en centros y santuarios marianos que cultivan particularmente la práctica del Rosario, de modo que el Pueblo de Dios pueda acceder a toda auténtica riqueza espiritual, encontrando así una ayuda para la propia contemplación.

El 'rosario'

36. Instrumento tradicional para rezarlo es el rosario. En la práctica más superficial, a menudo termina por ser un simple instrumento para contar la sucesión de las Ave Maria. Pero sirve también para expresar un simbolismo, que puede dar ulterior densidad a la contemplación.

A este propósito, lo primero que debe tenerse presente es que el rosario está centrado en el Crucifijo, que abre y cierra el proceso mismo de la oración. En Cristo se centra la vida y la oración de los creyentes. Todo parte de Él, todo tiende hacia Él, todo, a través de Él, en el Espíritu Santo, llega al Padre.

En cuanto medio para contar, que marca el avanzar de la oración, el rosario evoca el camino incesante de la contemplación y de la perfección cristiana. El Beato Bartolomé Longo lo consideraba también como una 'cadena' que nos une a Dios. Cadena, sí, pero cadena dulce; así se manifiesta la relación con Dios, que es Padre. Cadena 'filial', que nos pone en sintonía con María, la «sierva del Señor» (Lc 1, 38) y, en definitiva, con el propio Cristo, que, aun siendo Dios, se hizo «siervo» por amor nuestro (Flp 2, 7).

Es también hermoso ampliar el significado simbólico del rosario a nuestra relación recíproca, recordando de ese modo el vínculo de comunión y fraternidad que nos une a todos en Cristo.

Inicio y conclusión

37. En la práctica corriente, hay varios modos de comenzar el Rosario, según los diversos contextos eclesiales. En algunas regiones se suele iniciar con la invocación del Salmo 69: «Dios mío ven en mi auxilio, Señor date prisa en socorrerme», como para alimentar en el orante la humilde conciencia de su propia indigencia; en otras, se comienza recitando el Credo, como haciendo de la profesión de fe el fundamento del camino contemplativo que se emprende. Éstos y otros modos similares, en la medida que disponen el ánimo para la contemplación, son usos igualmente legítimos. La plegaria se concluye rezando por las intenciones del Papa, para elevar la mirada de quien reza hacia el vasto horizonte de las necesidades eclesiales. Precisamente para fomentar esta proyección eclesial del Rosario, la Iglesia ha querido enriquecerlo con santas indulgencias para quien lo recita con las debidas disposiciones.

En efecto, si se hace así, el Rosario es realmente un itinerario espiritual en el que María se hace madre, maestra, guía, y sostiene al fiel con su poderosa intercesión. ¿Cómo asombrarse, pues, si al final de esta oración en la cual se ha experimentado íntimamente la maternidad de María, el espíritu siente necesidad de dedicar una alabanza a la Santísima Virgen, bien con la espléndida oración de la Salve Regina, bien con las Letanías lauretanas? Es como coronar un camino interior, que ha llevado al fiel al contacto vivo con el misterio de Cristo y de su Madre Santísima.

La distribución en el tiempo

38. El Rosario puede recitarse entero cada día, y hay quienes así lo hacen de manera laudable. De ese modo, el Rosario impregna de oración los días de muchos contemplativos, o sirve de compañía a enfermos y ancianos que tienen mucho tiempo disponible. Pero es obvio –y eso vale, con mayor razón, si se añade el nuevo ciclo de los *mysteria lucis*– que muchos no podrán recitar más que una parte, según un determinado orden semanal. Esta distribución semanal da a los días de la semana un cierto 'color' espiritual, análogamente a lo que hace la Liturgia con las diversas fases del año litúrgico.

Según la praxis corriente, el lunes y el jueves están dedicados a los «misterios gozosos», el martes y el viernes a los «dolorosos», el miércoles, el sábado y el domingo a los «gloriosos». ¿Dónde introducir los «misterios de la luz»? Considerando que los misterios gloriosos se proponen seguidos el sábado y el domingo, y que el sábado es tradicionalmente un día de marcado carácter mariano, parece aconsejable trasladar al sábado la segunda meditación semanal de los misterios gozosos, en los cuales la presencia de María es más destacada. Queda así libre el jueves para la meditación de los misterios de la luz.

No obstante, esta indicación no pretende limitar una conveniente libertad en la meditación personal y comunitaria, según las exigencias espirituales y pastorales y, sobre todo, las coincidencias litúrgicas que pueden sugerir oportunas adaptaciones. Lo verdaderamente importante es que el Rosario se comprenda y se experimente cada vez más como un itinerario contemplativo. Por medio de él, de manera complementaria a cuanto se realiza en la Liturgia, la semana del cristiano, centrada en el domingo, día de la resurrección, se convierte en un camino a través de los misterios de la vida de Cristo, y Él se consolida en la vida de sus discípulos como Señor del tiempo y de la historia.

Conclusión

«Rosario bendito de María, cadena dulce que nos unes con Dios»

39. Lo que se ha dicho hasta aquí expresa ampliamente la riqueza de esta oración tradicional, que tiene la sencillez de una oración popular, pero también la profundidad teológica de una oración adecuada para quien siente la exigencia de una contemplación más intensa.

La Iglesia ha visto siempre en esta oración una particular eficacia, confiando las causas más difíciles a su recitación comunitaria y a su práctica constante. En momentos en los que la cristiandad misma estaba amenazada, se atribuyó a la fuerza de esta oración la liberación del peligro y la Virgen del Rosario fue considerada como propiciadora de la salvación.

Hoy deseo confiar a la eficacia de esta oración –lo he señalado al principio– la causa de la paz en el mundo y la de la familia.

La paz

40. Las dificultades que presenta el panorama mundial en este comienzo del nuevo Milenio nos inducen a pensar que sólo una intervención de lo Alto, capaz de orientar los corazones de quienes viven situaciones conflictivas y de quienes dirigen los destinos de las Naciones, puede hacer esperar en un futuro menos oscuro.

El Rosario es una oración orientada por su naturaleza hacia la paz, por el hecho mismo de que contempla a Cristo, Príncipe de la paz y «nuestra paz» (Ef 2, 14). Quien interioriza el misterio de Cristo –y el Rosario tiende precisamente a eso– aprende el secreto de la paz y hace de ello un proyecto de vida. Además, debido a su carácter meditativo, con la serena sucesión del Ave Maria, el Rosario ejerce sobre el orante una acción pacificadora que lo dispone a recibir y

experimentar en la profundidad de su ser, y a difundir a su alrededor, paz verdadera, que es un don especial del Resucitado (cf. Jn 14, 27; 20, 21).

Es además oración por la paz por la caridad que promueve. Si se recita bien, como verdadera oración meditativa, el Rosario, favoreciendo el encuentro con Cristo en sus misterios, muestra también el rostro de Cristo en los hermanos, especialmente en los que más sufren. ¿Cómo se podría considerar, en los misterios gozosos, el misterio del Niño nacido en Belén sin sentir el deseo de acoger, defender y promover la vida, haciéndose cargo del sufrimiento de los niños en todas las partes del mundo? ¿Cómo podrían seguirse los pasos del Cristo revelador, en los misterios de la luz, sin proponerse el testimonio de sus bienaventuranzas en la vida de cada día? Y ¿cómo contemplar a Cristo cargado con la cruz y crucificado, sin sentir la necesidad de hacerse sus «cireneos» en cada hermano aquejado por el dolor u oprimido por la desesperación? ¿Cómo se podría, en fin, contemplar la gloria de Cristo resucitado y a María coronada como Reina, sin sentir el deseo de hacer este mundo más hermoso, más justo, más cercano al proyecto de Dios?

En definitiva, mientras nos hace contemplar a Cristo, el Rosario nos hace también constructores de la paz en el mundo. Por su carácter de petición insistente y comunitaria, en sintonía con la invitación de Cristo a «orar siempre sin desfallecer» (Lc 18,1), nos permite esperar que hoy se pueda vencer también una 'batalla' tan difícil como la de la paz. De este modo, el Rosario, en vez de ser una huida de los problemas del mundo, nos impulsa a examinarlos de manera responsable y generosa, y nos concede la fuerza de afrontarlos con la certeza de la ayuda de Dios y con el firme propósito de testimoniar en cada circunstancia la caridad, «que es el vínculo de la perfección» (Col 3, 14).

La familia: los padres...

41. Además de oración por la paz, el Rosario es también, desde siempre, una oración de la familia y por la familia. Antes esta oración era apreciada particularmente por las familias cristianas, y ciertamente favorecía su comunión. Conviene no descuidar esta preciosa herencia. Se ha de volver a rezar en familia y a rogar por las familias, utilizando todavía esta forma de plegaria.

Si en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* he alentado la celebración de la Liturgia de las Horas por parte de los laicos en la vida ordinaria de las comunidades parroquiales y de los diversos grupos cristianos,³⁹ deseo hacerlo igualmente con el Rosario. Se trata de dos caminos no alternativos, sino complementarios, de la contemplación cristiana. Pido, por tanto, a cuantos se dedican a la pastoral de las familias que recomienden con convicción el rezo del Rosario.

La familia que reza unida, permanece unida. El Santo Rosario, por antigua tradición, es una oración que se presta particularmente para reunir a la familia. Contemplando a Jesús, cada uno de sus miembros recupera también la capacidad de volverse a mirar a los ojos, para comunicar, solidarizarse, perdonarse recíprocamente y comenzar de nuevo con un pacto de amor renovado por el Espíritu de Dios.

Muchos problemas de las familias contemporáneas, especialmente en las sociedades económicamente más desarrolladas, derivan de una creciente dificultad comunicarse. No se consigue estar juntos y a veces los raros momentos de reunión quedan absorbidos por las imágenes de un televisor. Volver a rezar el Rosario en familia significa introducir en la vida cotidiana otras imágenes muy distintas, las del misterio que salva: la imagen del Redentor, la imagen de su Madre santísima. La familia que reza unida el Rosario reproduce un poco el clima de la casa de Nazaret: Jesús está en el centro, se comparten con él alegrías y dolores, se ponen

en sus manos las necesidades y proyectos, se obtienen de él la esperanza y la fuerza para el camino.

... y los hijos

42. Es hermoso y fructuoso confiar también a esta oración el proceso de crecimiento de los hijos. ¿No es acaso, el Rosario, el itinerario de la vida de Cristo, desde su concepción a la muerte, hasta la resurrección y la gloria? Hoy resulta cada vez más difícil para los padres seguir a los hijos en las diversas etapas de su vida. En la sociedad de la tecnología avanzada, de los medios de comunicación social y de la globalización, todo se ha acelerado, y cada día es mayor la distancia cultural entre las generaciones. Los mensajes de todo tipo y las experiencias más imprevisibles hacen mella pronto en la vida de los chicos y los adolescentes, y a veces es angustioso para los padres afrontar los peligros que corren los hijos. Con frecuencia se encuentran ante desilusiones fuertes, al constatar los fracasos de los hijos ante la seducción de la droga, los atractivos de un hedonismo desenfrenado, las tentaciones de la violencia o las formas tan diferentes del sinsentido y la desesperación.

Rezar con el Rosario por los hijos, y mejor aún, con los hijos, educándolos desde su tierna edad para este momento cotidiano de «intervalo de oración» de la familia, no es ciertamente la solución de todos los problemas, pero es una ayuda espiritual que no se debe minimizar. Se puede objetar que el Rosario parece una oración poco adecuada para los gustos de los chicos y los jóvenes de hoy. Pero quizás esta objeción se basa en un modo poco esmerado de rezarlo. Por otra parte, salvando su estructura fundamental, nada impide que, para ellos, el rezo del Rosario –tanto en familia como en los grupos– se enriquezca con oportunas aportaciones simbólicas y prácticas, que favorezcan su comprensión y valorización. ¿Por qué no probarlo? Una pastoral juvenil no derrotista, apasionada y creativa –¡las Jornadas Mundiales de la Juventud han dado buena prueba de ello!– es capaz de dar, con la ayuda de Dios, pasos verdaderamente significativos. Si el Rosario se presenta bien, estoy seguro de que los jóvenes mismos serán capaces de sorprender una vez más a los adultos, haciendo propia esta oración y recitándola con el entusiasmo típico de su edad.

El Rosario, un tesoro que recuperar

43. Queridos hermanos y hermanas: Una oración tan fácil, y al mismo tiempo tan rica, merece de veras ser recuperada por la comunidad cristiana. Hagámoslo sobre todo en este año, asumiendo esta propuesta como una consolidación de la línea trazada en la Carta apostólica Novo millennio ineunte, en la cual se han inspirado los planes pastorales de muchas Iglesias particulares al programar los objetivos para el próximo futuro.

Me dirijo en particular a vosotros, queridos Hermanos en el Episcopado, sacerdotes y diáconos, y a vosotros, agentes pastorales en los diversos ministerios, para que, teniendo la experiencia personal de la belleza del Rosario, os convirtáis en sus diligentes promotores.

Confío también en vosotros, teólogos, para que, realizando una reflexión a la vez rigurosa y sabia, basada en la Palabra de Dios y sensible a la vivencia del pueblo cristiano, ayudéis a descubrir los fundamentos bíblicos, las riquezas espirituales y la validez pastoral de esta oración tradicional.

Cuento con vosotros, consagrados y consagradas, llamados de manera particular a contemplar el rostro de Cristo siguiendo el ejemplo de María.

Pienso en todos vosotros, hermanos y hermanas de toda condición, en vosotras, familias cristianas, en vosotros, enfermos y ancianos, en vosotros, jóvenes: tomad con confianza entre

las manos el rosario, descubriéndolo de nuevo a la luz de la Escritura, en armonía con la Liturgia y en el contexto de la vida cotidiana.

¡Qué este llamamiento mío no sea en balde! Al inicio del vigésimo quinto año de Pontificado, pongo esta Carta apostólica en las manos de la Virgen María, postrándome espiritualmente ante su imagen en su espléndido Santuario edificado por el Beato Bartolomé Longo, apóstol del Rosario. Hago mías con gusto las palabras conmovedoras con las que él termina la célebre Súplica a la Reina del Santo Rosario: «Oh Rosario bendito de María, dulce cadena que nos une con Dios, vínculo de amor que nos une a los Ángeles, torre de salvación contra los asaltos del infierno, puerto seguro en el común naufragio, no te dejaremos jamás. Tú serás nuestro consuelo en la hora de la agonía. Para ti el último beso de la vida que se apaga. Y el último susurro de nuestros labios será tu suave nombre, oh Reina del Rosario de Pompeya, oh Madre nuestra querida, oh Refugio de los pecadores, oh Soberana consoladora de los tristes. Que seas bendita por doquier, hoy y siempre, en la tierra y en el cielo».

Vaticano, 16 octubre del año 2002, inicio del vigésimo quinto de mi Pontificado.

Notas Rosarium Virginis Mariae

- 1 Const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, 45.
- 2 Pablo VI, Exhort. ap. *Marialis cultus*, (2 febrero 1974) 42, AAS 66 (1974), 153.
- 3 Cf. *Acta Leonis XIII*, 3 (1884), 280-289.
- 4 En particular, es digna de mención su Carta ap. sobre el Rosario *Il religioso convegno* del 29 septiembre 1961: AAS 53 (1961), 641-647.
- 5 *Angelus: L'Osservatore Romano* ed. semanal en lengua española, 5 noviembre 1978, 1.
- 6 AAS93 (2002), 285.
- 7 En los años de preparación del Concilio, Juan XXIII invitó a la comunidad cristiana a rezar el Rosario por el éxito de este acontecimiento eclesial; cf. Carta al Cardenal Vicario del 28 de septiembre de 1960: AAS 52 (1960), 814-817.
- 8 Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 66.
- 9 N. 32: AAS 93 (2002), 288.
- 10 *Ibid.*, 33: l. c., 289.
- 11 Es sabido y se ha de recordar que las revelaciones privadas no son de la misma naturaleza que la revelación pública, normativa para toda la Iglesia. Es tarea del Magisterio discernir y reconocer la autenticidad y el valor de las revelaciones privadas para la piedad de los fieles.
- 12 El secreto admirable del santísimo Rosario para convertirse y salvarse, en *Obras de San Luis María G. de Montfort*, Madrid 1954, 313-391.
- 13 Beato Bartolo Longo, *Storia del Santuario di Pompei*, Pompei 1990, p.59.
- 14 Exhort. ap. *Marialis cultus* (2 febrero 1974), 47: AAS 66 (1974), 156.
- 15 Const. sobre Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, 10.
- 16 *Ibid.*, 12.
- 17 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 58.
- 18 *I Quindici Sabati del Santissimo Rosario*, 27 ed., Pompeya 1916), p. 27.
- 19 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 53.
- 20 *Ibid.*, 60.
- 21 Cf. Primer Radiomensaje *Urbi et orbi* (17 octubre 1978): AAS 70 (1978), 927.
- 22 *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, 120, en: *Obras de San Luis María G. de Montfort*, Madrid 1954, p.505s.
- 23 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2679.
- 24 *Ibid.*, 2675.
- 25 La Súplica a la Reina del Santo Rosario, que se recita solemnemente dos veces al año, en mayo y octubre, fue compuesta por el Beato Bartolomé Longo en 1883, como adhesión a la invitación del Papa León XIII a los católicos en su primera Encíclica sobre el Rosario a un compromiso espiritual orientado a afrontar los males de la sociedad.
- 26 *Divina Comedia*, Par. XXXIII, 13-15.
- 27 Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 20: AAS 93 (2001), 279.
- 28 Exort. ap. *Marialis cultus* (2 febrero 1974), 46: AAS 66 (1974), 155.
- 29 Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 28: AAS 93 (2001), 284.
- 30 N. 515.
- 31 *Angelus* del 29 de octubre 1978: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 5 noviembre 1978, 1.
- 32 Const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, 22.
- 33 S. Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, III, 18,1: PG 7, 932.
- 34 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2616.

- 35 Cf. n. 33: AAS 93 (2001), 289.
 36 Carta a los artistas(4 abril 1999), 1: AAS 91 (1999), 1155.
 37 Cf. n. 46: AAS 66 (1974), 155. Esta costumbre ha sido alabada recientemente por la Congregación para el Culto Divino y la disciplina de los Sacramentos, Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones (17 diciembre 2001), n.201.
 38 « ...concede, quæsumus, ut hæc mysteria sacratissimo beatæ Mariæ Virginis Rosario recolentes, et imitemur quod continent, et quod promittunt assequamur »: Missale Romanum (1960) in festo B. M. Virginis a Rosario.
 39 Cf. n. 34: AAS 93 (2001), 290.

+++++

Notas del Libro:

- 1 Hemos dejado este título sin traducir, pues corresponde al primer verso de una popular canción infantil. Es característico de Scott Hahn dividir los capítulos mediante subtítulos llamativos, que no guardan mucha relación con el contenido. Al traducirlos al español, muchos de ellos pierden la fuerza evocadora o provocadora que tienen en inglés. Así, por ejemplo, «Huellas de amor» (p. 30) está en lugar de «Traces of love, long ago», de la canción Traces de Gloria Estefan; «Seamos metafísicos» (p. 27) traduce el original «Let's get metaphysical», conocido tema instrumental de David Gilmour; «María tuvo un hombrecillo» (p. 57) es una variante de otra canción infantil («Mary had a little lamb/man»). A veces el porqué de un subtítulo estriba en el juego de la homofonía (lógicamente en inglés): «Justin Time» con just in time («Los tiempos de Justino», p. 47), «Ark the herald angels sing», con Hark, the herald angels sing (un famoso villancico, que no hace referencia a un arca: p. 56). Aunque el efecto sorpresa de estos subtítulos está matizado por la imposibilidad de traducirlos, el lector español puede hacerse una idea con algunos que lo evocan aun traducidos, como, por ejemplo: «Cutting the Umbiblical Cord» (p. 40), «Fetal Attraction» (p. 95; que juega con el título de la película Fatal Attraction), «The Mediatrix is the Message» (p. 118; remedo de El medio es el mensaje, de Marshall McLuhan), etc. (n. del tr.).
- 2 Cf. Herbert Ratner, M.D., «The Natural Institution of the Family», en *Child and Family* 20 (1988) 89-106.
- 3 Juan Pablo II, Homilía 28 enero 1979, en CELAM, Puebla, Edica, Madrid 1979, pp. 46-47. Cf. también Antoine E. Nachez, *The Mystery of the Trinity in the Theological Thought of Pope John Paul II*, Peter Lang, Nueva York 1999, pp. 49-62; Bertrand de Margene, S. J., *The Christian Trinity in History*, St. Bede's Publications, Still River, Mass., 1982, pp. 274-324.
- 4 Sobre la tipología y los sentidos literal y espiritual de la Sagrada Escritura, cf. Mark Shea, *Making Senses Out of Scripture: Reading the Bible as the First Christians Did*, Basílica Press, San Diego 1999; Ignace de la Potterie, S. J., «The Spiritual Sense of Scripture», *Communio* 23 (1996), 738-756; William Kurz, S. J. y Kevin Miller, «The Use of Scripture in the Catechism of the Catholic Church», *Communio* 23 (1996), 480-507; Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, L.E.V., Città del Vaticano 1993, pp. 71-78; Leonhard Goppelt, *Typos: The Typological Interpretation of the Old Testament in the New*, Eerdmans, Grand Rapids, Mich., 1982; R.M. Davidson, *Typology in Scripture*, Andrews University Press, Berrien Springs, Mich., 1982; G.W.H. Lampe y K.J. Woollcombe, *Essays on Typology*, S.C.M. Press, London 1957; Jean Daniélou, *The Bible and the Liturgy*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Ind., 1956.
- 5 Raymond Brown, S.S., *El nacimiento del Mesías*, Cristiandad, Madrid 1982, p. 23.
- 6 Sobre la naturaleza familiar de las relaciones y obligaciones de la alianza en el antiguo Israel, cf. Frank Moore Cross, «God as Divine Kinsman: What Covenant meant in Ancient Israel», en *Biblical Archaeology Review* jul/ag (1999), 32-33, 60; Ídem, «Kinship and Covenant in Ancient Israel», en *From Epic to Canon: History and Literature in Ancient Israel*, Johns Hopkins University Press, Baltimore 1998, pp. 3-21; Scott Hahn, *A Father Who Keeps His Promises: God's Covenant Love in Scripture*, Servant, Ann Arbor 1998; Ídem, *Kinship by Covenant: A Biblical-Theological Study of Covenant Types and Texts in the Old and New Testaments*, Tesis doctoral, Marquette University 1995; Paul Kalluveetil, *Declaration and Covenant*, Pontifical Biblical Instituto Press, Roma 1982, p. 212; D. J. McCarthy, S. J., *Old Testament Covenant: A Survey of Current Opinions*, John Knox Press, Richmond, Va., 1972, p. 33.
- 7 Sobre el punto de vista católico de la justificación como nuestra participación sobrenatural en la filiación divina de Cristo, cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 1996-1997, y Sesión VI, cap. 4 del Concilio de Trento, en Heinrich Denzinger y Peter Hünermann, *El magisterio de la Iglesia*. *Enchiridion Symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, Herder, Barcelona 1999, n. 1524. Véase también Richard A. White, «Justification as Divine Sonship» en *Catholic for a Reason: Scripture and the Mystery of the Family of God*, Emmaus Road, Steubenville, Ohio, 1998, pp. 88-105; M. J. Scheeben, *Los misterios del cristianismo*, Herder, Barcelona 1953, pp. 659-662.
- 8 Sobre el tiempo de la narración en el Evangelio de Juan, cf. R. A. Culpepper, *Anatomy of the Fourth Gospel: A Study in Literary Design*, Fortress Press, Philadelphia 1983, pp. 53-75.
- 9 Para otros ejemplos, cf. 1 Re 19, 20; Gn 23, 15; Lc 8, 26-39; Mt 8, 28-34; Mc 1, 23-28; Lc 4, 31-37; Mc 5. Cf. también M. Miguens, Mary, «The Servant of the Lord»: An Ecumenical Proposal, *Daughters of St. Paul*, Boston 1978, pp. 109-129; Thor Strandenaes, «John 2:4 in a Chinese Cultural Context: Unnecessary Stumbling Block for Filial Piety?», en T. Fornberg y D. Hellholm, eds., *Texts and Contexts: Biblical Texts in Their Textual and Situational Contexts*, Scandinavian University Press, Oslo 1995, pp. 956-978.
- 10 Justino, Diálogo con Trifón, n. 100. Cf. exposición en Johannes Quasten, *Patrología*, vol. I, Edica, Madrid 1961, pp. 195-197; Luigi Gambero, *Mary and the Fathers of the Church*, Ignatius Press, San

- Francisco 1999, pp. 44-48 [traducción en G. Pons, Textos marianos de los primeros siglos. Antología patrística, Ciudad Nueva, Madrid 1994]
- 11 Cf. Cardenal John H. Newman, *The Mystical Rose*, Scepter, Princeton, N. J., 1996, p. 20.
- 12 Citado en Quasten, *Patrología*, vol. 1, cit, p. 285. -
- 13 Ireneo, *Contra los herejes*, 3, 22, 4 [traducción en G. Pons, Textos marianos de los primeros siglos, cit., p. 28].
- 14 *Ibid.*, 5, 19, 1 [traducción en G. Pons, Textos marianos de los primeros siglos, cit., p. 30].
- 15 *Demostración de la enseñanza apostólica*, 33.
- 16 *Contra los herejes*, 4, 33, 11, citado en Quasten, *Patrología*, vol. 1, p. 287.
- 17 Newman, *Mystical Rose*, cit., p. 20. Cf. también Lucien Deiss, *C.S.Sp., María, Hija de Sión, Cristiandad*, Madrid 1967, p. 302.
- 18 Tertuliano, *De la carne de Cristo*, 17, 5 [traducción en G. Pons, Textos marianos de los primeros siglos, cit., p. 33].
- 19 M. Barker, *The Older Testament*, SPCK, Londres 1987, p. 221: «en el judaísmo popular de los tiempos de Roma, la menorah era usada universalmente como símbolo del judaísmo mismo, y por eso los rabinos prohibieron su uso. Estaba prohibido hacer una menorah como la del Templo; se permitían lámparas de cinco, seis u ocho brazos, pero no de siete.
- 20 Newman, *Mystical Rose*, cit., p. 21.
- 21 Deiss, *María, hija de Sión*, cit., p. 212.
- 22 Newman, *Mystical Rose*, cit., p. 23.
- 23 Citado por Thomas Livius, *The Blessed Virgin in the Fathers of the First Six Centuries*, Burns and Gates, Londres 1893, p. 271.
- 24 Efrén, *La Perla*, citado *ibid.*, p. 268.
- 25 Citado por Livius, *Blessed Virgin*, cit., p. 269.
- 26 Deiss, *María, hija de Sión*, cit., p. 216.
- 27 Newman, *Mystical Rose*, cit., p. 20.
- 28 Cf. Bernard J. Lefrois, *S.V.D., The Woman Clothed with the Sun: Individual or Collective*, Orbis Catholicus, Roma 1954, pp. 255-262.
- 29 Cf. George Kirwin, *The Nature of the Queenship of Mary*, Tesis doctoral, Catholic University of America 1973, p. 300. Cf. también Edward Sri, «*Treat Her Like a Queen: The Biblical Call to Honor Mary as Royal Mother*», en León Suppenant, ed., *Catholic for a Reason II: Scripture and the Mystery of the Mother of God*, Emmaus Road, Steubenville, Ohio 2000, pp. 81-97. Para profundizar en la institución de la reina madre en la monarquía davídica y en las dinastías de Oriente medio, cf. Carol Smith, «*Queenship in Israel: The Cases of Bathsheba, Jezebel and Athaliah*», en John Day, ed., *King and Messiah in Israel and the Ancient Near East*, Sheffield Academic Press, Sheffield 1998, pp. 142-162; K. Spanier, «*The Queen Mother in the Judaean Royal Court*», en A. Brenner, ed., *A Feminist Companion to Samuel and Kings*, Sheffield Academic Press, Sheffield 1994, pp. 186-195; S. Ackerman, «*The Queen Mother and the Cult in Ancient Israel*», en *Journal of Biblical Literature* 112 (1993) pp. 385-401; Z. Ben-Barak, «*The Status and Right of the Gebira*», en *Journal of Biblical Literature* 110 (1991) pp. 23-34; George Montague, *S.M., Our Father, Our Mother: Mary and the Faces of God*, Franciscan University Press, Steubenville, Ohio 1990, pp. 89-101; N. Andreasen, «*The Role of the Queen Mother in Israelite Society*», en *Catholic Biblical Quarterly* 45 (1982) pp. 174-194.
- 30 Cf. Card. Joseph Ratzinger, «*Transmisión de la fe y fuentes de la fe*», en *Scripta Theologica* 15 (1983), 12.
- 31 En M. F. Toal, ed., *Sunday Sermons of the Great Fathers*, vol. IV, Henry Regnery, Chicago 1963, p. 426 [traducción de G. Pons Pons, *Hom. sobre la dormición II, 2*, en Juan Damasceno, *Homilias cristológicas y marianas*, Ciudad Nueva, Madrid 1996, p. 170].
- 32 Newman, *Mystical Rose*, p. 11.
- 33 *Ibidem*, p. 58.
- 34 San Efrén de Siria, *Cantos Nisibenos* 27, 8.
- 35 *Sobre la naturaleza y la gracia*, 36, 42 [traducción en G. Pons, Textos marianos de los primeros siglos, cit., p. 120].
- 36 C. Ap, *Ineffabilis Deus*, 8-XII-1854, n.18 [traducción en *Documentos pontificios marianos*, Edibesa, Madrid 2002, p. 60].
- 37 Gambero, *Mary and the Fathers*, 69-70.
- 38 *Summa Theologiae*, III, q. 28, art. 2, citado en Donalds Attwater, *A Dictionary of Mary*, P. J. Kenedy and Sons, Nueva York 1956, p. 299.
- 39 La refutación de San Jerónimo aparece en la mayoría de las ediciones de los Padres de la Iglesia como *Contra Helvidio*. Otros comentaristas hacen notar que «estuvieran juntos», en griego, puede aplicarse a relaciones domésticas (p. ej., compartir casa) y no sólo a relaciones sexuales. Más aún, la palabra griega que significa «hasta» no implica lo mismo que la palabra inglesa «until», o «hasta». Así, un historiador griego podía escribir: «no pereció ningún soldado hasta que alcanzaron un lugar seguro».
- 40 *Sobre la tácita referencia a un previo voto de virginidad implícito en la respuesta de María a Gabriel*, cf. Geoffrey Graystone, *S. M., Virgin of All Virgins: The Interpretation of Luke 1; 34*, Tesis doctoral, Pontificia Comisión Bíblica, Roma 1968.
- 41 *Sobre la integridad física de la condición virginal de María, antes y después del parto*, cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 499, 510. Cf. también San Juan Damasceno, *Sobre la fe ortodoxa*, 4, 15; Manuel Miguens, *O.F.M., The Virgin Birth: An Evaluation of Scriptural Evidence*, 2 ed., St. Paul Editions, Boston 1981.
- 42 Gambero, *Mary and the Fathers*, 123 [cf. G. Pons, Textos marianos de los primeros siglos, cit., p. 95]. Para una defensa académica de un evangélico protestante del punto de vista de San Epifanio, a saber, que Jesús era llamado «hijo de María» para distinguirlo de otros hijos de su primera (fallecida)

mujer, cf. Richard Bauckham, «The Brothers and Sisters of Jesus: An Epiphany Response to John P. Meier», en *Catholic Biblical Quarterly* 56 (1994) 686-700; Ídem, *Jude and the Relatives of Jesus in the Early Church*, T. & T. Clark, Edimburgo 1990.

43 Toal, *Sunday Sermons*, vol. IV, 427 [traducción en J. Damasceno, *Homilías cristológicas y marianas*, cit., pp. 170-174].

44 *Ibid.*, p. 434 [cf. J. Damasceno, *Homilías cristológicas y marianas*, cit., p. 190].

45 *Ibid.*, p. 429 [cf. J. Damasceno, *Homilías cristológicas y marianas*, cit., p. 178].

46 Sobre la distinción entre veneración de la Virgen y adoración de Dios, cf. el Catecismo de la Iglesia Católica, n. 971. El Concilio Vaticano II, en *Lumen Gentium* 66, aclaró la veneración única dada a María (como distinta de los demás santos) y el culto único ofrecido a Dios: «María es honrada con razón por la Iglesia con un culto especial [hyperdoulia]. [...] Este culto, [...] aunque del todo singular, es esencialmente diferente del culto de adoración, que se da al Verbo encarnado, lo mismo que al Padre y al Espíritu Santo». Este punto de vista se refleja en la condena que hace San Epifanio de la antigua herejía colyridiana, que sostenía que podía ofrecerse a María el sacrificio eucarístico.

47 Oración sobre Simeón y Ana, n. 5.

48 San León Magno, Sermón 6 sobre la Navidad.

49 San Atanasio, Sobre la encarnación de la Palabra de Dios, 8. Sobre la centralidad de la deificación y filiación divina en la soteriología católica, cf. A. N. Williams, *The Ground of Union: Deification in Aquinas and Palamas*, Oxford University Press, Nueva York 1999; Francisco Fernández-Carvajal y Pedro Beteta, *Hijos de Dios, Palabra*, Madrid 1995; Paul Wadell, *Friends of God: Virtues and Gifts in Aquinas*, Peter Lang, Nueva York 1991; Romanus Cessario, *The Godly Image: Christ and Salvation in Catholic Thought from Anselm to Aquinas*, St. Bede's Publications, Petersham, Mass. 1990.

50 Concilio de Trento, Ses. VI, cap. 4, en Denzinger-Hünemann, *El magisterio de la Iglesia*, cit., n. 1524.

51 Juan Pablo II, Exh. Ap. Postsinodal *Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 11.

52 San Agustín, Sobre el Salmo 39, 2.

53 San Pío X, Enc. *Ad diem illum*, 2-II-1904, n. 6 [en *Documentos pontificios marianos*, cit., p. 103-104].

54 Cf. Audiencia general, 24-IX-1997 y I-X-1997, recogida en Juan Pablo II, *La Virgen María, Palabra*, Madrid 1998, p. 238-241.

55 Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*. Plaza y Janes, Barcelona 1994, p. 221.

56 Sobre María como arquetipo de la Iglesia, cf. Juan Pablo II, *La Virgen María*, cit., p. 217 (Audiencia general, 6-VIII-1997); Ignacio de la Potterie, S.J., *María en el misterio de la Alianza*, Edica, Madrid 1993; Otto Semmelroth, S.J., *Mary Archetype of the Church*, Sheed and Ward, Nueva York 1963.

57 Cf. William G. Most, *Vatican II—Marian Council*, Alba House, Athlone, Ireland 1972.

58 Sobre la estrecha y profunda correlación de la maternidad divina en el Espíritu Santo, María (como icono o réplica creatural), y la Iglesia, cf. John Milbank, *The Word Made Strange: Theology, Language, Culture*, Basil Blackwell, Oxford 1997, pp. 172-193; Paul Evdokimov, *La mujer y la salvación del mundo*, Ariel, Barcelona, 1970; F. X. Durrwell, *Mary, Icon of the Spirit and of the Church*, St. Paul Publications, Londres 1991, pp. 17-73; Ídem, *Holy Spirit of God*, Geoffrey Chapman, Londres 1986; H. Manteau-Bonamy, O.P., *The Immaculate Conception and the Holy Spirit: The Marian Teaching of Maximilian Kolbe*, Ignatius Press, San Francisco 1988; Barbara Albrecht, «Is There an Objective Type, "Woman"?», en Joseph Ratzinger et al., eds., *The Church and Women*, Ignatius Press, San Francisco 1988, pp. 35-49; André Feuillet, *Jesus and His Mother; The Role of the Virgin Mary in Salvation History and the Place of Woman in the Church*, St. Bede's Publications, Still River, Mass., 1984, pp. 192-212; Joseph Cardinal Ratzinger, *Daughter Zion*, Ignatius Press, San Francisco 1983, pp. 25-27; Yves Congar, O.P., *El Espíritu Santo*, pp. 588-598, Herder, Barcelona 1983; Louis Bouyer, *The Church of God*, Franciscan Herald Press, Chicago 1982, pp. 540-544; ídem, *The Seat of Wisdom*, Pantheon Books, Nueva York 1962, pp. 175-190; M. J. Scheeben, *Los misterios del cristianismo*, Herder, Barcelona 1953, pp. 195-203.

59 Para una muestra de las muchas obras relevantes escritas por protestantes sobre María, que han crecido a la sombra del moderno movimiento ecuménico, cf. W. McLoughlin y J. Pinnock, eds., *Mary is for Everyone: Essays on Mary and Ecumenism*, Cromwell Press, Wiltshire 1997; Charles Dickson, *A Protestant Pastor Looks at Mary*, Our Sunday Visitor, Huntington, Ind. 1996; John Macquarrie, *Mary for All Christians*, Eerdmans, Grand Rapids, Mich. 1990; A. Stacpoole, ed., *Mary's Place in Christian Dialogue*, Morehouse-Barlow, Wilton, Conn. 1982; John de Satge, *Down to Earth: The New Protestant! Vision of the Virgin Mary*, SPCK, Londres 1976; Stephen Benko, *Protestants, Catholics, and Mary*, Judson Press, Valley Forge, Pa. 1968; Max Thurian, *Mary, Mother of All Christians*, Herder and Herder, Nueva York 1964.

60 Cf., por ejemplo, Joseph P. Christopher, ed., *The Kaccolta*, Benziger Brothers, Nueva York 1943, n. 360.

61 «The Remaking of the Rosary», *New Covenant*, octubre 1998, p. 14, y *Stories of the Rose*, Pennsylvania State University Press, State College, Pa. 1997.